PIJAMA
AZUL
MÓNICA BENÍTEZ

Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Pijama Azul

Mónica Benítez

Copyright © 2023 Mónica Benítez
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

https://monicabenitez.es
Twitter: @monicabntz
Safe creative: 2212042780217

Antes de empezar

Aunque la historia está ambientada en el Hospital Universitario de Girona, este hecho solo sirve para dar una ubicación real a la historia. Nada de lo que se describe en estas páginas ha sucedido nunca, los personajes no existen, tanto ellos como sus historias son ficticios en su totalidad y cualquier semejanza con algo real es pura casualidad.
La descripción de las instalaciones hospitalarias así como el funcionamiento interno tampoco se corresponden con la realidad puesto que han sido adaptados a las necesidades de la historia.

Capítulo 1

Arlet Vila
Sábado, 25 de junio de 2022

Termino de dejar los platos de la cena en el lavavajillas cuando comienza a sonarme el móvil. El nombre de mi hermana Berta aparece en la pantalla y descuelgo mientras miro ceñuda los botones del electrodoméstico, tratando de recordar en qué número lo ponía en marcha cuando vivía aquí.

—Dime —contesto concentrada.

—¿Qué haces? —pregunta con su característica forma de saludar.

—Pelearme con el lavavajillas.

Mi hermana se ríe y decido que como el número tres es el que más me suena, probaré con él. Muevo la rosca, le doy al botón de inicio y se pone en marcha.

—Listo —digo con voz triunfal.

—¿Ya te has instalado?

Salgo de la cocina y miro el salón, donde todavía quedan una cantidad considerable de cajas por abrir junto a otras abiertas cuyo contenido no sé dónde colocar.

—Más o menos. Me parece que voy a necesitar un par de días más para organizarlo todo.

—Bueno, tampoco tienes prisa, lo importante es que estés cómoda. ¿Cómo te sientes al volver? Has pasado los últimos diez años viviendo en el centro caótico de Barcelona, debe ser raro volver al pueblo.

Yo discrepo de todas las letras de su frase. La vida en Barcelona me tenía en un estado de estrés constante. Todos piensan que el cambio quizá me va a parecer demasiado brusco y que no sabré adaptarme, sin embargo, lo cierto es que en cuanto me ofrecieron el puesto de directora médica en el Hospital Universitario de Gerona, no me lo pensé dos veces.

—Me siento tranquila, Berta. Hasta que no puse un pie en esta casa ayer cuando llegué con los de la mudanza, no me di cuenta de cuánto la había echado de menos.

—Es normal, nunca he comprendido cómo podías vivir en Barcelona, sin aire puro y ruido constante a todas horas.

Dejo que mi hermana siga hablando y aspiro profundamente cuando la brisa hace entrar el olor a salitre de la playa por la

ventana. Nací en Gerona y cuando me licencié en medicina, mis padres me regalaron esta casa en Sant Feliu de Guíxols, localidad costera de la provincia de Gerona. Viví y trabajé aquí durante siete años, hasta que me ofrecieron un puesto en el Hospital Clínico de Barcelona y me mudé a la capital.

Decido no recordar más el pasado y centrarme en el ahora, y lo que me apetece es salir para reconciliarme con un pueblo que solo he visitado algún fin de semana en los últimos años.

—Arlet, ¿me estás escuchando? —inquiere mi hermana con cierta irritación.

—Sí, perdona, estaba abriendo el patinete eléctrico.

—Madre mía, pensé que te desharías de ese bicho del demonio estando en el pueblo —protesta resoplando.

—¿Deshacerme? Ni loca.

Y hablo completamente en serio. Lo compré para moverme por Barcelona, harta del tráfico insufrible y de las esperas eternas en hora punta. Me he acostumbrado a él y a la libertad que me proporciona. Me encanta recorrer las calles a una velocidad prudente mientras el aire me golpea el rostro.

En definitiva, lo compré por practicidad y resulta que utilizarlo me relaja.

—Esos cacharros son igual de peligrosos que las motos —insiste ella.

—Voy despacio y tengo cuidado, no te preocupes. Te dejo, Berta, voy a salir.

—Está bien. Llámame el lunes en cuanto llegues a casa, quiero saber cómo te ha ido el primer día en tu nuevo trabajo. Eres una valiente, ¿sabes? —dice orgullosa—, ojalá yo me atreviese a comenzar de cero en otra parte, le daría una patada en el culo a tu cuñado y me buscaría a otro menos aburrido —se ríe.

Sé que habla por hablar, puede que mi cuñado Joaquín sea aburrido, pero es un buen hombre que se desvive por su mujer y sus dos hijos.

—Tú te volverías loca sin él, así que deja de decir tonterías —contesto y ella se ríe—. Te llamo el lunes, te quiero.

Me guardo el teléfono y las llaves en la riñonera, cierro la puerta de casa y me subo al patinete eléctrico. Me alejo de la zona de casas adosadas donde vivo para dirigirme al centro, dispuesta a callejear un poco antes de acercarme al paseo marítimo con la idea de recorrerlo de punta a punta, para después pararme y sentarme en el muro con los pies descalzos mientras observo el mar mecerse en la oscuridad de la noche. El solo recuerdo de esa imagen que tanto echo de menos ya me hace sonreír, pero mi rictus se congela del susto cuando estoy a punto de pasar un paso

de peatones y un niño lo atraviesa corriendo salido de la nada. Es atropellarlo o caerme, y sin tiempo a decidirlo, parece que opto por la segunda opción, clavando el freno y saliendo disparada por encima del patinete hasta aterrizar sobre el asfalto y rodar por él.

Sin ser realmente consciente de lo que me ha pasado, lo primero que hago es buscar con la mirada al niño, que me mira atónito desde el otro lado del paso de peatones, a salvo y sin ningún rasguño.

—Madre mía, Manel, te he dicho mil veces que no cruces así por la calle, tienes que mirar antes —lo reprende una mujer, que se acerca a mí y me observa con preocupación.

Me apoyo sobre la palma de las manos y trato de incorporarme poniéndome a cuatro patas, pero la vista se me nubla al moverme y la fuerza se me va de los brazos haciendo que me desplome de nuevo.

—No se mueva, mi marido ya está avisando a la ambulancia —anuncia la mujer arrodillada a mi lado.

Permanezco quieta, tratando de serenarme mientras se va formando un corro de gente a mi alrededor que cada vez es más grande. Me duele la cabeza y siento el escozor inconfundible de una quemadura por asfalto en varias partes del cuerpo. A pesar de la insistencia de la mujer en que no me mueva y de ser consciente como médico de que no debo hacerlo, me doy la vuelta y quedo tendida bocarriba, en una posición que no me parece tan vulnerable como la anterior, en la que solo podía ver los pies de toda la gente que me observa horrorizada.

—Ya llega la ambulancia —anuncia con alivio la mujer al escuchar la sirena unos minutos después.

La mujer no deja de hablarme en un intento claro de que no me duerma. Lo agradezco y trato de entender lo que me dice, pero habla muy deprisa y a mí todo me funciona con demasiada lentitud. Instantes después, la ambulancia se detiene a mi lado y siento cierto alivio al saber que desde ahora ya estoy en manos de los profesionales. Mi estado de aturdimiento no me permite contestar a las preguntas que el médico me hace, pero me esfuerzo por seguir la luz de la linterna que enfoca mis ojos y mantenerme despierta.

Capítulo 2

Arlet Vila
Sábado, 25 de junio de 2022

La bajada de la camilla de la ambulancia se me hace estrepitosa y el movimiento me provoca un pinchazo de dolor detrás de la oreja izquierda que me hace quejarme sonoramente y tratar de llevarme la mano a la cabeza.

—No te muevas, enseguida me ocupo de ti.

La voz que he escuchado pertenece a una doctora cuya bata blanca cubre un pijama azul. Se ha inclinado sobre mí un instante para colocar su mano sobre la mía e impedir que realice el movimiento que deseaba. Es solo un momento, pero me parece cálida y su voz, a pesar de que ha sido firme en sus palabras, ha sonado dulce y tranquilizadora, justo lo que hace falta en un momento como este. Mis ojos parpadean con fiereza en un intento de que su rostro no se desdibuje ante mi mirada todavía confusa.

Sus ojos avellana enfocan los míos un instante, solo una fracción de segundo probablemente, pero me siento a salvo en ellos de inmediato. Observo una cicatriz de unos tres centímetros por encima de su pómulo izquierdo que sigue la línea de su ojo rasgado. Me sorprendo pensando en que lejos de afearle la cara, le da un cierto aire de misterio y elegancia que me resulta atractivo e hipnotizante. La cicatriz se esconde cuando varios tirabuzones ondulados se balancean sobre su rostro a pesar de que tiene el pelo recogido con una goma.

—Mujer de cuarenta y dos años. Caída aparatosa desde un patinete eléctrico. Tiene una contusión sin sangrado en la zona occipital izquierda. Se ha mantenido consciente en todo momento, aunque presenta una leve lentitud en los reflejos. Llevaba esto, su documentación está dentro —anuncia el médico de la ambulancia dejando mi riñonera sobre mí.

—¿Mi patinete? —pregunto ante la mirada de asombro de la doctora.

—Lo tiene la policía, probablemente se lo traigan cuando vengan a tomarle declaración. No se preocupe —responde el médico.

—De acuerdo, yo me ocupo —dice la doctora dando por concluida la conversación.

Intento mirar a un lado y a otro sin éxito porque el collarín

me lo impide, pero tengo la sensación de que hay demasiado movimiento en urgencias.

—¡Paula! —grita la doctora mientras un celador y ella empujan mi camilla por el pasillo.

La tal Paula no aparece y la doctora masculla una maldición entre dientes que no logro entender.

—No hay ningún box libre —anuncia un médico apareciendo a su lado.

—¿Cómo qué no? —se irrita ella.

—Estamos desbordados, con el accidente de autobús no paran de llegar heridos. Si no está grave, tendrás que apañarte en un pasillo hasta que sepamos a qué nos enfrentamos, ya hemos colocado mamparas para proporcionar intimidad, es todo lo que puedo hacer por ahora —suelta él antes de irse y dejarla con la palabra en la boca.

—Gilipollas —escupe la doctora antes de girarse hacia mí.

Saca la linterna y observa mis pupilas con concentración.

—¿Puedes decirme cómo te llamas? —pregunta centrada en mi cabeza.

Sé que ya sabe mi nombre porque el médico de la ambulancia se lo ha dicho, pero el protocolo en estos casos de golpes en la cabeza es claro, y debe preguntarme para asegurarse de que estoy ubicada y recuerdo lo más esencial.

—Arlet.

Mi voz suena tan débil que me asusta escucharme.

—¿Apellido?

—Vila.

—Arlet Vila —repite ella con una suavidad que logra que me calme de inmediato—. Yo soy la doctora Teloy. ¿Sabes lo que te ha pasado?

—Me he caído —contesto, y ella desabrocha mi collarín para observar el golpe de mi cabeza.

—Tú no te muevas, déjame a mí —dice rodeando la camilla hacia el otro lado.

Su mano enguantada me coge la barbilla con una delicadeza que logra abrumarme en un momento en el que me siento tan vulnerable. Me sujeta la cabeza con firmeza y se inclina para tener una mejor vista tratando de moverme lo mínimo antes de volver a colocarme el collarín.

—¿Qué edad tienes, Arlet?

—Cuarenta y uno. Dos —añado con rapidez—, lo siento, acabo de cumplirlos.

La doctora Teloy esboza una tímida sonrisa que no pasa de ahí, como si reír estuviese vetado en su actitud.

—No te preocupes. ¿Puedes decirme cuánto suman dos y tres? —sigue preguntando mientras examina otras partes de mi cuerpo con gesto concentrado.

—Cinco.

—Muy bien. Ahora quiero que me cuentes qué es lo que te duele más.

Me señalo esa parte de la cabeza donde el corazón me late, y cada vez que lo hace, es como si me diesen un martillazo.

—Enseguida veremos qué tienes ahí —asegura, y busca con severidad a alguien entre la gente—. ¡Paula! —insiste con un grito autoritario con el que no me gustaría que se dirigiesen a mí —. Lo siento, Arlet, hoy urgencias está hasta arriba. ¿Te duele algo más aparte de la cabeza?

Me señalo el costado derecho y también menciono el escozor que siento en varias partes del cuerpo. Ella ignora la segunda parte y se centra en ese dolor del costado que he comentado. Corta mi camiseta por el centro con una tijera y la abre para examinarme.

—¿Mareada? —pregunta de repente, y yo trato de negar sin éxito.

—Ahora no.

—¿Antes sí?

—Un poco, creo —respondo aturdida.

—Bueno, tranquila que no pasa nada —asegura al mismo tiempo que aparta un mechón de pelo de mi frente con la misma delicadeza que lo haría alguien que te quiere.

Su comportamiento, tan frío hacia sus compañeros y tan cálido hacia sus pacientes, me tiene completamente descolocada y al mismo tiempo intrigada.

La doctora cuya cicatriz no puedo dejar de mirar a pesar de que sé que se trata de un acto de muy mala educación, alza la cabeza y temo que vuelva a gritar a la tal Paula, pero su rictus, hasta hace un momento relajado, se tensa cuando esta aparece por fin frente a ella.

—Lo siento, estoy colapsada —se disculpa la enfermera mientras se pone unos guantes nuevos.

—¿Colapsada? ¿Y qué hacemos? ¿Dejamos que la gente se muera porque tú estás estresada? —escupe la doctora al mismo tiempo que le entrega mi riñonera.

La joven la coge con el rostro desencajado mientras trata de contener el temblor de su labio inferior.

—Busca su documentación y dime su nombre, su apellido y edad —le ordena para corroborar que la información que le he dado es correcta y mi cabeza funciona como debe.

—Arlet Vila, cuarenta y dos años recién cumplidos —dice Paula de corrido.

—¿Dónde vives, Arlet? —pregunta la doctora Teloy.

—En Sant Feliu de Guíxols.

Teloy mira a la enfermera cuando esta niega con la cabeza.

—Según esto, vive en Barcelona —anuncia Paula y la doctora me mira exigiendo una respuesta con la mirada.

—Acabo de mudarme, no está actualizado —contesto con la mirada clavada en esa cicatriz que tanto comienza a gustarme.

De repente, me coge ambas manos con las suyas y me pide que le apriete los dedos. Sin dejar de sujetarme, solicita que mueva los pies y después los dedos para, finalmente, soltarme con un gesto de asentimiento.

—¿Eres alérgica a algún medicamento?

—No.

—¿Alguna enfermedad que yo deba conocer?

—No —repito agotada.

—Bien, llévatela —le ordena a Paula—. Quiero un TAC y una placa de tórax completa. En cuanto lo tengas, me buscas y haremos las curas, y ponle una vía.

—Vale —acepta la enfermera con convicción.

—Ella se ocupará de ti, no te preocupes que estás en buenas manos —me dice antes de subir la baranda de mi camilla y alejarse cuando alguien grita su nombre reclamándola.

—Tiene carácter —digo cuando entramos en el ascensor.

El comentario era más para mí que para Paula, pero al darme cuenta de que lo he dicho en voz alta, dirijo mi mirada hacia ella como si esperase una respuesta.

—Sí —confirma suspirando—. Es una doctora excelente, aunque en algunas ocasiones le pierden las formas con las enfermeras. Lo siento —se corrige de inmediato—, no debería decirle esto, le aseguro que es la mejor, no tiene de qué preocuparse.

Le sonrío para que se relaje y cierro los ojos pensando en la doctora Teloy, capaz de ponerme nerviosa cuando habla con los demás y de relajarme por completo cuando se centra en mí.

Capítulo 3

Vania Teloy
Sábado, 25 de junio de 2022

—Solo necesito que me eches una mano, después te dejo libre —explica la doctora Heredia suspirando con agobio.

Maribel es la única doctora gitana de todo el hospital, y la mejor amiga que una podría encontrar. Además, tiene carácter, es resolutiva y tiene un don especial para tratar con los niños, salvo con este, por lo que veo.

—Claro, ¿qué pasa?

Heredia me señala la camilla donde un niño se niega a descruzar los brazos del pecho. Está tan rígido haciendo fuerza, que hasta se está poniendo rojo.

—¿En serio? —le pregunto a ella, atónita.

—En serio. No quiere, y tampoco voy a obligarlo.

—Eres la pediatra de urgencias y la reina de los niños, si no puedes tú, ¿quién puede?

Maribel me mira y arquea una ceja antes de poner los ojos en blanco.

—¿Qué edad tiene? —pregunto aceptando la patata caliente que acaba de pasarme.

—Siete, pero es igual de capullo que uno con catorce —contesta y estira los labios como si nunca hubiese roto un plato.

—Así que un niño de siete años puede contigo —me burlo, y me cruzo de brazos imitando al crío, que me devuelve una mirada ceñuda que deja claro que aquí manda él—. ¿Dónde están los padres?

—El padre en el quirófano, la madre en ese box —señala Maribel en voz baja hacia otro de los que están improvisados con mamparas—. El niño aparentemente no tiene nada, pero iba en el autobús que ha volcado y no puedo darle el alta hasta que me deje examinarlo. ¿Has visto cómo nos mira? Creo que está poseído.

Me aguanto la risa y lo observo bien. Lo primero que me llama la atención es su pelo rubio, peinado con una cresta perfecta que ni siquiera el accidente ha logrado alborotar.

—Así que ese es tu punto débil —murmuro en voz baja mirándolo con una desfachatez que parece no gustarle.

—¿Qué dices? —pregunta Maribel en voz baja, observándome

como si estuviese loca.

—Nada, déjamelo a mí.

Me acerco a él y apoyo ambas manos en el lado izquierdo de la camilla con aire intimidatorio.

—¿Cómo te llamas? —pregunto entornando los ojos al mismo tiempo que observo que tan solo tiene algún rasguño en los brazos.

—Sergio —contesta cortante y yo me inclino hacia él para susurrarle al oído.

—¿Te gusta tu pelo, Sergio? —pregunto, y él asiente con gesto desconcertado.

—¿Por qué? —quiere saber preocupado.

—Porque si no dejas que la doctora te examine y tienes una lesión grave, es posible que te quedes calvo.

Me incorporo y lo miro impertérrita. Sergio abre la boca como si quisiera protestar, sin embargo, no lo hace y descruza los brazos rendido.

—Madre mía, ¿qué coño le has dicho? —pregunta Maribel horrorizada, conteniendo la voz antes de empujarme a un lado con su cuerpo para comenzar a desnudar al niño y poder examinarlo en condiciones.

—De nada —suelto y me doy la vuelta.

—Teloy, si estás libre, échame una mano —me pide el doctor Asensio, el jefe de urgencias ególatra y creído al que no soporto.

Durante los siguientes quince minutos lo ayudo a recolocar un hombro dislocado y a hacer el examen preliminar de dos heridos más antes de que Paula me informe de que ya ha realizado las pruebas de mi paciente y ha conseguido meterla en un box que acaba de quedar libre.

—Gracias.

—¿Te vas? —pregunta Asensio cuando me quito los guantes.

—Tengo una paciente esperando en el box. No puedo hacer más aquí.

—Pues Paula se queda —anuncia autoritario.

La enfermera en prácticas me mira desconcertada y le hago un gesto para que vaya con él, prefiero apañármelas sola que escuchar las quejas de él o asistir a los temblores de labio de ella cuando le hablo.

Entro en el box y Arlet Vila me observa desde la camilla con cierto aire de preocupación, además de la mueca de dolor permanente que la hace constreñir los labios, lo que provoca que dos hoyuelos curiosos se le formen a cada lado.

—Hola, Arlet, ¿qué tal ha ido? —pregunto al mismo tiempo que me siento frente al ordenador y abro sus resultados para

estudiarlos con atención.

—Espero que bien —responde y nos quedamos en silencio.

Dedico un par de minutos a los resultados, hasta cerciorarme de que Arlet no presenta ninguna lesión preocupante y que todo está correcto.

—Bueno, aquí no se aprecia nada que deba preocuparnos. No obstante, tienes inflamación en la zona occipital y has mostrado signos de aturdimiento los primeros minutos —digo rozando su golpe con los dedos—. Ahora te curaré todas esas rozaduras y te dejaré ingresada en observación toda la noche. Mañana te haré otro chequeo y si todo está bien, podrás marcharte, ¿de acuerdo?

—Sí, gracias —responde sin objetar.

—Ahora que tienes un box para ti, si quieres puedo avisar a algún familiar.

—No hace falta, aquí no pueden hacer nada y yo solo quiero dormir.

—¿Segura? En momentos así, nos hace sentir más cómodos tener cerca a alguien que nos quiere.

—Estaré bien, gracias —zanja forzando una sonrisa entre sus muecas de dolor.

—Muy bien, pues voy a terminar de quitarte la ropa y empezamos, ¿te parece bien?

Arlet asiente y, después de anunciarle que para moverla lo mínimo posible también voy a cortar sus pantalones, suspira y se deja hacer sin oponer resistencia. Preparo una bandeja con todo lo que necesito, tardando algo más de la cuenta porque no estoy acostumbrada a hacerlo y no lo encuentro todo a la primera. Noto la mirada de mi paciente clavada en mi nuca y después en mi mejilla cuando me doy la vuelta. Baja la vista de inmediato al sentir que la he descubierto mirando mi cicatriz. Al contrario de lo que ella piensa, no me molesta, es un acto involuntario de curiosidad de casi toda la gente que se cruza conmigo y he aprendido a ignorarlo.

Paso los siguientes minutos centrada en su cuerpo, en desinfectar con la mayor delicadeza posible todas sus rozaduras mientras ella va tensándose constantemente por el dolor. Observo el gotero que Paula le ha puesto, el calmante cae con demasiada lentitud y muevo la rueda para darle un paso más rápido y así conseguir que le haga efecto antes.

—¿Esto no debería hacerlo una enfermera? O enfermero —añade después.

—Sí, pero esta tarde ha volcado un autobús y ha habido muchos heridos. Tenemos las urgencias colapsadas y nos falta personal, así que hoy toca remangarse y espabilarse solita. No te

preocupes, que se me da muy bien hacer esto.

—Ya lo veo —añade calmada.

—Lo del costado, aunque te duela mucho, es solo el golpe —le explico cuando llego a esa zona—. No hay rotura ni desgarro en las costillas, con la medicación que te estamos administrando y la que te recetaré, debería bajarte la inflamación en un par de días.

—Vale… —dice, y su respiración se corta, dejando todo su cuerpo paralizado cuando aprieto con la gasa y una punzada de dolor la atraviesa provocando que se ponga rígida.

Dejo lo que estoy haciendo y, en un acto reflejo, le cojo la cara entre las manos con cuidado y le pido que me mire.

—Trata de respirar despacio —le pido susurrando, y su mirada se clava en la mía como si yo fuese un salvavidas.

Arlet se agarra con la mano a la pierna que he subido a la camilla para apoyarme y acercarme a ella. Noto la presión de sus dedos en mi muslo mientras observo las aletas de su nariz abriéndose y cerrándose con rapidez debido a la contención de aire que está haciendo.

—Tienes que respirar por la boca. Coge aire despacio.

Rozo levemente su labio inferior con el dedo índice para invitarla a abrir la boca y respirar por ella. Arlet me mira obnubilada, con las pupilas dilatadas por el dolor al mismo tiempo que traga saliva y abre por fin los labios. Una sensación extraña me recorre todo el cuerpo en ese momento, algo que no logro identificar y que, a su vez, me hace sentir bien pese a que la situación es extraña.

—Venga, tienes que relajarte.

Ahora coloco una mano abierta sobre su abdomen para que deje de endurecerlo y hacer fuerza. Poco a poco, logro que me obedezca y la presión que ejercía sobre mi muslo, comienza a disminuir hasta que su respiración se normaliza y nos quedamos unos segundos en silencio. Yo asegurándome de que se mantiene así, ella observándome fijamente con los ojos vidriosos, asustada porque está herida y está sola, y la única persona que hay con ella es una doctora a la que no conoce de nada.

—Es normal llorar en estos casos —le explico sin darle importancia, mientras recojo con el pulgar una lágrima solitaria que desciende desde su mejilla hasta su oreja.

—Ya… —se ríe al mismo tiempo que solloza, y su expresión y su mirada vulnerable, logran cautivarme durante unos segundos.

—Te voy a quitar el collarín para que estés más cómoda, pero nada de movimientos bruscos, ¿vale? —pregunto y arqueo una ceja que la hace sonreír mientras el agua salada brota de sus ojos

de forma silenciosa.

Como no encuentro pañuelos ni tengo una enfermera a quien pedírselos, cojo un poco de papel del rollo que utilizamos para secarnos las manos y se lo ofrezco.

—¿Seguro que no quieres llamar a nadie? —insisto al mismo tiempo que coloco los dedos sobre su pecho izquierdo para moverlo y poder limpiar el rasguño que tiene justo donde termina la mama.

—Sí. Debe ser tarde, si llamo a alguien solo lograré darle un buen susto.

Arlet se lleva la mano a la frente y suelta una risa nasal que me hace mirarla un instante antes de volver a lo que me ocupa.

—Eres una valiente.

La ayudo a ponerse de costado para ocuparme de las rozaduras que tiene por la parte trasera del cuerpo y, cuando finalmente termino de curarla, le ato la bata y la tapo con una sábana. Subo las barandas de la camilla y enrosco el cable con el timbre al lado de su mano por si le hace falta.

—Te dejo descansar —digo al mismo tiempo que apago la luz que ilumina la camilla y enciendo una más floja que enfoca hacia el techo—. Si necesitas algo, pulsa el botón, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias por todo —dice esforzándose por mantener los párpados abiertos.

—No hay de qué. Duerme un poco —le pido antes de salir del box.

Capítulo 4

Arlet Vila
Domingo, 26 de junio de 2022

Me despiertan las conversaciones en el pasillo. Desde el primer instante soy consciente de donde estoy y lo que me ha pasado. Abro los ojos con dificultad, me duele la cabeza y al moverme, el roce de la sábana hace que recuerde que tengo la mitad del cuerpo magullado. Ahogo un quejido de dolor cuando me doy cuenta de que la doctora Teloy está dentro del box, apoyada contra la mesa que hay frente a los pies de mi cama mientras repasa algún informe con gesto concentrado. Me permito observarla. Ahora lleva el pelo recogido en una cola alta, aun así, los tirabuzones rebeldes siguen ocultando parte de su rostro, pero no la cicatriz, esa que tanto me intriga y que tan seductora me parece.

Alzo la mirada unos centímetros por encima de su cabeza para descubrir en el reloj que son las ocho de la mañana. Pensaba que no podría dormir, que entre el susto, el dolor y lo incómoda que es la camilla, sería incapaz de conciliar el sueño, pero he de admitir que he dormido como un tronco. Vuelvo a mirar a la doctora y, cuando me muevo, un crujido de la camilla llama su atención y la hace mirar en mi dirección, cerrando la carpeta que sostiene entre las manos cuando descubre que estoy despierta.

—Buenos días —dice, y entorna los ojos como si se alegrase de verme así—. ¿Qué tal has dormido?

—Bastante bien.

Se acerca a mí, saca su linterna y me examina mientras yo llego a la conclusión de que debo de tener un aspecto lamentable.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta al mismo tiempo que pasea su dedo frente a mis ojos para que lo siga con la mirada.

—Me duele todo —admito con un mohín y ella sonríe.

—Lo preocupante sería que no te doliera.

La elevación de voz de la señora que debe haber en el box de al lado la hace mirar en esa dirección con el ceño fruncido. La mujer vocifera, entiendo que se dirige a la persona que hay ingresada y le pregunta qué tal se encuentra y que si quiere que le traiga algo de la máquina.

La doctora me pide un segundo y sale del box para dirigirse hacia el de al lado.

—Disculpe, señora, pero le agradecería que bajase la voz, hay gente aquí que necesita descansar —la reprende en tono cortante —. ¿Le ha dado permiso su médico para que coma?

—No ha dicho nada —responde la mujer cohibida.

—Pues en ese caso, no debe usted traerle comida sin autorización, así que haga el favor de esperar y de no alzar la voz.

La mujer no dice nada más y la doctora vuelve a mi box y cierra la puerta. Tiene el gesto contrariado, como si estar de mal humor fuese su estado normal.

—Lo siento —dice volviendo a centrarse en mí.

—Quizá está nerviosa y solo intenta ayudar —digo en defensa de la mujer.

—No lo dudo, pero su ayuda puede complicar la situación del paciente y la nuestra, las normas están por algo —zanja frotándose los ojos con cansancio.

—¿Cuándo acaba tu turno? —pregunto más interesada de lo que ella puede imaginar.

—Acaba de empezar —anuncia dejándome de piedra—. Yo soy del turno de día, anoche vine voluntariamente para echar una mano ante la llegada masiva de heridos por el accidente de autobús.

—¿Cómo refuerzo?

—Así es.

No parece cómoda hablando de eso, así que no indago más por miedo a que levante un muro entre nosotras que me resulte más infranqueable de lo que será cuando se entere de quién soy.

—Ahora te vas a coger a mis brazos y con cuidado te vas a incorporar hasta quedar sentada, ¿de acuerdo? —pregunta y me destapa con ese aire delicado que contrasta con ese carácter fuerte que muestra con cualquiera que no sea un paciente.

Lo primero que hago es mirar si la bata cubre todas mis partes más íntimas. Me parece un gesto tremendamente absurdo, sobre todo teniendo en cuenta que anoche ya me vio prácticamente desnuda. Sin embargo, con la serenidad que me otorga haber descansado y sintiéndome algo mejor, siento la necesidad de estar decente para ella. Me agarro a sus manos tal y como ha dicho y me incorporo hasta que mis pies descalzos cuelgan por el lado derecho de la camilla.

—¿Qué tal? —pregunta la doctora Teloy.

—Bien —titubeo mirándome las manos.

Examina mi herida y me hace hacer una serie de pruebas neurológicas que consisten en realizar los movimientos que me pide, contestar algunas preguntas y tocar la punta de su dedo con el mío cuando ella considera.

—Creo que estás perfecta —dice al mismo tiempo que afirma con la cabeza y me mira a los ojos.

Sonrío y reprimo las ganas de alzar la mano para pasar el dedo por su cicatriz.

—Si me permites, te voy a quitar la bata, echaré un vistazo a esas magulladuras y si todo está bien, puedes irte a casa.

—Claro —acepto, y cierro los ojos cuando sus brazos rodean mi cuerpo para desabrochar la bata, atada a mi espalda.

No sé por qué me ruborizo de esta manera tan absurda ante ella, pero lo hago y me entran una serie de cosquilleos extraños cada vez que me roza. Alguien llama a la puerta y yo me llevo la mano a los pechos para protegerme, sin embargo, ella es mucho más rápida y cuando me doy cuenta, tiene alzada mi bata ante mí para que la persona que entra no pueda verme.

—Lamento interrumpirla, doctora Teloy, pero los Mossos d'Esquadra están aquí —anuncia un celador vestido de blanco.

—Muy bien, diles que esperen. Gracias.

El hombre asiente y sale igual de rápido que ha entrado, cerrando la puerta.

—Vienen para hacerte algunas preguntas sobre el accidente. Si no te sientes con fuerzas, puedo decirles que se marchen y que pasen a verte por tu casa mañana, cuando estés más recuperada.

—No hace falta, prefiero hacerlo ahora y quitármelo de encima —digo sabiendo que es algo de lo que no me puedo librar.

—De acuerdo.

La doctora Teloy levanta el respaldo de la camilla para que pueda apoyar la espalda. Una vez acomodada, me tapa con la sábana y ella misma me adecenta un poco el pelo con los dedos.

—Gracias. ¿Te importaría darme mi teléfono? Llamaré a mi hermana para que venga a recogerme.

—Claro, ¿prefieres que la llame yo mientras tú hablas con ellos? —se ofrece tendiéndome el teléfono.

—¿No te importa? Prefiero no hablar con ella, se alarmará y me hará un millón de preguntas que me pondrán nerviosa.

—Yo me ocupo. Ahora esto está tranquilo.

Desbloqueo el teléfono, que todavía tiene más de la mitad de la batería y busco el nombre de Berta. La doctora Teloy se lo lleva y les da paso a los agentes antes de llevárselo a la oreja.

Capítulo 5

Vania Teloy
Domingo, 26 de junio de 2022

Mientras Arlet habla con los Mossos d'Esquadra y después de colgar la llamada con su hermana, aprovecho para rellenar un par de informes pendientes, sentada en el mostrador de la sala de urgencias. Bostezo y me froto los ojos con fuerza como si así se me fuese a quitar el sueño y el cansancio que cada vez me resulta más difícil de llevar.

—¿Quieres café?

La voz me asusta y me giro con rapidez hacia atrás. Javi, uno de los enfermeros del turno de día me mira sentado en una silla mientras me muestra un termo.

—No, gracias —respondo con sequedad y me giro dándole la espalda de nuevo.

—Estúpida… —lo escucho mascullar en voz baja.

Siento la tentación de girarme y decirle lo primero que se me pase por la cabeza, pero estoy cansada y no me apetece discutir con nadie, así que lo paso por alto y hago ver que no lo he escuchado. Cierro el informe y abro el de Arlet para preparar la medicación que voy a recetarle cuando decido que realmente un café cargado es justo lo que necesito, así que me levanto, salgo a la entrada e introduzco una moneda en la máquina expendedora. El café es espantoso, pero al venir anoche de improviso no traje mi termo, y prefiero esto antes que aceptar nada de ese gilipollas. Vuelvo al mostrador removiendo el café con descaro mientras él me observa sin disimular que no le caigo bien. Termino de completar la receta, la imprimo y la firmo justo cuando los agentes salen del box.

—Por nosotros ya está, que tenga un buen día —me dice uno de ellos para despedirse.

—Gracias, igualmente.

Cojo mi café y la receta y entro en el box de Arlet. Lo primero que llama mi atención es un enorme patinete eléctrico que los agentes han dejado plegado y apoyado en un rincón.

—Han sido muy amables al traerlo —dice ella mientras yo miro el aparato contrariada.

—¿Te caíste con eso?

—Un niño salió de la nada justo cuando iba a pasar un paso

de peatones y no tuve margen de maniobra —explica haciendo un gesto de dolor cuando se mueve.

—No irías a la velocidad adecuada entonces —escupo sin cortarme y ella clava su mirada en mí como una estaca.

—Había un coche mal aparcado que me tapaba la visibilidad, los Mossos ya lo han denunciado. Y el crío salió como una bala, si hubiese mirado habría visto que yo estaba pasando y nada de esto habría pasado —se defiende y noto cierta molestia en su tono.

Afirmo con condescendencia y le tiendo el móvil.

—Tu hermana viene de camino, y tienes razón, es un poco alarmista, pero he logrado que se calme.

Arlet hace un intento de sonreír, sin embargo, esta vez no le sale porque sentirse juzgada por mí está claro que la ha ofendido. Como me niego a disculparme por opinar donde nadie me ha pedido que lo haga, le tiendo la receta y me siento a su lado para explicarle bien las pautas.

—Ten cuidado al limpiarte los rasguños, hazlo solo con agua y jabón, sin utilizar esponja ni gasas. Solo con la mano.

—De acuerdo.

—Esto es para que vengas el lunes a consultas externas y te repitan el TAC, quiero asegurarme de que todo sigue en orden. Entrégalo en el mostrador de urgencias y les pides que te den hora conmigo, paso consulta de once a doce.

Arlet asiente con el gesto más relajado y la puerta del box se abre después de que alguien llame con los nudillos. No necesito que se presente para saber que es su hermana, se parecen una barbaridad, solo que esta es más mayor que mi paciente.

—¿Ves cómo ese espanto es peligroso? —rezonga la mujer señalando el patinete en cuanto lo ve.

Me hago a un lado y dejo que se acerque a su hermana.

—No me abraces que me destrozas —la avisa Arlet con gesto compungido.

Su hermana se detiene en seco y la mira de arriba abajo antes de reanudar el paso y darle un beso en la cabeza.

—Ella es la doctora que se ha hecho cargo de mí —anuncia Arlet y me señala.

La hermana me mira, y el abrazo que no le ha dado a mi paciente acabo recibiéndolo yo sin que me dé tiempo de salir huyendo. Me quedo inmóvil, sin lograr esconder mi incomodidad mientras mis ojos se clavan en los de Arlet, que me mira como si estudiase mis reacciones.

—Gracias por haberla ayudado —dice soltándome por fin.

Tardo en reaccionar. Hace tiempo que no llevo bien el contacto físico con la gente, solo se lo permito a Maribel y suele

ser a regañadientes, y ya no recordaba lo que se siente cuando alguien te envuelve con sus brazos.

—Voy a llevar ese trasto del infierno al coche y vuelvo a por ti —anuncia la hermana, cogiendo el patinete y abandonando el box.

—¿Estás bien, Teloy? —pregunta Arlet, y me doy cuenta de que sigo petrificada mientras trato de que esta extraña sensación abandone mi cuerpo.

Afirmo con la cabeza para ganar tiempo, y solo reacciono cuando ella me sonríe. Un escalofrío me recorre la columna de arriba abajo y carraspeo tratando de serenarme.

—Disculpa a mi hermana, a veces es muy intensa y no tiene freno.

Parpadeo y vuelvo a afirmar, hasta que finalmente, me acerco a ella y le extiendo la mano.

—Tengo que seguir haciendo la ronda. Ha sido un placer conocerte, pero no me gustaría nada volver a verte por aquí.

Arlet estrecha mi mano con una firmeza que me gusta y esboza otra sonrisa que logra calmarme por completo.

—A mí tampoco me gustaría volver a verte en estas circunstancias…

El resto de la frase queda en el aire cuando la puerta vuelve a abrirse y su hermana entra con una bolsa de ropa mientras se queja de que le hayan llamado la atención por dejar el coche frente a la puerta de urgencias.

—Cuídate, te veo el lunes.

Suelto su mano cuando ella afirma y me despido de su hermana con un gesto de cabeza, pasando rápido por su lado, preparada por si vuelve a abalanzarse sobre mí.

Capítulo 6

Arlet Vila
Domingo, 26 de junio de 2022

Odio ser la paciente, y más cuando es mi hermana la que tiene que cuidar de mí. Agradezco que me ayude, pero en ocasiones me pone nerviosa en lugar de ayudar a que me relaje. Lleva desde que hemos llegado abriendo cajas y ordenando a su antojo todo lo que yo no he hecho hasta ahora.

—No puedes tener la casa así, y menos en tu estado, solo falta que ahora te tropieces y te caigas —objeta cuando me quejo—, yo te lo coloco como puedo y tú ya lo cambiarás de sitio cuando te encuentres bien.

Me doy por vencida y me tumbo en el sofá con cuidado. La ducha me ha sentado bien, aunque ahora que mis músculos están relajados, no hay una sola parte del cuerpo que no me duela.

—Esa mujer tendría que educar mejor a su hijo, mírate, estás hecha unos zorros.

—No es culpa de la madre, ni del niño —añado un instante después—, simplemente son cosas que pasan, no hay que darle más vueltas.

—No, claro, las vueltas ya las diste tú por el asfalto —dice, y después se ríe de su ocurrencia—. Espero que después de esto, aparques ese cacharro en el garaje y se lo vendas al primer tonto que lo quiera.

No tengo intención de venderlo ni mucho menos de dejar de usarlo, pero como no quiero discutir con ella, decido no contestar para que esa conversación muera ahí.

—A ver —dice sentándose junto a mí en el borde del sofá.

Mi hermana se pone las gafas que siempre cuelgan de su cuello y coge los papeles que la doctora Teloy me ha entregado.

—Para el TAC tienes hora a las diez y media, y con la doctora a las doce menos cuarto. Ya te lo podían haber dado todo seguido, ¿no? —protesta.

—Claro, hora a la carta —ironizo y ella me fulmina con la mirada.

—En fin. Vendré a buscarte un poco antes de las diez, llegaremos de sobra.

—No será necesario porque ya estaré allí.

Berta se gira y me mira horrorizada.

—No puedes ir a trabajar, Arlet. ¿Tú te has visto?

—Tampoco es para tanto. Son magulladuras, nada más. Y no pienso faltar a mi puesto el primer día, ¿qué ejemplo estaría dando?

Mi hermana se lleva las manos a la cabeza y se pone en pie para dar vueltas por el salón.

—No voy a discutir contigo, haz lo que te dé la gana como haces siempre —protesta irritada—, si es que eres igual de cabezota que papá —añade negando con la cabeza.

Me encojo de hombros divertida y al hacerlo me hago daño, pero hago esfuerzos titánicos para que ella no lo note y lo utilice para confirmar que tiene razón.

—Me quedaré solo lo necesario, te lo prometo. La gerencia ha organizado una reunión con el personal médico para presentarme y debo ir. Después organizaré un poco mi despacho, iré a hacerme el TAC y a la consulta y volveré a casa para descansar. Te lo prometo.

Berta me mira pensativa con las manos en la cintura, hasta que comprende que no voy a cambiar de opinión y hace una mueca de aceptación con los labios.

—Está bien, al fin y al cabo, a quien le duele es a ti. Voy a preparar la comida para hoy y te dejaré algo hecho para que mañana no tengas que hacer nada que no sea descansar cuando vuelvas. Yo vendré a verte por la tarde, ¿le parece bien a la señora?

—Gracias —digo sincera, y extiendo la mano hacia ella.

Mi hermana me la coge renegando, pero después sonríe, me besa la cabeza y se marcha a la cocina.

—¿Puedes comprobar el lavavajillas? Creo que lo dejé puesto antes de salir.

—Lo he apagado antes, después lo vaciaré, no te preocupes.

—Gracias.

—¿Qué se supone que tengo que cocinar si no tienes nada? —vocifera irritada al cabo de un instante, y yo abro los ojos como platos al recordar que se me pasó ir a hacer la compra.

Capítulo 7

Vania Teloy
Lunes, 27 de junio de 2022

—¿Descansaste ayer? —pregunta Maribel sentándose a mi lado en la sala de descanso.

—Me pasé prácticamente toda la tarde tirada en el sofá, estaba muerta.

Su frente se arruga en un gesto contrariado.

—¿No comiste nada?

—Guarreé un poco. Estaba agotada, gitana —le digo cariñosamente—, pero tranquila, que he recuperado lo de ayer zampándome un bocadillo de atún para desayunar.

Me mira y asiente dándose por satisfecha, preocupándose por mí como si fuera mi madre a pesar de que tenemos los mismos años. Mira el reloj en su mano izquierda y apura el último trago de café antes de tirar el vaso.

—¿Vamos? —inquiere y se pone en pie.

—¿A dónde?

Mi querida gitana arquea las cejas y pone los brazos en jarras.

—A la reunión, Vania, ¿a dónde quieres que sea?

—Ah, eso —respondo sin mayor interés.

—Sí, justo eso, y si no mueves el culo vamos a llegar tarde —dice, y me da una palmada en el trasero cuando paso por su lado.

Dejo la bata en el colgador y ella me mira estupefacta.

—Válgame Dios, ¿piensas ir así, con el pijama azul? —protesta la amante de la perfección.

—Es mi ropa de trabajo, Mari, deja de quejarte ya por todo y vámonos antes de que lleguemos tarde y te entre un ataque de ansiedad.

—Eres una capulla, lo sabes, ¿verdad?

—Y estúpida y antipática, según lo que opina la mayoría —añado subiendo las escaleras que llevan a la sala donde se celebran este tipo de reuniones y también se dan clases a estudiantes universitarios.

—Reconoce que no se lo pones fácil, a veces te pierden las formas. Deberías esforzarte y ser un poco más amable con…

—No empieces con eso ahora —la corto.

Maribel alza las manos en son de paz y sube los dos últimos escalones de una sola zancada. Llegamos a la sala y entramos por

la puerta que da acceso directo a las gradas con pupitres donde debemos sentarnos.

—Mierda —maldigo escaneando la sala para comprobar con disgusto que solo queda sitio en las primeras filas.

—Si no fueses tan remolona nos hubiésemos sentado atrás.

No contesto y reviso el móvil para ver si me han enviado al correo los resultados que estoy esperando. Eso sería una buena excusa para largarme de aquí y no tener que soportar la chapa, pero no hay nada nuevo en la bandeja de entrada.

—¿Qué se supone que hacemos aquí, gitana?

—Madre bendita, Vania, ¿es que nunca lees el tablón?

—Te tengo a ti para eso —bromeo y ella arruga la nariz y me da un codazo suave en el costado.

—Jose Ramón, el director médico, se ha jubilado.

—¿En serio? —pregunto realmente sorprendida.

Maribel se ríe, incapaz de controlar el asombro que le produce que de verdad no me entere de nada de lo que sucede más allá de la sala de urgencias.

—Sí, en serio. La reunión es para presentar a su sustituta, viene de ocupar el mismo puesto en el Clínico de Barcelona, al parecer se le da bien dirigir.

—¿Y necesitan dejar medio hospital sin médicos para esto?

—Política de dirección, ya sabes, queda bien para la foto.

El director general del hospital y un par de accionistas irrumpen en la sala provocando que todo el mundo enmudezca. Suben al pequeño escenario y el director se acerca al atril. Comienza saludando y después hablando de la gran labor que hizo Jose Ramón, quien en realidad, el último par de años no hizo más que calentar la silla. La charla sigue con que siempre es bueno dejar paso a generaciones más jóvenes, pero no menos preparadas y, finalmente, llega el turno de ella.

—Os presento a Arlet Vila —anuncia con una sonrisa resplandeciente, y se hace a un lado para cederle el puesto.

Yo observo la escena incapaz de cerrar la boca.

—Qué cabrona —mascullo cuando la reconozco.

Mi paciente del sábado por la noche se acerca al atril con una tímida sonrisa, vestida con un pantalón fino de color marrón claro que cubre con suavidad sus piernas y una camisa morada que le sienta como un guante. Si le duele algo, y yo sé que sí, logra disimularlo muy bien. Estrecha la mano del director general y se apoya en el atril esperando a que cesen los aplausos que el mismo director ha iniciado.

Imagino que soy la única que no aplaude, pero estoy tan impactada que apenas puedo moverme.

—¿La conoces? —pregunta la gitana acercándose a mi oído.

—La atendí el sábado por la noche, es la mujer que se pegó el tortazo con el patinete eléctrico.

—¿De verdad? —pregunta, y antes de que responda comienza a reírse—. Qué fuerte.

—No sé qué coño hace aquí, te aseguro que no puede haber una parte de su cuerpo que no le duela. Rodó por el asfalto como una pelota y tiene un golpe en la parte occipital. Debería hacer reposo.

—Bueno, quizá en su primer día no se ha atrevido a faltar, o solo viene a la reunión y después se marcha a llorar a su casa —opina divertida.

—No se va a ir a ningún sitio, tiene visita conmigo dentro de hora y media.

Arlet no se extiende mucho en su presentación, se limita a dar las gracias, a decir que está ilusionada con el puesto y a contener la respiración cuando ella misma se roza el costado sin querer. Deja de hablar y yo me preparo para saltar de mi asiento y asistirla, pero se recompone y vuelve a clavar la mirada al frente. Es en ese preciso momento cuando me ve, sentada en la segunda fila, observando con atención cada uno de sus gestos mientras trato de descubrir si sus ojos son grises como me pareció el sábado, o son azul claro cómo me parecen ahora. Hace una pausa muy breve que interpreto como su forma de saludarme y, finalmente, da por concluida su aparición y se marcha por donde ha venido.

—¿No te dijo que el lunes empezaba a trabajar aquí? —pregunta la gitana.

—No, no me lo dijo —respondo, y me doy cuenta de cuánto me molesta que no lo hiciera.

—Está muy bien, ya la podrían haber contratado antes —opina ella, siguiéndola con la mirada hasta que desaparece tras la puerta.

Cabeceo con los ojos en blanco y me levanto dispuesta a salir.

—Me voy, tengo que empezar la consulta en un rato.

—Espera.

Maribel me coge de un brazo y me arrastra hacia un rincón de la sala donde ya no queda nadie.

—Supongo que no hace falta que te diga esto, pero ella no es Jose Ramón, gracias a Dios —añade mirando hacia arriba con gesto travieso.

—Me he dado cuenta.

—Y también damos gracias a Dios por eso —bromea ella y al final tengo que reírme.

—Tengo prisa, gitana, di lo que tengas que decir.

—Está bien —dice endureciendo el gesto—. Jose Ramón llevaba tiempo pensando en la jubilación y pasaba de todo, incluidas las quejas hacia tu comportamiento de algunas enfermeras. Ella no te conoce, Vania, y si hace su trabajo como debe, vas a tener problemas si no empiezas a controlarte.

—¿Has acabado? —pregunto nerviosa, con ganas de salir corriendo.

—No, no he acabado. Dijiste que irías a terapia cuando estuvieras preparada y han pasado casi dos años, igual es el momento de…

—Será que todavía no estoy preparada —escupo y la esquivo tratando de huir de una realidad que me asfixia.

Su mano se cierne sobre mi brazo y me retiene atrayéndome hacia ella para abrazarme. No es como el abrazo de la hermana de Arlet, este es afectivo, de alguien que de verdad me quiere y se preocupa por mí a pesar de que yo intento no mostrar emoción alguna. Me limito a agarrarme de su bata mientras una de sus manos hace presión en mi nuca para hundir mi cara en el hueco de su cuello.

—A mí me tienes siempre, aunque en ocasiones seas insoportable —susurra y yo asiento confirmando que lo sé.

La gitana me besa la sien y me libera de sus garras antes de mirarme con preocupación.

—Yo sé que estás preparada, la única que se niega a verlo eres tú, ahora largo, doctora Teloy, o llegará usted tarde a la consulta —añade para destensar la situación.

Capítulo 8

Arlet Vila
Lunes, 27 de junio de 2022

Debo reconocer que estoy nerviosa, y no precisamente porque hace un rato me hayan repetido el TAC, sino porque ahora estoy parada frente a la puerta de la consulta que ocupa la doctora Teloy, y sé por la sorpresa de su rostro al verme frente al atril, que no le ha hecho ninguna gracia enterarse de esa manera.

Cuando el paciente que hay dentro sale, deja la puerta abierta y la veo sentada detrás de su mesa, terminando de escribir datos en el ordenador con ese gesto concentrado que tanto vi el sábado por la noche. De nuevo, mi mirada aterriza en esa cicatriz misteriosa, hasta que ella alza la vista como si de algún modo hubiese percibido que estoy aquí, y me siento descubierta.

Aprovecho para entrar y cerrar la puerta a mis espaldas.

—Hola, doctora —saludo con una mueca.

—La verdad es que ahora no sé cómo debo llamarte. ¿Qué prefieres? ¿Arlet, doctora Vila o mejor lo dejamos en jefa? —pregunta muy seria al mismo tiempo que señala la silla frente a ella.

—Estás enfadada —afirmo tomando asiento.

—No, no estoy enfadada, pero hubiese estado bien saber que estaba atendiendo a la nueva directora médica del hospital.

—¿Hubiese cambiado en algo tu comportamiento hacia mí, Vania? —respondo retadora.

—En absoluto —zanja cortante, y se gira hacia la pantalla para abrir el archivo con mis resultados.

De nuevo, lo estudia concienzudamente mientras yo la observo tratando de encontrar algo que decirle que nos sirva a ambas para rebajar la tensión que se ha creado. No lo encuentro, así que me mantengo en silencio hasta que se da por satisfecha y pasa los resultados a una pantalla que yo también puedo ver. La doctora Teloy se levanta y señala la zona lesionada de mi cabeza con el dedo.

—La inflamación está remitiendo como debe, se puede apreciar aquí y…

Se queda callada y se gira hacia mí con gesto irritado.

—Supongo que no he de explicarte nada, sabes leer los resultados tan bien como yo, quizá mejor.

—Vale ya —digo alzando la mano para que deje de hablar.

Me levanto dispuesta a que zanjemos esto con una conversación adulta cuando un pinchazo espantoso me atraviesa el costado, haciendo que el aire se me escape de los pulmones.

—Joder —digo llevándome la mano al pecho con los ojos cerrados.

Cuando me doy cuenta, noto el calor de la palma de su mano sobre la parte alta de mi pecho, quemándome la piel a través de los botones del cuello de mi camisa que hay desabrochados.

—Te lo dije el sábado y te lo repito ahora —susurra y la suavidad de su voz me sobrecoge—, debes respirar por la boca, despacio. Y deja de tensarte —me pide, y el labio inferior me tiembla cuando la miro.

Vania me mantiene la mirada. La luz del techo se refleja en sus ojos almendrados, haciendo que perciba en ellos esa sensación de paz que, por algún motivo que no logro explicarme, la doctora produce en mí. Esta vez no lleva guantes, aun así, no duda en repetir el gesto del otro día y su pulgar roza mi labio para invitarme a que lo separe y empiece a respirar por la boca.

—Concéntrate, el otro día lo hiciste muy bien —susurra convencida.

El otro día estaba muy aturdida, ahora estoy más despierta que nunca y tenerla tan cerca lo que me produce es una agitación en el pecho que no debería estar sintiendo y que no me deja pensar con claridad. Cierro los ojos como último recurso, si no los tengo abiertos, no puedo perderme en esa cicatriz y me será más fácil concentrarme. Cojo aire por la boca y me imagino su cara de satisfacción al verlo. Lo suelto lentamente y vuelvo a coger otra bocanada que me permite respirar con más normalidad.

—Muy bien, ahora deja de tensar los músculos —añade y ejerce algo de presión con esa mano que tiene sobre mi pecho.

Por un momento había olvidado que estaba ahí, la he sentido tan unida que, cuando la retira, durante unos segundos me siento como si me hubiesen arrancado algo.

—¿Mejor?

—Sí, lo siento, a veces olvido que me duele y que debo tener más cuidado.

—Deberías estar haciendo reposo —me reprende sin dejarme terminar—, podrías haberte quedado un par de días más en casa, todo eso de antes no era necesario.

—Yo no lo decidí, Teloy.

—Pero podrías haberte negado. En fin, da igual.

—No da igual. Lamento no haberte dicho quién era, ¿de acuerdo? Lo digo en serio, debí hacerlo y lo siento. ¿Podemos

empezar de nuevo?

Extiendo la mano hacia ella con determinación. La doctora Teloy la mira sin disimular su confusión hasta que se decide y la acepta estrechándomela.

—Me llamo Arlet Vila, y soy la nueva directora médica del hospital —me presento mirándola a los ojos con el respeto que merece.

—Vania Teloy, traumatóloga de urgencias.

—Es un placer, Vania. Antes preguntabas cómo llamarme, Arlet está bien.

—Como quieras, Arlet. ¿Cómo te encuentras? ¿Duermes bien? —pregunta, y señala la camilla para que me siente.

—Duermo bien hasta que me giro y las sábanas me rozan, es horroroso —admito y ella suelta una risita nasal que me fascina.

—¿Te importa quitarte la camisa? Me gustaría echar un vistazo y ver la cicatrización.

—Claro.

Comienzo a desabrocharme, consciente de que no me importa y que al mismo tiempo, me pone nerviosa que me vea, porque debo admitir que me preocupa cada vez más que lo que vea no le guste.

Vania aprovecha el momento para ponerse unos guantes. Dejo la camisa y maldigo a mi cuerpo cuando veo que tengo los pezones endurecidos. La doctora se gira hacia mí y durante una fracción de segundo noto el impacto de la primera visión en su mirada.

—He intentado ponerme el sujetador, pero me roza y no lo aguanto —confieso y le señalo esa rozadura junto a mi pecho que me trae por la calle de la amargura.

—No pasa nada, yo nunca lo llevo cuando voy por casa —dice en un intento fallido de que me sienta más tranquila.

Vania observa mis rasguños con profesionalidad, sin demorarse más de la cuenta con ninguno para que pueda cubrirme cuanto antes. Es ella misma la que me tiende la camisa y me ayuda a meter los brazos para que no tenga que retorcerme en una postura que me provoque dolor.

—Por mi parte te doy el alta. Aunque me gustaría que dentro de una semana te pasases por tu médico de cabecera para que te eche un vistazo.

—¿Me vas a hacer ir al médico estando tú aquí? —pregunto, y ella apoya el culo sobre su mesa y asiente mordiéndose los labios.

—Eso sería un trato de favor, y no puedo arriesgarme a que la directora médica se entere, bastantes problemas me busco yo

solita como para añadir otro —contesta rotunda y me doy cuenta de la razón que tiene.

—Cierto, perdona —digo y entorno los ojos—, te prometo que iré a que me visiten.

Teloy asiente satisfecha y alza una mano cuando me despido de ella.

—Arlet —me llama antes de que cruce la puerta.

—Dime.

—Me pasaré por tu despacho a la hora del desayuno y te echaré un vistazo. ¿Te parece bien?

—Me parece genial, Vania. Muchas gracias.

Capítulo 9

Vania Teloy
Martes, 28 de junio de 2022

—Espabila, Teloy, que he reservado para las dos y media y por tu culpa vamos a llegar tarde —me apremia Maribel.

—Ni que hubieses reservado en un estrella Michelin —respondo ahuecándome la camiseta de tirantes cuando salimos del hospital.

—Madre mía, como sigan subiendo las temperaturas de esta manera no llego viva al mes de julio —se lamenta sofocada.

Podría rebatirle el comentario con alguna burla, sin embargo, la gitana tiene razón, para ser finales de junio, hace un calor digno de agosto. Estamos en plena ola de calor y las noches son asfixiantes, imposibles de soportar sin un ventilador cerca.

Mientras caminamos me recojo la melena en una cola alta para que el pelo no se me pegue en el cuello y vuelvo a ahuecarme la camiseta mientras noto asqueada las gotas de sudor resbalándome entre los pechos.

—Joder, qué asco, y acabamos de salir —digo mirándome las tetas por encima.

La gitana se ríe y se gira hacia mí mostrándome su camiseta, también calada por las gotas de sudor. Su piel tostada brilla y le da un aire de actriz de película que muchos estarían encantados de ver desnuda. Maribel tiene ese rasgo de belleza peculiar que poseen todas las gitanas, combinado con una expresión siempre alegre que atrae miradas allá por donde pasa.

Al entrar en el restaurante agradecemos el aire acondicionado suspirando de alivio y nos dirigimos a la mesa que solemos reservar siempre que venimos. Margarita, la dueña y camarera, se acerca y nos sirve directamente dos copas de agua fría.

—Hoy tengo gazpacho fresquito y muy rico, ¿qué os parece eso con un plato de patatas fritas con pimientos y un huevo? —pregunta con la confianza que ya existe entre nosotras.

—Yo me apunto —digo alzando la mano.

—Y yo —añade la gitana.

—Así da gusto —ríe Margarita—, enseguida vuelvo.

—¿Qué tal fue ayer con la directora? —se interesa Maribel.

—¿Cómo quieres que vaya? La visité como hago con todos los pacientes.

—Eres más borde… —dice con los ojos en blanco—. No todas tenemos a la jefa como paciente, ¿cómo es? ¿Es simpática? A mí me lo pareció.

—Pues no la conozco tanto como para afirmar algo así, gitana, pero me cae bien —admito y ella alza una ceja con gesto de aprobación.

—Bueno, eso es todo un logro. Últimamente no soportas a nadie.

—Me basta con soportarte a ti.

—Yo soy un encanto, es imposible no quererme —se jacta y se acomoda con chulería en la silla.

Sonrió y cabeceo, tampoco se lo puedo rebatir porque tiene razón, Maribel es de esas personas a las que empiezas a querer en cuanto las conoces, cuando te quieres dar cuenta, sientes que si desaparece de tu vida, todo se puede tambalear.

—Dejemos de hablar de mi simpatía y hablemos de tu nueva afición por esa aplicación de citas.

—Mmmm —sonríe y hace una mueca culpable.

—¿Has vuelto a quedar con la casada? —pregunto alarmada.

—No, claro que no, yo paso de problemas, Vania. Me instalé esa aplicación precisamente para eso, para poder pasar buenos ratos y después seguir con mi vida. Solo me falta un marido celoso persiguiéndome por el hospital, ¿te imaginas?

—O mujer —añado.

—No creo. Estoy hablando con muchas mujeres por ahí y tengo la sensación de que todas son heteros con ganas de probar algo diferente.

—Esas son las peores, gitana, ándate con ojo —la advierto preocupada.

—Lo sé. Tú tranquila, está todo controlado.

—Ya, claro —contesto, y ella me guiña un ojo antes de empezar a reír.

—Este sábado podríamos salir, nos tomamos unas copas, bailamos un poco y para casa, nada serio, te lo prometo.

—Paso.

—Joder, Vania —resopla negando con la cabeza—. Por lo menos podrías hacer ver que te lo piensas e inventarte alguna excusa de mierda para decirme que no, pero no haces ni eso.

—Tienes razón, gitana —admito sintiéndome mal.

Paso la mano por encima de la mesa y le pido con gesto suplicante que me tienda la suya. Lo hace con un gesto de resignación y yo la cojo y se la beso como si fuese una reina, quizá porque para mí lo es.

—Lo siento, lamento ser tan brusca, tú no te lo mereces.

—Ni yo ni nadie, Vania —aclara y yo asiento a regañadientes.

—No me apetece salir y tener tanta gente alrededor, me amargaré y te amargaré la fiesta a ti también. Prefiero quedarme en casa y que vengas el domingo por la tarde después de dormir la mona a contarme a cuántas mujeres has conquistado.

Fuerza una sonrisa y asiente mirándome fijamente.

—No puedes hacer esto eternamente, Vania.

—Lo sé, pero todavía no estoy lista para salir, eso es todo.

—Gazpacho por aquí —anuncia Margarita salvándome de un posible sermón.

Capítulo 10

Arlet Vila
Jueves, 30 de junio de 2022

Cierro la ventana del despacho y enciendo el aire acondicionado a pesar de ser solo las diez de la mañana. Observo el cielo despejado con ese sol brillante y amenazador que gobierna sin piedad sobre la ciudad de Gerona. Cierro un poco la cortina y me dejo caer en la silla, clavando la mirada en esa carpeta negra en cuya esquina superior izquierda, está el nombre de Vania Teloy sobre una pegatina verde.

—Joder… —me lamento mareando la pulsera de cuerda que llevo en la mano derecha.

Tamborileo los dedos sobre la mesa y, finalmente, descuelgo el teléfono y le pido a Eric, el secretario que comparto con la junta directiva, que localice a Teloy y la haga venir.

—Enseguida —responde solícito.

Cuelgo y doy un sorbo de agua a mi botella para aclararme la garganta. Después me desabrocho los puños de la camisa y me remango porque me siento sofocada. Desabrocho también uno más del cuello y ahueco un par de veces la camisa para que el aire frío me refresque. Teloy tarda casi una hora en llamar a mi puerta, en ese tiempo he atendido tres llamadas e imprimido el cuadrante del personal del próximo fin de semana para revisarlo con calma.

—¿Querías verme? —pregunta desde la puerta.

—Sí, pasa y siéntate, por favor.

Mis ojos se clavan en ella siguiendo cada paso que da. No sé por qué me resulta tan fascinante observarla ni por qué pienso que a ella, el pijama azul, le sienta infinitamente mejor que a cualquier otra doctora. Su identificación cuelga del bolsillo en el lado izquierdo de su pecho y el fonendo reposa sobre sus pechos, no hay nada que la diferencie de los demás y, sin embargo, a mis ojos es única.

Cuando la tengo delante siento la angustia estrangularme la garganta, más de doscientos trabajadores y tiene que ser precisamente ella.

—¿Qué hago aquí? —pregunta nerviosa ante mi silencio.

Suelto un bufido y me sereno para adquirir la determinación que necesito. Cuando me siento lista, me levanto y me dirijo hacia

su lado de la mesa, apoyando el culo en el borde y cruzando los brazos.

—¿Le dijiste a un niño de siete años que se iba a quedar calvo? —pregunto a bocajarro.

Vania abre la boca para contestar, sin embargo, las palabras no llegan a salir de sus labios porque la sorpresa inicial la ha bloqueado.

—Vania… —la insto a que conteste.

—¿Cómo sabes eso? —pregunta por fin.

—Madre mía, así que es cierto —digo llevándome la mano a la frente—. Tenía la esperanza de que me dijeses que era mentira.

—¿Quién te lo ha dicho? —insiste ella.

—Su madre, Teloy. Le han dado el alta esta mañana y lo primero que ha hecho ha sido exigir hablar conmigo para presentar una queja. ¿Me explicas por qué demonios le dijiste eso al niño?

—La gitana no lograba que le hiciera caso…

—¿La gitana? ¿Qué gitana? —pregunto descolocada y ella se muerde los labios reprimiéndose a sí misma.

—Heredia, la doctora Maribel Heredia. Es la pediatra de urgencias —aclara suspirando.

—Sé quién es. ¿La llamas gitana? —pregunto horrorizada—, eso es despectivo y te podría acusar de racismo —añado pensando que cuánto más abre la boca, más lo empeora todo.

—No es despectivo. La llamo así de forma cariñosa, Maribel y yo somos amigas, por eso acudió a mí cuando el niño se negó a dejarse examinar —justifica tranquilizándome un poco.

—¿No se dejaba examinar? Su madre no ha mencionado eso.

—Claro que no. Ella solo cuenta la versión que deja a su pequeño demonio como una víctima —explica ofendida—. El crío se cruzó de brazos y no había manera de que se dejase hacer nada. Heredia me pidió ayuda porque no quería obligarlo, ¿y sabes por qué no quería? Porque si lo hubiese hecho, entonces esa madre hubiese puesto el grito en el cielo porque una gitana había agredido a su retoño. No vuelvas a acusarme a mí de racista —dice casi sin respirar.

Teloy se ha puesto en pie y se ha apoyado con el hombro derecho en la ventana y cruzado de brazos mientras mira a través de ella para tranquilizarse. Su cicatriz queda completamente expuesta y por un momento desearía poder estirar el brazo para recorrerla con el dedo.

—Lo del niño quedará en nada, es su palabra contra la tuya. Imagino que la única testigo es Heredia, así que haced como si esto no hubiera ocurrido y no lo comentéis con nadie.

—Claro, tú tranquila —contesta con un tono irónico que no me gusta.

—Vania, mírame —le pido y ella deja caer la frente sobre la ventana.

Le doy unos segundos para que obedezca mientras la indignación por su desfachatez me va sobrepasando poco a poco.

—He dicho que me mires —ordeno implacable.

Se gira hacia mí con una expresión de desolación en el rostro que me sobrecoge y me deja sin palabras un instante. Teloy mantiene los brazos cruzados bajo el pecho en un gesto defensivo que marca también una distancia que no quiere que yo traspase.

—Lo del crío puedo arreglarlo, pero esto no —digo y agito la carpeta con su nombre frente a ella.

—¿Qué es? —pregunta como si ya se lo esperase.

—¿Tú qué crees que es?

—No lo sé, Arlet. ¿Es mi despido? —vacila elevando la voz, logrando así sacarme de mis casillas por completo.

—No es tu despido. Es una queja oficial firmada por la jefa de enfermeras en la que se habla de tu trato de desprecio reiterado sobre el personal de enfermería —puntualizo, y tiro la carpeta sobre la mesa.

La dejo ahí y me paso una mano por el pelo mientras hago respiraciones para relajarme.

—¿Me lo puedes explicar? —le pido finalmente.

—Ya te lo ha explicado ella, ¿no? Poco puedo decir yo.

—No me jodas, Teloy. ¿Ya está? ¿Eso es todo lo que vas a decir?

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que mienten? Mentiría yo en ese caso.

—Así que lo admites —concluyo alucinada por su falta de preocupación.

—Probablemente esté todo bastante exagerado en ese informe, pero no voy a negar que a veces me paso con ellos.

—A veces —cabeceo—, te recuerdo que yo presencié ese trato con Paula, y también escuché como llamabas gilipollas al jefe de urgencias.

—Él no es enfermero, es médico y un gilipollas, así que no cuenta.

—Alucino —digo desbordada.

—Yo también, creía que el sábado eras solo una paciente, pero está claro que también estabas allí para juzgarme.

—No te estoy juzgando, Vania, no tergiverses las cosas. Hablo de que el comportamiento que vi en ti con respecto a algunas personas, casa mucho con lo que dice este informe.

—¿Te traté mal a ti?

—Tuviste un trato exquisito conmigo, Vania, lo único que te pido es que seas así con los demás. Son tus compañeros, ¿tan difícil es?

—Quizá —responde seca, y se deja caer en la silla como si no pudiese con el peso de su cuerpo o de lo que sea que la consume.

Me siento en la silla de su lado girándola hacia ella hasta quedar de frente. Apoyo los codos en las rodillas y junto las manos frente a mi boca mientras pienso.

—He visto tu historial, Vania. Sé que hace dos años pasó algo aquí y agrediste a una enfermera. Todo lo demás referente a eso lo borró Jose Ramón por algún motivo que soy incapaz de imaginarme.

Vania me mira con los ojos abiertos por la sorpresa.

—¿Borrado? —pregunta descolocada.

—Sí. Solo se hace referencia al incidente, pero no hay ningún detalle. ¿Qué sucedió aquel día, doctora Teloy? —pregunto con suavidad.

Por primera vez me mira y noto la derrota y el miedo en sus ojos. Sufre, lo hace con intensidad y en silencio, y eso hace que mi angustia y las ganas de protegerla aumenten hasta niveles insospechados.

—Vania… —insisto poniendo la mano sobre su rodilla.

Sus ojos brillan y por un momento pienso que romperá a llorar, pero se centra y se esfuerza por controlarlo con tanto énfasis, que lo logra.

—No voy a hablar de eso, lo siento.

—Te quiero ayudar, Teloy, lo digo en serio, pero para eso necesito que tú quieras y dejes de ponerme las cosas difíciles.

—Puedes preguntar a cualquiera, estarán encantados de darte su versión.

—Yo no quiero su versión, quiero la tuya —insisto con paciencia.

—No puedo, Arlet —susurra, y me doy cuenta de que no es una cuestión de confianza, sino de miedo.

Vania siente un miedo atroz a desmoronarse.

—Muy bien. Puedes irte.

—¿Ya está? —pregunta confusa.

—Yo no puedo hacer más, Vania. No soy Jose Ramón, a mí me han contratado para cubrir un puesto y voy a hacer mi trabajo como debo. Me consta que ya se presentaron quejas sobre tu comportamiento cuando él estaba al mando y que hizo caso omiso. Yo no puedo hacerlo.

—No te lo he pedido.

—Ya lo sé. Esta vez queda en una advertencia verbal, si vuelvo a recibir otra queja no me quedará más remedio que mandarte a casa unos días. ¿Entiendes eso?

—Perfectamente —dice al mismo tiempo que se pone en pie.

La imito y las dos quedamos frente a frente, a una distancia tan corta que ni el aire acondicionado logra calmar el sofocón repentino que me ha entrado. Las dos damos un paso atrás al mismo tiempo y me hago a un lado para dejarla pasar.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta de repente, con ese tono suave que me hace sentir a salvo.

—Mucho mejor. Ya no me duele la cabeza y las heridas cicatrizan bien, ahora ya puedo dormir por la noche sin miedo a moverme —explico sin poder apartar la mirada de sus ojos.

—Me alegro, de todos modos me pasaré el lunes para ver cómo sigues. Eso si no me has mandado a casa antes —añade con una mueca y se dirige hacia la puerta.

—Vania…

—Tranquila, es tu trabajo y debes hacerlo, no te sientas mal —me sonríe desde la puerta.

—Solo has de ser respetuosa con el sector de enfermería, no es tan difícil.

Vuelve a sonreír con una mueca que no esconde su tristeza y cruza la puerta.

Capítulo 11

Vania Teloy
Viernes, 1 de julio de 2022

—Te lo dije —me advierte Maribel mientras le explico desayunando lo que me dijo Arlet ayer—. Sabía que esto acabaría pasando. Y la madre del niño diabólico, qué fuerte, vaya cara la de ir a quejarse, ¿es que no conoce a su hijo?

La observo con aire divertido, a veces me maravilla su dramatismo.

—En fin, volvamos a lo realmente importante, ¿qué te ha dicho? Te ha mandado a casa a recapacitar, ¿no es así? —pregunta con fastidio.

—No, todo ha quedado en una primera reprimenda verbal, aunque ya me ha advertido que depende de mí a partir de ahora. Otra queja más y entonces sí que me voy a casa.

—No lo entiendo —dice y expande las manos como si buscase algo sobre la mesa—, creía que esta era la segunda amonestación, ya tuviste la primera con Jose Ramón. Bueno, si se le puede llamar así, porque cualquier conversación con ese hombre acababa con una palmadita en la espalda, tú lo sabes bien —sonríe.

—En mi expediente no aparece nada sobre lo sucedido con la enfermera.

Su atención vuelve a mí de repente y la expresión sonriente se le congela, devolviendo a su rostro un gesto de extrañeza e incomprensión.

—¿Te refieres al día de Lucía? —tantea con prudencia.

—Sí. Hay constancia de que agredí a una enfermera, pero no de los detalles ni de nada de lo sucedido aquel día —explico notando como se me oprime el pecho—, para la doctora Vila, esta es mi primera amonestación.

Maribel abre los ojos con exageración y después frunce el ceño todavía más confusa, quizá se deba también a que es la primera vez que saco el tema.

—Todo lo referente a aquel día está borrado —añado como colofón final.

—¿Estás segura de eso? ¿Cómo lo sabes? —pregunta bajando la voz después de mirar en todas direcciones como si estuviésemos cometiendo un delito.

—Me lo ha dicho Arlet.

—Arlet —repite arqueando una ceja—. Creía que era la doctora Vila.

—Déjate de gilipolleces, gitana —escupo sin ocultar la tensión que me genera hablar de esto.

—Sí, perdona. Es que no lo entiendo. ¿Cómo es posible que esté borrado? Jose Ramón era bastante torpe, pero de ahí a que casualmente borre todo lo referente a un incidente que estuvo a punto de costarte el puesto, pues no sé.

—Solo hay una persona que tenía mucha amistad con él, la suficiente como para pedirle un favor así y que él aceptase.

—¿Quién? —pregunta cambiando de sitio para pegarse a mi lado.

—Asensio —respondo turbada.

—¿Abel? Venga ya, si no os soportáis, ¿para qué iba a pedirle a Jose Ramón algo así? A él no le beneficia en nada y, sin embargo, a ti te ha librado de pasar unos días suspendida.

—Abel y yo éramos amigos hasta aquel día —confieso ante su mirada de perplejidad.

—¿Es una broma?

—No, gitana. Nos respetábamos mutuamente y trabajábamos muy bien juntos. Éramos un gran equipo en urgencias y muchas veces terminábamos el turno tomando una caña frente al restaurante de Margarita.

—¿Y qué pasó? Coño —exclama haciendo memoria—. La atendió él, ¿verdad?

—Sí, y yo no aguantaba mirarlo y saber que si hubiera venido él en lugar de aquella enfermera, quizá…

No termino de hablar porque la voz se me estrangula y el nudo que se ha formado antes en mi pecho comienza a dolerme ante tanta presión.

—Vale, tranquila. Bebe agua —dice y me entrega la botella que tengo a medio beber.

Niego con la cabeza sabiendo que el nudo es tan grande que no me va a permitir tragar. Clavo la mirada en la ventana y trato de controlar la respiración mientras Heredia pasea su mano por mi espalda en un gesto de consuelo que consigue aliviarme.

—¿Estás mejor? —pregunta tras un par de minutos.

—Sí. Volvamos a trabajar antes de que alguna se queje de que he tardado más de la cuenta en desayunar.

Me pongo en pie y Maribel se levanta de un salto para bloquearme el paso otra vez.

—No quiero hablar más de esto, gitana —zanjo cortante.

—Y no lo haremos. Solo quiero que recuerdes que esto es

serio y que si alguien más se queja te irás unos días a casa, pero si vuelven a hacerlo, es posible que te despidan y ni siquiera Asensio podrá ayudarte esta vez.

—Ya lo sé.

—Y otra cosa más —insiste y yo resoplo notando como la mirada de todos los que entran se clava en nosotras, que parece que discutimos.

—Si de verdad Abel ha hecho eso por ti, creo que le debes una disculpa y que arregléis vuestras mierdas. Él no tuvo la culpa y lo sabes, nadie la tuvo, Vania —opina categórica, y me zafo de su agarre para seguir mi camino sin esperarla.

Escucho sus pasos a mi espalda hasta que se cuelga de mis hombros y me da un beso tan fuerte en la mejilla que tres médicos se giran a nuestro paso.

—Es viernes, utiliza el fin de semana para recapacitar un poco y tratar de centrarte para volver el lunes con otra actitud. Solo te pido eso. No sé qué rollo te traes con la jefaza, pero no te olvides del cargo que tiene y de que llegado el momento, hará lo que tenga que hacer sin que le tiemble el pulso.

—Me ha quedado claro, gitana. ¿Puedes descolgarte de mi cuello? Me estás ahogando.

—Reconozco que a veces no me faltan ganas de hacerlo —dice dándome un suave empujón que me hace chocar contra Abel Asensio.

Él se gira con su encantadora sonrisa hasta que descubre que soy yo y se pone serio de golpe.

—Perdona, he tropezado —digo sin ser capaz de mantenerle la mirada mientras pienso en las posibles formas de asesinar a la gitana y salir impune.

—No pasa nada, ¿te has hecho daño? —se preocupa.

—¿Crees que por pasarte las tardes en el gimnasio eres un muro de piedra? —contesto sarcástica sin poder controlarme.

Capítulo 12

Vania Teloy
Lunes, 4 de julio de 2022

—¡No lo toques! —vocifera Maribel con la cara descompuesta cuando voy a coger un trozo de tarta que hay sobre la mesa de la sala de descanso.

Aparto la mano como si me hubiese electrocutado y me giro hacia ella exigiendo una explicación.

—¿Por qué no puedo tocarlo?

—Me parece que tiene algo chungo —dice, y sale corriendo hacia los baños como si le fuese la vida en ello.

Me quedo quieta como una imbécil antes de girarme hacia la tarta, que por cierto tiene una pinta exquisita, y coger un trozo y olfatearlo como si fuese una perra.

—La ha traído esta mañana la madre de una niña a la que dimos el alta ayer, como agradecimiento —empieza a explicarme la doctora Mateo, que se encuentra sentada en una de las sillas.

—Bueno, no es la primera vez que traen cosas —respondo algo confusa.

—Ya, pero a esta le pasa algo. Supongo que con este calor de mil demonios, el huevo se debe haber echado a perder. Todos los que la han probado están con diarreas y vómitos.

—Ostras… —digo pensando en la gitana—. Bueno, no será mucha gente —añado observando la tarta.

Es mediana y todavía queda la mitad, ¿quién puede haber comido? ¿Cuatro personas a lo sumo?

—Ese es el resto de la segunda, ha traído dos.

—¿Y por qué no la habéis tirado?

—Porque es solo una conclusión a la que hemos llegado Heredia y yo cuando has entrado.

—¿Tú has comido?

—Un trozo muy pequeño. He vomitado dos veces y he cagado como los mirlos —dice sin que pueda aguantarme la risa.

Es la persona más exagerada que conozco, y también una de las doctoras más divertidas del hospital. Cojo lo que queda de tarta y lo tiro a la basura sin dudarlo antes de que alguien más se contagie. En ese momento entra Asensio, pálido como una pared con la frente sudorosa y la mano sobre el vientre.

—¿También has comido tarta? —le pregunto comenzando a

preocuparme de verdad.

—Sí —afirma derrumbándose en un sillón.

Me agacho frente a él y le toco la frente con el dorso de la mano.

—Joder, Abel, estás ardiendo.

Me acerco hasta donde está la doctora Mateo y hago lo mismo con ella. Su temperatura no es tan elevada, pero tampoco es la normal.

—Hay que poneros suero antes de que os deshidratéis, y algo para bajar la fiebre. Voy a ver cómo está Heredia y traigo los goteros aquí. ¿Te parece bien? —le pregunto a Asensio, a quien corresponde la decisión como jefe de urgencias.

—Sí. Hay más gente intoxicada, Vania. Deberías apartarlos a todos y pedir que traigan a personal que pueda sustituirnos o esto se puede convertir en un caos otra vez —dice agotado.

—Vale, tranquilo. Yo me ocupo.

Salgo al pasillo y de ahí voy directa a urgencias, donde veo al menos a tres personas más con los mismos síntomas.

—Paula, ¿puedes venir? —le pido a la enfermera cuando cuelga una llamada.

Acude de inmediato, tan atemorizada por lo que pueda salir de mi boca, que a la pobre solo le falta cuadrarse.

—¿Tú te encuentras bien?

—Sí —titubea desconcertada.

—¿No has comido tarta de la que hay en la sala de descanso?

—No —niega rotunda.

—Genial. Coge la lista de suplentes y empieza a llamar tanto a médicos como a personal de enfermería. Consigue que al menos vengan tres de cada de refuerzo a urgencias.

—Vale, ¿sucede algo?

—Varios compañeros se han intoxicado, posiblemente por una tarta en mal estado —digo alejándome de ella para ir al baño a buscar a Heredia—. Cuando termines, ve a la sala de descanso con material suficiente para empezar a poner vías a todos los intoxicados. ¿Me has entendido, Paula? —inquiero al ver su cara de susto.

—Sí, pido personal de refuerzo y pongo vías.

—Exacto, pide a alguien que te ayude, y busca a todos los que se encuentren mal.

Entro en el servicio de mujeres como un huracán, encontrando ambas puertas cerradas y escuchando las arcadas que Maribel da en uno de ellos.

—Mari, ábreme —le pido golpeando la puerta.

La que se abre es la de al lado y de ella sale la doctora Suárez

acompañada de una ola de peste a mierda líquida que me hace llevarme la mano a la boca y girarme hacia el otro lado, agradeciendo no haber comido nada todavía.

—Lo siento, me encuentro fatal —se disculpa apoyada en la pared.

—Tranquila —digo tratando de recomponerme—. Ve a la sala de descanso, enseguida voy y te pongo una vía.

Suárez se marcha justo cuando Maribel abre la puerta y se asoma con el flequillo pegado a la frente. El pestazo de Suárez la golpea de repente y su cuerpo se sacude en otra arcada que a duras penas logra encestar en el retrete. Cuando termina, la limpio con un poco de papel mojado y la acompaño a la sala de descanso. Al llegar, cuento hasta nueve personas, sentadas alrededor de Paula, que tiembla sin saber por dónde comenzar.

—¿Has pedido personal de apoyo? —le pregunto al mismo tiempo que le quito un gotero de las manos y me voy hacia Asensio para ponerle la vía.

—Javi se ha quedado llamando, yo me estaba colapsando.

—Ya, tú y tus colapsos —resoplo de mal humor—, prepáramelo todo, ya los voy poniendo yo.

Tener ayuda parece calmarla y, cuando logra centrarse, se vuelve efectiva y logra atraparme.

—¿Empiezo a poner yo también?

—Prefiero que vayas a por paracetamol y lo vayas pinchando en todas las vías. ¿Hay alguien alérgico? —pregunto en voz alta, arrodillada frente a Maribel, que ha recuperado algo de color.

Todos niegan y Paula desaparece. Diez minutos después, vuelve acompañada de Javi.

—He conseguido tres médicos y tres enfermeras suplentes —anuncia él, que no necesita que le diga lo que tiene que hacer para coger una vía y ponérsela a Suárez.

Cuando todo parece controlado, me pongo en pie y suspiro para relajarme.

—Teloy, deberías subir y dar parte a la directora para que esté al corriente de lo que pasa —me pide Asensio con los ojos cerrados.

—Ahora voy.

Le doy un beso en la cabeza a la gitana y salgo de la sala aliviada de no tener que estar ahí. Con tanta gente metida, el calor es asfixiante, y tampoco puedo encender el aire acondicionado si la mitad de ellos está con fiebre. Decido dejar el ascensor y subir por la escalera. Tenía que venir a visitar a Arlet de todas formas para hacerle el último chequeo, así que voy a matar dos pájaros de un tiro.

En cuanto me encuentro frente a su puerta el corazón se me desboca sin que entienda el motivo. Me tomo unos segundos para calmarme antes de llamar y abrir con lentitud por si está con alguien. La encuentro sentada a su mesa, con otra de esas camisas que suele llevar remangadas y con un par de botones abiertos del escote. Cada vez me cuesta más no mirarla y que mis ojos la recorran como si necesitase memorizarla.

—No te quedes ahí, pasa —dice desde el fondo de la sala.

Entro y me dirijo hacia ella, que me mira como si tratase de adivinar el motivo de mi visita al mismo tiempo que se pasa la mano por la frente para secarse el sudor. El gesto me llama la atención, porque tiene el aire puesto y en el despacho hay una temperatura que desde luego no haría sudar a nadie.

Me permito el lujo de rodear su mesa para acercarme a ella, que me mira con confusión mientras se recoloca en la silla.

—¿Has comido tarta de la sala de descanso? —pregunto en cuanto veo la palidez de su piel.

—Esta mañana cuando he bajado a hablar con Asensio, ¿por qué?

—Porque todos los que han comido de esa tarta están con diarrea, vómitos y fiebre —contesto, y le pongo la mano en la frente para tomarle la temperatura—. Venía a decírtelo y a hacerte el último chequeo que dijimos.

—Madre mía —dice apoyando la cabeza en el respaldo de la silla—, y yo pensando que había cogido algún virus. He vomitado hasta la primera papilla.

—Tengo en la sala de descanso a todos los intoxicados, les hemos puesto suero y algo para la fiebre. Tú también deberías estar allí.

—¿No me lo puedes poner aquí? Te prometo que no me lo quito hasta que no se termine.

—Está bien —acepto sin objetar nada, y diez minutos después estoy de vuelta con el vial.

Le pido que se tumbe en el sofá y me siento a su lado para ponerle la vía mientras le explico la situación.

—Hemos pedido personal de refuerzo para urgencias. Por suerte, hoy está siendo una mañana tranquila, así que no creo que tengamos muchos problemas.

—¿Y los demás?

—He dejado a Paula al cargo, por si necesitan algo.

—¿Paula? —repite arqueando una ceja.

—Sí, y me he portado bien, aunque esa niña no tiene sangre para estar en urgencias, no sabe trabajar bajo presión.

—Tal vez haya que moverla de planta, buscarle un sitio más

tranquilo.

—Quizá. ¿Me dejas ver alguna de esas heridas que tienes por ahí? Quiero comprobar la cicatrización.

—Tú misma —dice, y se señala los botones de la camisa con agotamiento—. Ahora ya llevo sujetador —añade ruborizada.

—Yo también —me burlo y consigo que sonría.

Desabrocho los botones de su camisa y me centro en esa herida junto a su pecho, la más grande y la que más incomodidad le ha producido. Ya está cicatrizada por completo y el aspecto es normal, así que vuelvo a abrochar y después deslizo una de mis manos por detrás de su cabeza para palpar la zona del golpe, comprobando que la inflamación ha desaparecido por completo mientras ella se tensa con cada roce de mis dedos y clava la mirada en el respaldo del sofá como si le resultase imposible mirarme a mí.

—¿Te duele? —pregunto confundida.

—No, en absoluto.

Su respuesta me pone nerviosa, porque ella se ha tensado al tocarla y yo me acabo de dar cuenta de que no me importaría enredar mis dedos en su pelo y masajearle la base de la nuca para que se relaje.

—Si te parece bien, conforme se vayan terminando los goteros iré mandando a la gente para su casa a descansar.

—Me parece perfecto.

—Tú deberías hacer lo mismo.

—Yo estoy bien, solo necesito recuperarme un poco. Ya no tengo náuseas ni dolor de barriga, solo estoy deshidratada y tú ya te has ocupado de eso —dice señalando el suero.

—Y de la fiebre —añado volviendo a poner la mano sobre su frente.

Arlet cierra los ojos sin poder controlar un suspiro entrecortado que le infla el pecho exageradamente, mientras yo la observo tratando de entender lo que me pasa cuando estoy con ella. Soy incapaz de definirlo y de encontrar una razón que lo explique, pero cada vez me gusta más pasar tiempo con la doctora Vila.

Capítulo 13

Arlet Vila
Martes, 5 de julio de 2022

Estoy centrada en el correo que leo en el móvil cuando las puertas del ascensor se abren y veo un pijama azul detenido frente a mí. No entiendo cómo puedo adivinar que es ella si todavía no le he visto la cara, pero el corazón ya se me ha desbocado mucho antes de que alce la mirada y la encuentre frente a mí, con esos mechones rebeldes que siempre le bailan en la cara y esa cicatriz que tanto me gusta al alcance de mi mano.

—Buenos días, doctora Vila —saluda con un tono que se me antoja especialmente seductor.

O quizá es que Teloy empieza a gustarme tanto que comienzo a imaginar las cosas como realmente me gustaría que sucediesen. Y eso me inquieta y me provoca cierta inseguridad ante ella.

Sus ojos brillan con una intensidad diferente, está más serena que nunca y por primera vez no percibo tanta tristeza en su expresión.

—Buenos días, doctora Teloy —saludo contenta de verla.

—¿Cómo estás hoy?

—Como nueva. Ayer me hice algo ligero para cenar y he pasado buena noche. Gracias por preguntar.

—No hay de qué.

—¿Volviendo a urgencias? —pregunto al deducir que viene de recoger algún resultado.

—Sí, ¿y tú?

—Voy a haceros una visita.

El ascensor se detiene y Teloy se hace a un lado para cederme el paso. Mi confusión crece, porque no sé si lo ha hecho para asegurarse de que no voy en la misma dirección que ella, o simplemente ha buscado que pasase cerca de ella.

Un trueno espantoso resquebraja el cielo cuando pongo un pie fuera y doy un respingo sin poder disimular el susto que acabo de llevarme.

—Menuda está cayendo —comenta a mi lado, y de nuevo contiene la sonrisa que ha estado a punto de dibujarse en sus labios.

—Odio este tipo de tormentas, son muy escandalosas —lamento caminando hacia la entrada.

Teloy viene conmigo y salimos bajo el porche para ver la intensidad con la que las gotas se estrellan sobre el asfalto. Es la típica tormenta de verano que lo mismo dura media hora que todo el día, pero mientras está ahí, se hace notar cayendo de manera desproporcionada.

—Pues a mí me encantan las tormentas —confiesa mirando hacia arriba—, y más si son ruidosas como esta. Me parece todo un espectáculo de la naturaleza.

Miro hacia arriba tratando de encontrar algún encanto a ese color gris oscuro que se cierne sobre la ciudad de Gerona, enterrando al sol bajo su masa espesa para robar la claridad y que parezca que es de noche cuando son las doce del mediodía.

—Me alegra que al menos una de las dos la disfrute —le digo sonriente antes de entrar y ser yo la que le cede el paso en esta ocasión.

—¿Me vigilas? —pregunta de repente, y yo la miro boquiabierta.

—¿Crees que necesito controlarte para que te portes bien? En tu ficha dice que tienes treinta y siete años, Teloy. Considero que ya eres mayorcita para saber lo que te conviene y lo que no, y a mí no me sobra el tiempo precisamente.

—Ya —dice y vuelve a contener la sonrisa—, perdona por la acusación.

—¿Sabes que sonreír relaja y hace que seas más feliz?

—¿Es un consejo o una petición?

—Un consejo, aunque reconozco que me gustaría verte sonreír —admito y zanjo el tema dando una suave palmada en su espalda, antes de reanudar la marcha y seguir con la ronda que pretendía dar.

La sensación de saber que tengo su mirada de ojos rasgados clavada en la espalda, me hace sentir un leve hormigueo en el estómago que me obliga a contener la respiración para serenarme. Respiro profundamente y trato de no perder el paso y de resistirme a la tentación de darme la vuelta para comprobar si realmente me mira o solo es fruto de todo eso que a mí me gustaría que sucediese, cuando se oye un zumbido sordo y urgencias se queda a oscuras.

—Mierda… —lamento asustada.

Las luces de emergencia solo tardan unos segundos en encenderse, pero es tiempo suficiente para que la gente se ponga nerviosa y camine de un lado a otro comprobando lo que funciona y lo que no. Con la escasa iluminación que proporcionan las luces estratégicamente colocadas según el reglamento, apenas se ve porque la claridad que debería entrar por la puerta

acristalada, ha sido borrada del mapa por los nubarrones. Solo el equipo realmente necesario está conectado a las tomas de emergencia, todo lo demás ha dejado de funcionar y ha dejado la sala de urgencias a merced del ruido espantoso que los truenos y la lluvia provocan en una tormenta que cada vez suena peor.

Abel Asensio da una serie de instrucciones al equipo médico y de apoyo y después pide que alguien avise a los de mantenimiento para que le digan hasta cuándo creen que estaremos así. Yo me quedo quieta en medio del pasillo sin moverme, observando con agrado la resolución del personal. Hasta que escucho lo que ninguna jefa médica quiere escuchar.

—¿Dónde está mi hijo? —grita una mujer alarmada cuando sale del box.

De inmediato, la doctora Heredia sale de otro box y se dirige hacia ella. Yo también me acerco corriendo y junto a mí llega en paralelo Teloy con cara de circunstancias. Heredia se asoma al box sin dejar hablar a la madre para comprobar por sí misma que realmente no está.

—He ido un momento al servicio y al volver no estaba —explica la madre compungida—, me he ido tranquila porque había una enfermera en la habitación, le he pedido que lo vigilase. Ay, Dios mío, ¿y si se ha puesto peor?

—¿Cómo era la enfermera? —pregunta Teloy de mal humor.

—Alta y muy flacucha, con cara de susto.

—Paula… —murmura para sí y yo me giro hacia ella lanzándole una advertencia con la mirada.

—No nos alarmemos. Quizá el niño quería ir al baño y Paula lo ha llevado, no pueden estar lejos —digo tratando de calmar el ambiente—. ¿Cuál era el motivo de su ingreso? —pregunto dirigiéndome a Heredia.

—Me ha parecido un cuadro claro de ansiedad, ya he solicitado al psiquiatra de guardia que baje a verlo.

—Le aterran las tormentas, se pone muy nervioso en cuanto ve que el cielo se encapota. Le pasa desde que una nevada nos dejó atrapados unas horas en una carretera de Andorra, y cada vez es peor.

Su respuesta me inquieta, y lo hace mucho más cuando Paula aparece sola por el pasillo del fondo con un zumo en la mano.

—¿Dónde coño estabas? —ladra Teloy sin poder controlarse.

—He ido a buscar un zumo para el niño del box uno —titubea —. Le apetecía y he pensado que ayudaría a que se relajase un poco.

—Pues por tu culpa ha desaparecido —escupe Teloy, y Paula palidece hasta tal punto que por un momento temo que vaya a

desmayarse.

—Ya basta —intervengo apartando a Vania hacia atrás para que le quede claro que no quiero que vuelva a abrir la boca—. Esto no es culpa de nadie, lo más probable es que el apagón lo haya asustado y se haya escondido. Quiero que cerréis urgencias de inmediato, nadie entra y nadie sale hasta que…

—Sergio… —dice la madre llorando.

—Hasta que Sergio no aparezca —termino de decir.

Heredia y Teloy salen corriendo de inmediato para correr la voz y cerrar las puertas. Paula, sin embargo, se queda quieta sin moverse, esperando a que alguien le diga lo que tiene que hacer.

—Usted vuelva al box y espere allí por si su hijo vuelve —le pido a la madre porque no quiero tenerla dando vueltas por urgencias—, y tú, Paula, llama a los de seguridad y da el aviso para que pongan a todo el mundo a revisar el hospital por si ha llegado a salir de urgencias.

Parece aliviada al tener un cometido claro y sale corriendo hacia el teléfono. Cuando me giro, gran parte del personal médico ya se ha movilizado para buscar a Sergio y yo decido unirme atravesando la puerta por la que accede el personal de las ambulancias, la única que no podemos cerrar.

Al salir a esa especie de garaje con la puerta de vehículos abierta, el ruido de la lluvia torrencial sobre el asfalto de la calle lo ensordece todo junto a esos truenos descomunales que rompen el cielo con demasiada frecuencia. Me froto los brazos mirando a un lado y a otro por si veo al pequeño Sergio cuando veo que de la puerta trasera de la única ambulancia que hay aparcada, se baja Teloy tras inspeccionar el interior.

—No está aquí —dice al verme junto a la puerta.

—Ya, ni creo que haya huido hacia la calle si le dan tanto miedo las tormentas.

—Paula no tendría que haberlo dejado solo.

—Quien no tendría que haber abandonado el box era su madre si sabía el pánico que siente el niño en situaciones así. Paula únicamente hacía su trabajo, Vania.

—Podría hacerlo mucho mejor y lo sabes —escupe y vuelve dentro para seguir buscando.

Yo exhalo todo el aire que puedo antes de volver y acercarme al mostrador para llamar a seguridad y preguntar si hay alguna novedad.

—Por ahora nada, doctora Vila, estamos comprobando puerta a puerta todas las plantas, pero nos llevará tiempo y apenas tenemos personal disponible.

—De acuerdo, sigan buscando, si en quince minutos no

aparece, avisaremos a la policía para que vengan a ayudar.

Justo cuando estoy colgando la llamada escucho aplausos a mi espalda. Me giro de inmediato y veo a Heredia saliendo de la sala de descanso con el niño en brazos.

—Estaba agazapado detrás de un sillón, tan acurrucado que la primera vez que he mirado, ni siquiera lo he visto —explica la doctora antes de entrar en el box.

Capítulo 14

Arlet Vila
Miércoles, 6 de julio de 2022

—No sé qué hacer —le digo a mi hermana Berta, sentada en la terraza de su piso aprovechando un día de asuntos personales que he cogido para zanjar unos temas en Barcelona.

Justo cuando he terminado me ha llamado y he acabado aceptando su invitación para comer con ella.

—Pues yo creo que está claro, Arlet, no puedes permitir que esa doctora vaya por ahí tratando a esa enfermera como si fuese una inútil. Si no la proteges tú, ¿quién lo hará?

—Ya lo sé —digo y me levanto para apoyarme en la baranda y mirar hacia el mar.

El piso de mi hermana está en Palamós, en la séptima planta de un bloque desde el que se puede divisar la playa con esta altura.

—Es que hay algo que se me escapa en todo ese asunto, Berta. Hace dos años sé que tuvo un altercado con una enfermera y creo que ese es el origen de todo.

—¿Qué tipo de altercado?

—No tengo ni idea, quien ocupaba mi puesto se encargó de borrarlo, lo que todavía me tiene más intrigada. Estoy pensando en llamarlo y exigirle que me explique por qué motivo lo eliminó todo, pero si fue capaz de hacer algo así, estoy segura de que su respuesta será que lo hizo sin querer.

—¿Y por qué no le preguntas a ella directamente?

—¿Piensas que no lo he hecho? Se le descompuso la cara y dijo que ella no me iba a contar nada —explico y suspiro con cierta impotencia.

—Pues pregúntale a otra persona. Cualquiera que lleve allí más de dos años sabrá lo que pasó.

—Supongo que sí.

—Sea lo que sea lo que te cuenten, no puede cambiar tu modo de actuar, Arlet. Nada justifica ese tipo de trato hacia una compañera, y tú eres esa figura responsable que todos tienen que entender que está allí para ayudarlos. Si dejas que esa doctora haga lo que le da la gana, te perderán el respeto.

—También lo sé —secundo, y voy a la cocina para abrirme una cerveza y tratar de desconectar por un momento de todo lo

referente a Vania Teloy.

—Por cierto, tengo que pedirte algo —dice cuando vuelvo junto a ella.

—Tú dirás.

Le entrego una cerveza y la miro con impaciencia, puede que esta sea la primera vez que mi hermana me pide un favor desde que me fui a vivir a Barcelona.

—Joaquín y yo nos vamos a ir unos días de vacaciones a Huelva, al pueblo de sus padres, y ni Héctor ni Víctor van a venir.

—¿Los dejas solos? —pregunto sorprendida de que les permita esa libertad.

Para mi gusto, Berta siempre ha pecado de madre sobreprotectora.

—Dieciocho años Víctor y veinte Héctor, los dos son mayores de edad y no puedo obligarlos. Joaquín y yo llevamos posponiendo ese viaje durante años y creo que ya ha llegado el momento de tener un poco de tiempo para nosotros solos.

—No puedo estar más de acuerdo. ¿Qué necesitas?

—En realidad poco. Feli, la vecina de arriba, se ha ofrecido para cualquier cosa que puedan necesitar y para estar atenta por si me la lían en casa, ya sabes, que me llenen esto de amigos y se desmadren. Ya les he dejado claro que no quiero a nadie en casa que no sean ellos dos.

—Héctor tiene novia, ¿en serio crees que no la va a traer? —cuestiono arqueando una ceja.

—Ya me lo imagino, pero si no me entero, mucho mejor. A lo que me refiero es a algún desmadre, una fiesta con alcohol, música y vete tú a saber.

—Ya.

—Lo único que necesito es que estés pendiente del móvil, ya les he advertido a ellos que si hay cualquier problema serio te llamen a ti y se olviden de Feli, que es muy buena mujer, pero la pobre no sabe tener la boca cerrada.

—Cuenta con ello. Si quieres me paso por aquí todas las noches a controlar que todo está en orden —bromeo y ella suspira resignada.

—De buena gana te diría que sí. Héctor está más centrado, pero Víctor no sé qué tiene en la cabeza. En cualquier caso, Joaquín y yo hemos decidido darles un voto de confianza, así que limítate a eso. Serán solo unos días, después vendrá también mi cuñada y sabes que a ella no la soporto. Prefiero estar menos días y estar tranquila.

—De acuerdo. ¿Cuándo os marcháis?

—El viernes a primera hora, volvemos el miércoles.

—¿Necesitas que os lleve al aeropuerto? —me ofrezco dando el último sorbo a la cerveza.

—No, nos lleva Héctor, Joaquín le dejará el coche.

Llego a mi casa a media tarde y en cuanto entro siento que las paredes se me vienen encima. No me apetece encerrarme y tampoco tengo ganas de darme un baño en la piscina, así que voy al garaje, cojo el patinete eléctrico y decido salir a dar una vuelta por el pueblo por primera vez después del accidente. Al llegar al paso de peatones donde me caí, siento un leve hormigueo en la boca del estómago que no va más allá de eso como temía que me pasara. Una vez superado ese tramo, logro relajarme y disfrutar tranquilamente del paseo que pretendía dar aquel día.

Cuando llego al paseo marítimo y me siento para observar una playa en la que los bañistas más rezagados aprovechan los últimos minutos de luz para el baño, la imagen fugaz de la doctora Teloy cruza por mi mente llenándome de una inquietud, que ni siquiera la magnífica puesta de sol logra quitarme.

Capítulo 15

Vania Teloy
Jueves, 7 de julio de 2022

Apuro el café y lanzo el vaso a la papelera desde lejos, encestando ante la mirada divertida de Maribel.

—Tenías que ser horrible en tu época de estudiante. Me pregunto a cuántas mujeres sedujiste durante la carrera.

—No fueron tantas, gitana.

Maribel arquea una ceja y me da un suave empujón con el que casi consigue que me estampe contra una camilla.

—Algún día me harás daño y tendré que estrangularte —le advierto bromeando.

—Con lo que yo te quiero —se ríe ella.

Consulto el reloj, después de una operación de urgencia a primera hora que me ha tenido durante tres en el quirófano, siento las piernas muy cansadas y estoy deseando que acabe el turno para llegar a casa y tumbarme un rato.

—¿Por qué tienes tantos arañazos en los brazos? —pregunta Maribel cogiendo mi mano derecha para estudiarme con atención.

Su pregunta me coge desprevenida y lamento no haber preparado una respuesta que me ayudase a esquivar la realidad, una que pensé que ya nunca sería posible.

—Ayer me dio por arreglar un poco el jardín —admito y la mandíbula se le descuelga.

—¿El jardín? —pregunta confusa y mi mueca de resignación la hace arquear las cejas—. ¿Has estado en Besalú?

—Sí. Llevo toda la semana dando viajes con mis cosas, creo que ha llegado el momento de dejar el piso de alquiler y volver a mi casa.

—Vaya… —dice sin parpadear.

—Sí, quizá hoy también me ponga un rato, después de dos años cerrada, la maleza ha invadido todo el patio. He pensado que también podría pintar la casa, cambiarle los tonos, no sé…

Trago saliva notando la creciente sensación de ansiedad en el pecho.

—Eso sería genial, Vania. Estás dando pequeños pasos, pero son importantes. Estar en este piso no te hace ningún bien y tú lo sabes, es como vivir anclada en algo que te duele, y necesitas avanzar de una vez.

—Yo no estoy tan segura —digo turbada—, si dejo el piso ya no habrá vuelta atrás.

—Pues yo sí que estoy segura, y eso es precisamente lo que necesitas, Vania, ir hacia delante. Si quieres este fin de semana me paso por tu casa y te ayudo con la pintura y con las malas hierbas. Puedo llevar a alguna amiga para que nos eche una mano.

—Te lo agradezco, pero todavía no sé exactamente lo que quiero, ni siquiera sé por qué me siento tan rara estos días. Prefiero hacer las cosas poco a poco y en función de lo que me apetezca.

—Claro, no hay problema. La cuestión es que estás avanzando. En cuanto a lo de sentirte *rara* —dice apostillando la palabra con los dedos—, quizá ella tenga algo que ver —opina señalando hacia el final del pasillo con un gesto sutil de cabeza.

Miro al frente y veo a la doctora Vila caminar con decisión hacia nosotras. El corazón se me desboca como si tuviese un caballo encabritado dentro del pecho. Arlet, como es habitual en ella, viste una de esas camisas que me obligan a mirar su escote sin poder evitarlo. Hoy, al contrario que la mayoría de los días, lleva el pelo recogido en un moño que sujeta con una aguja. De su bata abierta, cuelga esa identificación con una foto que ha logrado captar esa mirada profunda y serena, capaz de calmarme cuando siento que me estoy perdiendo.

—¿Estás bien? —pregunta la gitana a mi lado.

No sé qué contestarle. Es evidente que la presencia de Arlet me altera, y no sé si lo hace porque la intensidad con la que me está mirando no presagia nada bueno o porque la gitana tiene razón y la doctora Vila es la culpable de la confusión que siento estos últimos días.

—Hola —la saluda Maribel en cuanto se detiene frente a nosotras.

—Hola, Heredia. ¿Estáis muy liadas? Necesito hablar contigo —dice dirigiéndose a mí.

—Le digo a Asensio que se ocupe de tu paciente —dice la gitana—. Solo es darle el alta, ¿verdad?

—Sí, gracias.

La gitana se marcha y yo me quedo quieta observando la expresión tensa de Arlet.

—Vamos a mi despacho —ordena y comienza a caminar.

Cojo aire por la nariz y lo expulso lentamente en un intento absurdo de que mis latidos aminoren. La sigo por el pasillo y subimos al ascensor en silencio.

—Siéntate —dice en cuanto entramos en su despacho.

Arlet deja su bata blanca en el colgador y, en lugar de sentarse a su lado de la mesa, vuelve a coger la silla de mi lado y situarse frente a mí. Yo suelto una risa nasal y sarcástica que no logro contener y ella comienza a juguetear con una pulsera de cuerda que adorna su muñeca.

—¿Te haces una idea de por qué estás aquí? —pregunta mirándome fijamente.

—No lo sé, dímelo tú —suelto a la defensiva.

—Te avisé, Teloy.

—¿Esto es por lo del otro día cuando se perdió el crío? —pregunto mosqueada.

—Acusaste a Paula de ser la culpable de su desaparición, Vania. Y esta vez nadie ha tenido que venir a decírmelo porque tuviste la desfachatez de hacerlo delante de mí. De verdad que intento entenderte, pero me lo pones muy difícil.

—Si Paula no sabe trabajar no es mi problema —escupo a pesar de saber que no tengo excusa.

—Que Paula no sepa trabajar bajo presión no significa que no sepa hacer bien su trabajo. También te diré que debe ser muy difícil centrarse cuando sabes que en cualquier momento puede aparecer la doctora Teloy y hacerte sentir una inútil con alguna de sus contestaciones.

La miro y esta vez la vergüenza no me permite defenderme. Sé que no tengo excusa y me doy asco cuando trato de justificarme para seguir echando mierda sobre la enfermera. No quiero hacer lo que hago, pero tampoco he logrado encontrar todavía una manera de pararlo.

—Te voy a mandar a casa tres días —anuncia, y su decisión cae sobre mí como una maza que me hunde poco a poco en el suelo.

—No puedes hacer eso —digo sintiendo la ansiedad apoderarse de mi pecho.

—Ya está hecho, Teloy. Hoy acabas tu turno y no vienes ni mañana ni para la guardia del sábado ni el lunes.

—¿Y qué coño voy a hacer tantos días en mi casa? —escupo poniéndome en pie de manera abrupta.

La silla cae al suelo y, a pesar de haber sido por mi culpa, logra asustarme y hacer que dé un par de pasos hacia atrás hasta llegar a la mesa, donde apoyo el culo y me aferro con las manos en el borde, en un intento absurdo de partir la madera. Arlet se ha puesto en pie y me mira con preocupación mientras yo intento destensar el abdomen y que el labio deje de temblarme cuando intento respirar.

—Teloy… —dice, y da un paso hacia mí.

Alzo una mano y no le permito que siga avanzando. No quiero que se acerque. Tampoco que me toque o me diga cosas que no quiero escuchar.

Dejo la mirada perdida en los dibujos cutres de las baldosas del suelo y me llevo la mano izquierda a la boca para pellizcarme el labio inferior tratando de calmarme. Arlet me permite ese momento y se mantiene en silencio frente a mí, sin acercarse, pero también sin alejarse.

—Sé que no lo entiendes —empieza a explicar cuando me nota más calmada—, pero si no tomo medidas contra tu comportamiento o el de cualquiera que provoque malestar en otros compañeros, mi figura aquí no será más que la de una mujer que rellena papeles y calienta la silla. Me perderán el respeto y eso no voy a consentirlo, ni por ti ni por nadie.

Alzo la mirada y veo como sus ojos se dirigen un instante a mi cicatriz para subir de inmediato hacia los míos.

—¿Te has planteado asistir a terapia? Quizá te vendría bien para sacar lo que sea que tienes ahí, devorándote por dentro.

—¿Qué pasa? ¿Has hablado con la gitana? —pregunto soltando otra risa nasal y cansada.

—No he hablado con Heredia, y deja de llamarla así, por favor.

—La llamaré como me dé la gana mientras a ella no le moleste. Y no, no pienso asistir a ninguna puta terapia, así que dejad de insistir —me envalentono y me arrepiento de inmediato.

Vuelvo a llevarme la mano a la boca y me acerco a la ventana dándole la espalda.

—Lo siento, no he debido hablarte así —me disculpo azotada por la vergüenza de nuevo.

—No, no debes —secunda, y la noto tan cerca de mi espalda que la piel de la nuca se me eriza.

Me doy la vuelta y siento que su mirada se me clava tan hondo como si pudiese verme por dentro. La distancia entre ambas me parece más reducida de lo que debería y la tensión vuelve a mi abdomen para dejar constancia de que mi cuerpo quiere una cosa y mi mente —bloqueada desde hace tiempo— me impide armarme de valor y dar un paso hacia delante que significaría mucho más que la posibilidad de tener sus labios a mi alcance. Al ver que no me muevo ni un milímetro, es ella la que recula devolviéndome un espacio que ya no sé si quiero.

—¿Sabes cuánto hace que no te tomas unas vacaciones o algún día de descanso? —pregunta jugando de nuevo con su pulsera mientras mis ojos bailan entre eso y el escote de su blusa.

—No —respondo cortante.

—Yo sí, dos años y medio.

—¿Y por eso me mandas a casa? ¿Para hacerme un favor?

De nuevo estoy a la defensiva cuando sé de sobra que su preocupación por mí, por mucho que me asombre, es sincera.

—Te mando a casa para que recapacites.

—¿Entonces tengo que darte las gracias?

No le doy tiempo a responder y la rodeo para abandonar el despacho, hasta que noto cierta presión en el abdomen y me doy cuenta de que ha puesto su mano ahí para detenerme.

—Sal por ahí, Teloy, busca algo que hacer que te guste y desconecta un poco. Te irá bien —susurra y la respiración se me corta.

—No te preocupes tanto, algo se me ocurrirá —escupo y le aparto la mano con soberbia antes de abandonar el despacho.

Capítulo 16

Arlet Vila
Viernes, 8 de julio de 2022

—¿Me has llamado? —pregunta Heredia desde la puerta después de haber golpeado con los nudillos previamente.

—Sí, pasa, por favor. Siéntate —le pido señalando la silla frente a mí.

Heredia se desabrocha los botones de la bata y se sienta cruzando una pierna sobre otra.

—Iré al grano, Heredia. Quería preguntarte por algo, pero antes quiero dejar claro que no estás obligada a contestarme y que no tienes que darme ninguna justificación. Si no quieres responder, me lo dices abiertamente y sin reparos. No hay problema, ¿de acuerdo?

—Quieres saber qué opino de que hayas enviado a Vania a casa, ¿verdad? —trata de adivinar con mirada interrogante.

—Pues no era esa la pregunta que te ha traído aquí, pero ya que lo mencionas, para mí sería muy importante saber tu opinión teniendo en cuenta que, hasta donde sé, eres su mejor amiga.

—Sí que lo soy, y la única —admite y cabecea otorgándose cierto mérito, cosa que merece teniendo en cuenta lo difícil que es acercarse a Vania Teloy.

Su risa logra contagiarme y también que me relaje un poco. Acostumbrada al comportamiento hostil de Teloy, he llegado a pensar que Maribel Heredia también acudiría aquí a la defensiva, ofendida porque he sancionado a su amiga.

—¿Y bien? ¿Crees que me he pasado? —insisto cruzando las manos sobre la mesa.

—Opino que a Vania la tendrían que haber enviado a su casa hace mucho tiempo. Es mi mejor amiga y puedo arrancar cabelleras enteras por ella, pero alguien tiene que pararle los pies y hacerle ver que comportarse así, no va a cambiar nada. Ella piensa erróneamente que así se siente mejor, y no es cierto, en dos años me ha dado tiempo a conocerla muy bien.

—No le sentó nada bien, parecía aterrada ante la idea de tener demasiado tiempo para ella —comento porque me siento cómoda hablando con ella.

Maribel Heredia es todo lo contrario que su amiga, es cercana y siempre parece tener una sonrisa disponible para quién la

necesita.

—Claro, porque no quiere estar sola. Me refiero a que nunca para. Cuando sale de aquí suele descansar un poco y después sale a caminar durante al menos tres horas para que la tarde se le pase rápido. Todavía no has tenido tiempo de ver mucho, pero siempre es voluntaria cuando hay que hacer suplencias o cuando un accidente como el del autobús del mes pasado desborda las urgencias.

—Cualquier cosa menos estar sola en casa —añado suspirando.

—Exacto.

—Y ahí es justo donde yo la he mandado.

—No te sientas mal, Arlet, tiene que enfrentarse a sus demonios en algún momento, y creo que lleva unos días haciéndolo, aunque ella no se dé cuenta.

—¿Qué demonios son esos, Heredia? ¿Qué pasó aquí hace dos años? Supongo que te habrá comentado que el informe aparece en blanco.

—Sí, me lo dijo.

—¿Y me lo puedes contar? ¿O te pongo en un compromiso con ella? —pregunto haciendo un mohín.

—Vania ladra mucho y muerde poco, ya te irás dando cuenta. Y, por supuesto que te lo voy a contar, tienes derecho a saberlo.

—Pues soy toda oídos.

—No sé ni por dónde comenzar —dice negando.

—El principio estaría bien, Heredia.

—Vania estaba casada —dice dejándome paralizada—, su mujer falleció aquí hace dos años, en urgencias.

Me quedo bloqueada unos instantes, tratando de encajar esa información en mi cabeza. Me parece que estaba preparada para escuchar cualquier cosa menos esa.

—¿Cómo murió? —pregunto y la voz apenas me sale en forma de aullido.

—Era mi primera semana aquí, imagínate —dice haciendo una mueca—. Dieron el aviso de un atropello a un par de manzanas del hospital, la ambulancia no tardó nada en llegar como imaginarás. Se trataba de una mujer a la que había arrollado una moto, el impacto al parecer fue brutal. Ella iba con prisas y cruzó por donde no debía, la moto la arrastró durante metros antes de empotrarse contra un coche con ella en medio.

—Madre mía —digo con los pelos de punta.

—Cuando llegó la ambulancia todavía estaba viva, pero no había nada que hacer por ella. La trajeron aquí y, a pesar de tener la cara destrozada, el doctor Abel Asensio la reconoció gracias a

un tatuaje. Por lo visto, y de esto me enteré hace poco, él y Teloy eran amigos antes de eso. No conocía personalmente a Lucía, la mujer de Vania, pero sí que la había visto alguna vez en la puerta de urgencias cuando venía a buscarla.

—¿Teloy trabajaba ese día? —pregunto compungida, incapaz de imaginarme lo que debió sentir al perder a su mujer.

—Sí, estaba en el quirófano, y aquí viene el origen del problema —explica y yo frunzo el ceño sin comprender.

—¿Te refieres a su comportamiento?

—Así es. Asensio le pidió a una enfermera que fuese a avisarla de inmediato con la esperanza de que pudiese despedirse de su mujer.

Carraspeo y me atraganto con mi propia saliva. Como doctora he tenido la desgracia de presenciar muchas situaciones parecidas, sin embargo, pensar en Vania como protagonista es algo que me afecta de un modo mucho más directo.

—Lo siento —me disculpo al mismo tiempo que me aprieto el puente de la nariz.

—La enfermera entró en el quirófano, pero en lugar de decirle a Vania que su mujer se estaba muriendo en urgencias, solo le dijo que Asensio la requería de forma inmediata. Teloy le contestó que estaba a punto de acabar y que no iba a dejar la operación a medias, que fuese lo que fuese, Asensio se las apañaría, y la enfermera, que era nueva igual que Paula, aceptó su respuesta y cerró la puerta.

—Joder —lamento todavía con la garganta irritada.

—Vania llegó a urgencias apenas diez minutos después, pero Lucía había muerto hacía cuatro. Yo lo observaba todo desde la isla central, ella llegó allí justo cuando Asensio salía del box. Vania se quedó parada frente a la puerta observando a la mujer que yacía sobre la camilla. La tenías que haber visto, Arlet, se quedó petrificada, no necesitó que nadie le dijera quién era, lo supo en cuanto la vio. Recuerdo que Abel le hablaba y la sujetaba por el brazo y ella estaba como ida, no reaccionaba, no gritó de rabia ni derramó una sola lágrima, simplemente estaba allí, observando a su mujer muerta.

No sé en qué momento la doctora Heredia ha comenzado a llorar al recordarlo, pero yo tengo que hacer esfuerzos enormes para contener las lágrimas que amenazan con saltar de mis ojos en cualquier momento.

—Lo siento, es que fue un día terrible —se lamenta secándose los ojos.

—Me hago cargo, Heredia.

Me levanto y le acerco una caja de pañuelos de papel al

mismo tiempo que me siento a su lado como suelo hacer con Teloy.

—Recuerdo que el doctor Asensio le pidió a alguien que trajese una silla de ruedas, tenía la intención de sentar a Vania porque presentía que en cualquier momento se iba a desplomar. La misma enfermera que había ido al quirófano a avisarla, apareció con la silla. Cuando Vania la vio, fue como si algo le hubiese estallado en la cabeza, se abalanzó sobre ella gritándole que era una inútil. Las dos cayeron al suelo y se golpearon con la silla, la enfermera además se dio un golpe en la cabeza que le provocó una conmoción. Entre los que estábamos allí las separamos y fui yo la que se quedó con Vania, a la que no conseguí levantar del suelo. De nuevo se quedó ida, sin derramar ni una sola lágrima. Al ver que conmigo parecía estar serena, Abel me pidió que me quedase con ella mientras él se encargaba de avisar a su familia.

—Tuvo que ser horrible.

—Mucho peor que eso, Arlet. Lucía era italiana, toda su familia era de allí y la de Vania está en Galicia. Sus padres cogieron el primer avión disponible, pero eso no impidió que necesitasen más de tres horas para llegar al hospital. Tres horas en las que ella estaba sola con su mujer muerta, culpando a la enfermera por no haberla avisado y a Abel por no haber ido él personalmente.

—Por eso arremete contra las enfermeras —concluyo suspirando.

—Sí, cada vez que ve a una, recuerda la incompetencia de aquella y se frustra. En parte la entiendo, si le hubiese dicho que su mujer estaba en urgencias, le hubiese dado tiempo de despedirse de ella.

—Pero eso no justifica que las meta a todas en el mismo saco.

—Exacto.

—¿Qué pasó con la enfermera? ¿Sigue trabajando aquí?

—Que va. Cogió la baja después de la agresión y ya no volvió, Jose Ramón movió los hilos para conseguirle un puesto en otro hospital.

—¿Denunció a Teloy?

—No. Recuerdo que Vania estuvo semanas esperando que en cualquier momento la suspendieran, pero la denuncia nunca llegó. Supongo que la chica en parte se sintió culpable, no lo sé.

—Deduzco que Teloy no se cogió ninguna baja por aquello.

—Para nada. Quiso seguir trabajando, era como una pared de piedra. Jose Ramón me pidió que me convirtiera en su sombra una temporada. Imagínate, yo era nueva y no conocía a nadie y

van y me endosan a Vania —sonríe y se sorbe los mocos al mismo tiempo.

—Te tocó el premio gordo —bromeo yo también.

—Sí, nos convertimos en inseparables, poco a poco me la fui ganando, pero todavía no he conseguido que hable del tema, y sé que no la ha llorado. Es incapaz de perdonarse por no haber salido de aquel quirófano y creo que considera que su castigo es seguir sufriendo. Vivían en un piso alquilado aquí en el centro, le he dicho a Vania mil veces que tiene que irse de ahí, que eso solo la mantiene anclada a su recuerdo.

—No me extraña que no quiera pasar tiempo en casa.

—Bueno, creo que algo está cambiando en ella estos últimos días —explica y vacía sus pulmones por completo—. Ayer me dijo que había estado llevando cosas a su antigua casa en Besalú, donde vivía antes de casarse con Lucía. Se estaba planteando dejar el piso por fin, así que pienso que estos días que le has dado le pueden venir muy bien para terminar de decidirse.

—O de desmoronarse —añado preocupada.

—Tú le haces bien, Arlet —anuncia sorprendiéndome—, creo que ese cambio en ella se ha iniciado desde que tú apareciste, así que por favor, no dejes de hacer lo que sea que haces.

Me quedo boquiabierta, incapaz de encontrar nada en mi comportamiento hacia Teloy que pueda servir para ayudarla, hasta ahora solo le he echado broncas.

—Tengo que volver a urgencias —dice poniéndose en pie.

—Por supuesto. ¿Hay algún problema si le digo a Teloy que me lo has contado?

—Ninguno, a mí sus ladridos no me afectan, no te preocupes —declara con desparpajo.

—Gracias por todo, Heredia.

—A ti por cruzarte en su camino —contesta y abandona mi despacho.

Capítulo 17

Vania Teloy
Sábado, 9 de julio de 2022

Después de pasarme todo el día de ayer arrancando la mala hierba del jardín y metiéndola en sacos de rafia, estaba demasiado cansada como para conducir y decidí quedarme a dormir aquí por primera vez. Me costó conciliar el sueño, acostumbrada al ruido constante de coches y autobuses en mi piso de Gerona, el silencio absoluto de las noches en Besalú me resultaba inquietante. Despierta desde hace más de una hora, y después de haber remoloneado en la cama tratando de decidir en qué invierto el tiempo hoy, me levanto y abro la ventana para ventilar. La primera imagen son esos montones de sacos agrupados en el rincón junto a la puerta trasera del jardín que tendré que ir tirando poco a poco al contenedor.

Ayer por la mañana compré maya anti hierba y también todo lo necesario para pintar el comedor y la habitación. Pensarlo me hace suspirar, quiero hacer tantas cosas que no sé por dónde comenzar, la organización nunca ha sido mi fuerte y, además, tengo los riñones molidos después de haberme pasado horas arrancando hierba. Lo primero que hago tras beberme un vaso de zumo es salir a correr, después me doy una ducha y me acerco al supermercado para comprar todo lo necesario por si decido quedarme aquí estos días.

Cuando vuelvo, me pongo un pantalón corto de estar por casa, una camiseta de tirantes vieja y comienzo a precintar todos los rincones para poder pintar después. Mientras lo hago, pienso en Arlet y en que es culpa suya que esté aquí, tratando con agobio de llenar las horas para que los días acaben cuanto antes y pueda volver a la única rutina que me deja respirar.

Son más de las dos cuando termino de pintar la primera pared del salón, el resultado me gusta, pero la idea de pintar otra me agobia y de repente, estar encerrada no es lo que más me apetece. Salgo al jardín, a ese que cuando vivía aquí me ocupaba de mantener cuidado y que solo está convertido en un montón de metros cuadrados de tierra virgen que debo ocultar si no quiero que esto se convierta otra vez en una selva. Cojo uno de los rollos de malla y, cuando me dispongo a desplegarlo para clavarlo en el

suelo con piquetas, el móvil empieza a sonar en la repisa de la ventana en la que lo he dejado. Me seco el sudor de la cara con el brazo y descuelgo al ver el nombre de la gitana en la pantalla.

—Dime.

—Acabo de salir del hospital, me paso y comemos juntas —anuncia casi sin aliento.

—No estoy en Gerona, estoy en Besalú. Déjalo para otro día, gitana.

—Ya me imaginaba que dirías eso. Esta mañana le he encargado comida para las dos a Margarita. Ahora mismo la recojo y en media hora estoy ahí —dice y cuelga antes de que pueda negarme.

Le paso la ubicación porque, aunque le he hablado alguna vez de esta casa, jamás la he traído. Cuarenta minutos más tarde, y justo cuando tengo unos metros de malla a medio poner, suena la campana que hace de timbre en la puerta de la calle y me irrito al escucharla. Me acerco y cuando abro, encuentro a Maribel jugueteando con el cascabel y una amplia sonrisa.

—Qué pasada, ¿cuántos años tiene esta casa?

—Más de cien, y la próxima vez tocas el timbre, que para eso lo puse en su día —ladro y le señalo el botón.

—Paso, a mí me gusta la campana, es más misteriosa, como tú —dice antes de besarme en la mejilla y pasar por mi lado sin inmutarse.

Cierro la puerta tras ella y me quedo a su lado cuando lo escanea todo con la mirada.

—Qué desastre, ¿cuántos sacos de mierda hay ahí?

—Unos veinte, si te gustan, puedes llevártelos.

—Qué graciosa. ¿Tienes una mesa donde podamos comer? —pregunta mientras observa la malla y las herramientas que tengo desparramadas por el jardín.

—Algo podremos hacer, pasa.

El comedor no está mucho mejor, para poder pintar he tenido que mover el sofá y lo tengo pegado a la mesa, por no hablar de que está todo tapado con plásticos.

—La Virgen bendita, eres un puto desastre. ¿Qué ibas a comer si no llego a venir? —pregunta y yo no sé qué responder.

Tiro del plástico que cubre la mesa y las sillas y me voy a la cocina a por platos y cubiertos. La gitana lo dispone todo mientras cojo algo para beber y cuando vuelvo, se me hace la boca agua. Margarita nos ha preparado carne en salsa, una ración doble de croquetas caseras y una ensalada mixta.

—Y de postre crema catalana, la tuya sin quemar —anuncia Maribel y nos sentamos.

Lo primero que hago es coger un trozo de pan y mojarlo en la salsa. Margarita debería patentar este guiso, jamás he probado un plato tan bueno como este en ningún sitio, y eso que es muy común.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta Heredia con la boca llena.

Me encojo de hombros, no sé si lo llevo bien o lo llevo mal. Solo sé que tengo algo ahí dentro del pecho que me revolotea y no me deja centrarme.

—¿Has dormido aquí?

—Sí, y ha sido raro. El silencio, la frescura de las paredes de piedra, el canto de los pájaros a primera hora de la mañana. Ya no recordaba lo que era todo esto.

—Qué envidia, si yo tuviera una casa así, en un pueblo tan bonito como este, te aseguro que lo último que haría sería vivir en la ciudad. Deberías quedarte aquí, Vania, el cambio de aire te vendrá muy bien, y aquí también tienes sitios por los que salir a caminar.

—Ya.

—Ayer hablé con Arlet —anuncia de repente, y en cuanto escucho su nombre ese *run run* que tengo en el pecho se vuelve más intenso.

—¿De qué?

—De ti.

Me quedo inmóvil mirándola. No necesito que me lo aclare para saber cuál fue el tema principal.

—Me da igual si te enfadas, tiene derecho a saberlo.

—No he dicho nada —contesto de manera mecánica.

—No hace falta, tu expresión siempre ha sido demasiado transparente, Vania, no es difícil saber cuándo estás enfadada y cuando no.

—No estoy enfadada, es solo que no sé cómo estoy —confieso y mi amiga deja de comer para mirarme—. Me siento muy perdida últimamente.

—Creo que lo que te pasa es que sabes que ha llegado el momento de avanzar, Teloy, pero sigues tan anclada a lo que pasó aquel día, que te tiene bloqueada. Tienes que llorar a Lucía de una vez y cerrar ese episodio de tu vida, estoy convencida de que ella no querría esto para ti.

—Lo que ella quisiera da igual porque ya no está —escupo alterada.

—Exacto, ella no está, pero tú sí y pareces una muerta en vida. Deja de esconderte en esa culpabilidad absurda y afronta de una vez lo sucedido. Has apartado a todo el mundo de ti —dice sin dejarme responder—. En todo este tiempo no has ido a Galicia

con tu familia ni una sola vez, dejaste de hablarle a Abel y te volviste tan hermética que ningún otro médico se atreve a acercarse a ti. Has trazado un círculo a tu alrededor que nadie puede traspasar, Vania, y eso no puede ser.

—Tú lo has traspasado —digo a modo de defensa.

—Yo no puedo ser la única persona de tu vida, Vania. ¿Por qué no empiezas la terapia? Yo creo que ya estás lista para hablar de aquel día con alguien profesional…

—Tú no tienes ni idea de si estoy lista o no. No pienso ir a la terapia, así que deja de pedírmelo —digo de mal humor.

Golpeo la mesa con los cubiertos y me levanto para salir al jardín y que me dé el aire. Heredia sale detrás de mí y su pecho se pega a mi espalda antes de que sus brazos me rodeen y me aprisionen con fuerza. Me tenso, y después me agarro a sus manos con las mías para que no me suelte. Las lágrimas amenazan con brotar de mis ojos y, aunque me gustaría llorar y sacarlo todo de una vez, de nuevo me esfuerzo y logro controlarlo.

—Perdona —exhalo en un susurro.

—No pasa nada —dice y me da un beso en el hombro—. ¿Nos comemos la crema catalana? Sería un pecado dejarla ahí —dice haciéndome reír.

Capítulo 18

Arlet Vila
Domingo, 10 de julio de 2022

En el momento que pones un pie sobre el puente románico de Besalú que sirve para salvar el río Fluvià, te sientes como si volvieses a la edad media. Calles estrechas y empedradas, casas con ventanas de madera, arcos y tiendas artesanales que sirven para dar entidad a una de las poblaciones de origen medieval más bonitas y mejor conservadas de Cataluña.

Sigo las indicaciones del navegador a pie hasta llegar a la casa que busco. Evito hacer sonar la campana tal y como me advirtió ayer la doctora Heredia cuando le pregunté dónde podía encontrar a Teloy. Pulso el timbre y al no obtener respuesta lo hago una segunda vez. Espero con paciencia, pero nadie sale a abrirme y temo que Vania haya podido verme asomada desde algún punto de la valla sin que yo la viese. Esta vez hago sonar la campana sin importarme en absoluto que pueda no gustarle, en cualquier caso, el resultado es el mismo.

Miro a un lado y a otro de la calle en busca de alguna terraza en la que sentarme a tomar algo, quizá Teloy haya salido a dar uno de sus largos paseos para evitar pasar el tiempo entre las cuatro paredes, pero en el último momento, decido bajar la maneta de la puerta para descubrir que está abierta. Empujo con cautela y accedo al jardín.

—¿Hola? —pregunto en voz alta.

No recibo ningún tipo de respuesta y, aunque debería abandonar la casa para que no me denuncie por allanamiento, la intriga al ver un montón de sacos amontonados en un rincón y un par de parches de césped artificial perfectamente colocado en un lateral, me hace caminar por las inmediaciones de la casa para descubrir horrorizada que lo tiene todo patas arriba. Hay rollos de césped a un lado y a otro, otros de malla artificial, herramientas esparcidas por el suelo y ni rastro de Teloy.

La puerta de entrada a la casa está abierta de par en par. Subo el escalón que da acceso y la vuelvo a llamar.

—Vania, ¿estás ahí?

Si el jardín es un desastre, el comedor es para salir corriendo. Todo el mobiliario está en el centro de la sala tapado por plásticos, dos paredes pintadas y otra que ha dejado a medias.

—¡Vania! —vocifero comenzando a preocuparme como si la hubieran secuestrado.

Salgo de la casa y decido rodear todo el jardín antes de permitirme invadir su intimidad para buscarla habitación por habitación si es necesario. Al llegar a la parte trasera de la casa, descubro que hay otra puerta de acceso que da a la calle de detrás y que también hay un garaje cuyo portón corredero de madera está también abierto. Al asomarme me quedo boquiabierta al descubrir a Teloy sentada en el suelo junto a una moto de gran cilindrada, con las manos llenas de grasa y parte del cuerpo también. Está tan concentrada engrasando lo que sea que engrasa, que no ha reparado en mi presencia.

—Teloy —digo con voz suave, aun así, no puedo evitar que dé un respingo y se ponga en pie de un salto.

—¡Joder! —brama en cuanto me reconoce—. ¿Qué haces aquí, Arlet? —exige saber de malas formas.

—Lo siento, he llamado varias veces y como no obtenía respuesta, he entrado a echar un vistazo cuando he descubierto que la puerta estaba abierta.

—No me refiero a eso, me refiero a cómo me has encontrado —ladra todavía sofocada por el susto.

Ya no puedo contestarle, mi mirada baila hipnotizada por su cuerpo, cubierto por un pantalón corto y una camiseta de tirantes. El pelo recogido en una cola alborotada con los mechones sueltos pegados en la cara por el sudor y una de las muchas manchas de grasa que cubren su piel, salpicando parte de esa cicatriz que llama tanto mi atención.

—No me lo digas, también se lo has sonsacado a la gitana —adivina ella—. ¿Hay algo más que deba saber de ti? Además de que eres una cotilla y que te gusta colarte en casas ajenas, claro.

—Hay muchas cosas que podría contarte sobre mí si algún día quieres —declaro, y consigo dejarla sin palabras durante unos segundos.

—¿Qué haces aquí? —insiste limpiándose con un trapo.

—Quería saber cómo estabas.

Vania suelta una de sus risas nasales y sarcásticas y deja el trapo sobre la moto para salir del garaje.

—Pues ya ves, estoy perfectamente. Te agradezco la visita, pero como puedes ver, tengo bastante trabajo que hacer.

—Sí, ya me he dado cuenta de que eres un completo desastre —afirmo contundente mirándolo todo a mi alrededor.

—¿Perdona? —pregunta con irritación.

Lo que para ella pretende ser un gesto hostil, a mí me resulta seductor y tan magnético que la rodearía con los brazos y no la

soltaría hasta sentirme saciada de ella.

—Lo has comenzado todo y no has terminado nada. Organización, Teloy, primero una cosa y después otra.

Vuelve a reír, esta vez de un modo diferente que no esconde su sorpresa cuando ve que le digo las cosas sin cortarme.

—¿Has terminado tu clase magistral?

—No —contesto y me ahueco la camiseta—. Sé educada e invítame a una cerveza o un vaso de agua si no tienes, porque vas a tener que llamar a la policía si quieres que me marche.

Vania abre la boca dispuesta a escupir alguna de sus perlas, sin embargo, en el último momento se lo piensa y se marcha indignada hacia el interior, para volver un minuto después con una cerveza fresca que me alivia un poco del calor sofocante.

—No sabía que tuvieras una moto —comento señalando hacia el garaje y ella se gira para observarla con orgullo.

—Hace mucho tiempo que no la cojo —confiesa después de dar un trago a su cerveza—. Le estaba haciendo una puesta a punto.

—¿Has terminado?

—Solo me falta probarla.

Me entrega su botellín y se sube encima de ese monstruo que pesa más que ella. Quita el caballete, presiona la palanca y el motor suelta un rugido que me sobresalta. Teloy da gas varias veces y suspira satisfecha antes de pararla y bajarse.

—Le he tenido que cambiar la batería, pero después de toda la mañana con ella, creo que ya está lista.

—Así que sabes de mecánica.

—Sé de muchas cosas, doctora Vila, puede que no sepa organizarme en casa, pero lo que hago, lo hago bien.

—No lo dudo. Vamos a terminar de pintar ese salón aprovechando el fresco de la casa. Después me das una vuelta en esa moto y a cambio te invito a comer.

Vania me observa perpleja, pero me sigue cuando me doy la vuelta y me dirijo hacia la entrada. Durante la siguiente hora y media, yo me ocupo de pintar las esquinas y hacer los remates pequeños mientras ella pasa con el rodillo por toda la pared. El resultado después del esfuerzo es espectacular y muy satisfactorio. El color ocre que ha escogido hace resaltar las vigas de madera que decoran el techo y algunas de las paredes. Como consecuencia, lo que tiene ahora es un espacio muy acogedor en el que no me importaría pasar el invierno con ella.

—Me encanta —digo mirando a un lado y a otro.

Vania permanece inmóvil con el rodillo en la mano, observando con seriedad.

—Por fin está acabado, odio pintar —reconoce y yo me río.

—No está acabado, ahora hay que retirar la cinta y colocarlo todo en su sitio.

Se gira hacia mí y me observa resoplando.

—No lo vamos a dejar a medias.

—Podríamos poner un trozo de césped del jardín —propone con agobio.

—Ya entiendo, no aguantas mucho rato en el mismo sitio —deduzco y ella carraspea al sentirse descubierta.

—Me agobio, yo no…

—No pasa nada. Yo me ocupo de esto, tú ve a ducharte antes de que la grasa te acabe entrando en los ojos.

Teloy me observa desconcertada y se aparta varios de esos mechones alegres y traviesos que se le escapan por la cara.

—La verdad es que no te entiendo —suelta por fin—, me suspendes de empleo y sueldo y ahora te presentas en mi casa para ayudarme a pintar e invitarme a comer. Eres la mujer más desconcertante que conozco.

Me gustaría decirle que ella es la mujer más bonita que he visto nunca, pero, para mi disgusto, es muy posible que no esté preparada para escuchar algo así y decido callarme.

—Me caes bien, Vania, y me gustaría que ahora solo me veas como a una amiga y no como a esa jefa a la que no soportas.

—Yo no he dicho que no te soporte, solo que eres un poco irritante —reconoce, y me da la espalda para dirigirse al baño.

Capítulo 19

Arlet Vila
Domingo, 10 de julio de 2022

—¿Seguro que sabes llevar este cacharro?

La doctora Teloy me mira con cierto aire gamberro mientras quita el caballete de la moto. Su pelo todavía está húmedo después de la ducha y la brisa hace que me llegue el aroma de su champú, haciendo que sienta un deseo casi irrefrenable de hundir la nariz en su pelo.

—Eres tú la que ha propuesto salir en moto, ¿vas a echarte atrás? —pregunta con chulería antes de ponerse el casco y ocultar su cicatriz con la visera.

Me pongo el que me ha dejado como toda respuesta y le abro la puerta para que pueda salir a la calle. La cierro y sin dudarlo ni un solo instante, apoyo el pie izquierdo en la estribera y después de agarrarme a sus hombros, me impulso hacia arriba y paso la pierna derecha hasta sentarme. El esfuerzo hace que la costra que todavía me queda en el costado se estire y me provoque una punzada de dolor que me sorprende y me hace aullar más fuerte de lo que me hubiera gustado. Teloy se sube la visera y se gira hacia atrás para mirarme.

—¿Estás bien?

—Sí, no es nada, solo me ha tirado un poco.

—¿Segura? Porque si es una excusa para que cojamos el coche te ha salido muy bien —dice y me guiña un ojo que me deja sin aliento.

—Vete a la mierda —respondo riendo y le doy un apretón en el hombro.

Ella responde haciendo rugir esa bestia y dándome una palmada en la pierna para anunciar que se pone en marcha.

—Agárrate bien, no me gustaría perderte por el camino —bromea y yo me río.

Teloy arranca con suavidad, serpenteando por las calles hasta llegar a la salida del pueblo, donde accede a la carretera general para perderse entre sus curvas con un dominio que me deja sorprendida. Me acomodo contra su espalda, rodeando su cintura con firmeza mientras asomo la cabeza por encima de su hombro derecho para disfrutar de las vistas. Me dejo llevar sin saber muy bien hacia dónde se dirige, hasta que media hora después veo el

cartel que anuncia que hemos llegado a Ampuriabrava, una población costera de la provincia de Gerona conocida como la Venecia de la Costa Brava debido a los canales de agua que se adentran por gran parte de la población. Teloy conduce hasta la playa, donde dejamos la moto y nos apeamos para buscar un restaurante frente al mar.

—Espero que te guste el sitio, hace mucho que no vengo y me apetecía volver a dar una vuelta por aquí —dice cuando tomamos asiento en una de las terrazas.

—Me encanta este lugar —aplaudo sonriente—, yo también hacía mucho tiempo que no venía, de hecho, creo que hace demasiado que no voy a ninguna parte.

—Háblame de ti —me pide a bocajarro y yo me quedo muda porque no me lo esperaba.

El corazón se me acelera hasta hacerme sentir un cosquilleo parecido al que he sentido en su moto en alguna de las curvas, solo que ahora no es la adrenalina la que me lo provoca, sino ella.

—Antes has dicho que había muchas cosas de ti que podías contarme, quiero saberlas —exige como si debiese argumentar su interés.

Carraspeo y doy un sorbo a la copa de vino que acaban de servirnos como cortesía de la casa.

—¿Qué van a tomar? —pregunta un camarero grandullón que oculta su prominente barriga tras un delantal.

—¿Te apetece una paella para compartir? —le pregunto a Teloy y ella afirma.

—¿Carne o marisco? —pregunta el hombre.

Le hago un gesto a Teloy para que decida ella porque a mí me gusta de las dos maneras.

—Marisco —contesta y el hombre desaparece llevándose las cartas.

—Vale, ¿qué quieres saber? —le pregunto para que oriente la conversación por dónde quiera.

—Tu familia, ¿eres de Gerona?

—Nací y me crie allí entre semana, los fines de semana los pasábamos en Calella de Palafrugell, donde mis padres tenían un apartamento que ahora tienen alquilado. Tengo una hermana más grande, Berta, la conociste cuando vino a buscarme al hospital.

—La recuerdo —dice mirándome con atención, sin perderse ni un detalle de lo que le explico.

Su interés me pone nerviosa. Lo que empiezo a sentir por ella hace que de nuevo me entren dudas y no sepa si solo es educada o de verdad le interesa, en cualquier caso, me siento bien hablando con Vania.

—Está casada y tiene dos hijos, Héctor y Víctor, mis niños favoritos porque no tengo otros —bromeo y ella suelta una risotada sincera, la primera que le veo.

Dos hoyuelos simpáticos adornan la comisura de sus labios al estirarlos y el aleteo de mi estómago se amplía invadiendo todo mi pecho.

—Has sonreído —afirmo pletórica y ella se pone roja.

—No es verdad —trata de negarlo, pero no sabe mentir y eso le produce más risa.

Me llevo ambas manos a la boca mientras la observo embobada, conteniendo con aplomo las ganas que tengo de alzar el cuerpo sobre la mesa para besarla y suplicarle que no deje de sonreír, porque eso la vuelve más bonita de lo que ya es ante mis ojos.

—Sería genial verte así más veces.

Mi mano se ha estirado sin obedecer a mi mente y ha cogido una de las suyas sobre la mesa. Teloy se tensa y contiene la respiración. Temo haberla incomodado y retiro la mano de inmediato sintiendo como el rubor se apodera de mis mejillas mientras me maldigo a mí misma por esta metedura de pata.

—Lo intentaré —dice para mi sorpresa, y se aparta cuando el camarero llega con nuestra paella.

Soy yo la que se encarga de servir una ración para cada una.

—¿Está buena? —pregunto cuando se mete la primera cucharada en la boca.

—Mucho —afirma saboreándola con deleite.

—Cierto —secundo tras probarla.

—¿Dónde vives ahora? —se interesa de nuevo.

—En Sant Feliu de Guíxols. Mis padres me regalaron una casa allí cuando me licencié, igual que a mi hermana, aunque ella la tiene también alquilada y vive en Palamós.

—¿Casada? —pregunta y el aleteo me deja la boca seca.

—Nunca. Aunque una vez estuve a punto, con la última de mis parejas —admito, y noto ese regusto amargo que me entra al recordarlo.

—¿Y qué pasó?

—Que cuando faltaban un par de meses para la boda me dijo que quizá nos habíamos precipitado dando ese paso. Yo me quedé un poco desconcertada porque precisamente fue ella la que me lo pidió, yo ni siquiera me lo había planteado hasta entonces.

Trato de valorar su reacción ante el hecho de que ahora sabe con certeza que a mí también me gustan las mujeres, pero Vania permanece observándome impasible, como si ya lo supiera o simplemente no le interese el dato en absoluto, lo cual me

inquieta.

—Cancelamos la boda, a mí no me importó porque ese paso lo iba a dar por ella, porque le hacía ilusión. El caso es que las siguientes semanas empezó a estar rara. Se volvió distante, cada vez estaba más ocupada y tenía menos tiempo para nosotras, además la pillé en un par de contradicciones que me hicieron sospechar que había otra.

—¿Y la había? —se interesa rebañando los últimos granos de su plato.

—No lo sé. Me dejó antes de que pudiera averiguarlo. Le hicieron una oferta para un puesto en Inglaterra y decidió aceptarla alegando que era lo mejor para las dos, y después de aquello no me pareció que mereciese la pena indagar para descubrir algo que solo podía hacerme más daño.

—¿Cuánto hace de eso?

—Dos años y medio más o menos.

—¿Y desde entonces ha habido alguien más?

—Nada que merezca la pena reseñar —admito y ella asiente.

—Debió ser importante para ti si estabas dispuesta a casarte con ella —dice, y noto la sensación de pérdida en su mirada.

—Lo era, pero eso quedó atrás. Hay que mirar hacia delante, Teloy.

Me mira un instante antes de comenzar a marear con la cuchara el único grano de arroz que queda en su plato, jugueteando abstraída.

—¿Te puedo preguntar cómo estás?

Vania alza la mirada y me la clava de tal modo que el aliento se me congela.

—Sé que la gitana habló contigo, pero no quiero hablar de mí. ¿Cómo se llamaba tu ex? —pregunta.

Sé que no le interesa para nada su nombre y que lo único que trata es de reconducir la conversación hacia un lugar que no le duela.

—Estel.

—¿Estel? —repite con las cejas alzadas—. ¿Qué nombre es ese?

—En castellano sería Estrella.

—Es verdad —sonríe haciendo un mohín—. ¿Alguien más así de importante en tu vida?

—En la universidad me enamoré hasta las trancas de una profesora quince años mayor que yo.

—¿Y pasó algo entre vosotras? —se interesa con aire socarrón.

—Algo —admito y pongo los ojos en blanco—. Si te portas

bien, quizá algún día te lo cuente, fue bastante intenso y lo pasé muy mal cuando se acabó.

—Lo siento.

—Yo también lo siento, Teloy.

La cuchara se le cae de la mano cuando de nuevo la mía ha cogido la suya para darle un apretón afectuoso que le deja claro que no hablo de mi pérdida, sino de la suya.

—Gracias —dice con un hilo de voz.

—¿Te apetece dar un paseo para bajar la comida? —propongo para sacarla de ese estado—. Podemos ir hasta las casetas y alquilar una barca para recorrer los canales.

—Solo si me dejas conducir a mí —dice, y se rasca la cicatriz haciendo que mis ojos se pierdan en ella.

Capítulo 20

Vania Teloy
Domingo, 10 de julio de 2022

—¿Te puedo preguntar cómo te la hiciste? —inquiere Arlet, señalando mi cicatriz con curiosidad mientras navegamos por los canales de Ampuriabrava.

—Sorpréndeme con tus teorías —respondo mirándola de soslayo.

—Muy bien —dice con cierto aire de misterio que me divierte, y se gira hacia mí haciendo que quite la mano de la palanca del acelerador cuando sus dedos se posan en mi barbilla y ladea mi cara hacia ella.

Arlet observa mi cicatriz con ojo clínico mientras yo trato de comprender por qué me cuesta respirar y siento ese cosquilleo donde sus dedos están tocando mi piel.

—Vamos a ver —comienza haciéndose la interesante—. La cicatriz es muy antigua, me atrevería a decir que como poco de tu adolescencia, tal vez incluso más. Lo que me lleva a pensar que esto es fruto de alguna travesura que no salió como tú esperabas. ¿Me equivoco?

—Vaya —exclamo realmente sorprendida.

—¿Cómo fue? —pregunta acompañando sus palabras de una caída de pestañas que me detiene el corazón.

Me recompongo como puedo y vuelvo a accionar la palanca para seguir navegando.

—Tenía diez años y estaba en el patio del colegio cuando la niña que me gustaba pasó por el lado opuesto al que me encontraba.

—¿Diez años y ya te gustaba una niña? —se ríe abanicándose con la mano—, eras peor que yo, la primera me gustó a los doce —confiesa y su figura recortada de perfil con el sol de fondo me parece tan sensual que por un momento siento la tentación de besarla.

—En fin —carraspeo tratando de disimular el rubor—. Quise salir corriendo a su encuentro, así que atravesé el patio sin fijarme en que había dos niños en los columpios, o eso me dijeron, porque pasé demasiado cerca y el primero de ellos me azotó en la cara de pleno.

—¡Madre mía, Teloy! —exclama y yo me río porque todavía

no le he dicho lo peor.

—Estuve en coma cuatro días.

Arlet abre la boca impresionada justo en el momento que llegamos a mitad de recorrido y detengo la barca.

—¿Puedo tocar? —pregunta con la mirada clavada en mi cicatriz.

No sé por qué motivo le parece tan atrayente, pero la idea de volver a sentir ese contacto de su piel sobre la mía me hace afirmar de inmediato. Arlet coloca su mano en mi cara y recorre mi cicatriz con el pulgar haciendo que cierre los ojos y por un momento me olvide de todo y solo seamos ella y yo. Cuando los abro, sus ojos entornados por el sol enfocan hacia mis labios, entreabiertos y brillantes porque me los acabo de humedecer. Deseo tan fervientemente que me bese que me asusto y el aire escapa de mi boca dejándome inmóvil. Arlet, a quien no se le escapa ni un solo detalle, me sonríe y alza sus labios hasta posarlos en mi frente con un beso suave que me agita y me deja fuera de juego.

—Creo que me toca conducir a mí —dice rompiendo el momento de tensión.

Nos cambiamos el sitio y estiro las piernas apoyando los pies al lado del volante. Cierro los ojos y dejo que el poco viento que genera este trasto me golpee en el rostro hasta que consigo relajarme.

—¿No crees que si alguien del trabajo te ve conmigo pensarán que es un trato de favor y que el hecho de que me hayas enviado a casa solo es una pantomima? —pregunto de sopetón, y Arlet me mira sin perder esa serenidad tan característica suya.

—Lo que pasa en el trabajo se queda en el trabajo, lo que yo haga con mi tiempo libre no le importa a nadie más que a mí y a la persona con la que lo comparto —concluye mirándome—. ¿A ti te preocupa?

—En absoluto.

Llegamos a Besalú cuando el sol se está escondiendo. Al quitarnos el casco me quedo mirando a Arlet, que se atusa el pelo usando el retrovisor de la moto. Una parte de mí quiere decirle que se quede, que la invito a cenar para culminar una tarde perfecta, sin embargo, el miedo atroz que siento ante lo que podría suceder después, me impide abrir la boca.

—Bueno, me voy que ya es tarde y mañana tengo que madrugar —anuncia mirando su reloj y yo arqueo una ceja.

—Yo no tengo que madrugar, ¿quieres saber por qué?

Arlet no se inmuta ante mi puya y se cruza de brazos

esperando mi respuesta.

—Ten cuidado con el coche —digo rendida.

—Prometido.

Arlet me da un beso en la mejilla y se dirige hacia esa puerta que antes ha cruzado sin permiso.

—Oye —dice volviéndose hacia mí, justo cuando estaba a punto de cruzarla—. ¿Has hecho la vía ferrata de mi pueblo?

Me quedo un poco descolocada ante su pregunta y, finalmente, niego con la cabeza.

—No hagas planes para mañana por la tarde. Quedamos en mi casa a las cuatro, te envío la ubicación —decide sacando su móvil del bolso.

Aturdida por la oferta e incapaz de negarme porque cualquier plan que la incluya a ella me apetece, espero como una idiota hasta que mi móvil emite un zumbido y veo un número desconocido en la pantalla.

—Hasta mañana, Vania —dice al salir, y yo levanto la mano estúpidamente porque no puede verme.

Capítulo 21

Arlet Vila
Lunes, 11 de julio de 2022

—No sé si esto es buena idea —piensa Vania mirándose el arnés que lleva puesto.

—¿Tienes miedo, Teloy? —le vacilo y ella frunce el ceño.

—¿Cuántas veces dices que has hecho esto?

—Decenas, probablemente más de cien, así que relájate, irás atada en todo momento al cable de vida con el disipador —digo alzando los dos mosquetones que cuelgan de su arnés.

—Ya, ya me lo has explicado.

—Pues tranquilízate. Lo probamos, y si no te gusta, en mitad de la vía hay una escapatoria, saldremos por allí y se acabó. ¿Trato hecho? —pregunto y le ofrezco la mano.

Teloy me la estrecha con mucha más determinación de la que hubiese esperado y se pone el casco. Repaso con ella por última vez como debe proceder para que siempre esté atada y le doy algunos consejos que la experiencia me ha dado y que sirven para avanzar con más comodidad. Situadas al borde del inicio del descenso hacia La Cala del Molí, la única vía ferrata que discurre aprovechando una serie de rocas en la Costa Brava, comenzamos a bajar.

—Normalmente suele estar abarrotada de gente, las vistas que ofrece y el hecho de que el primer tramo sea muy fácil y permita iniciar a personas como tú, la convierte en una de las más concurridas los fines de semana. A veces se forman unas colas de gente atrapada en aquella pared que pueden ser desesperantes —explico señalando el enorme muro de roca que se ve al otro lado.

Teloy lo observa mientras yo la miro a ella para estudiar su expresión corporal. Esta actividad no solo depende de la buena forma física, sino que un gran porcentaje hay que atribuirlo a cómo te sientas psicológicamente en el momento de realizarla, porque si te coge en un mal día, el paso más sencillo puede convertirse en todo un reto.

—¿Lista? —pregunto cuando llegamos al inicio.

Vania abre un mosquetón y lo engancha al cable de vida, después hace lo mismo con el otro, tal y como le he enseñado, y me hace un gesto chulesco con la cabeza para que comience a avanzar. Al principio le voy explicando cada paso que doy y

presto una atención desmedida a todos los que da ella, sin embargo, enseguida me doy cuenta de que no solo lo hace todo correctamente, sino que parece estar tranquila, desconectada de esos pensamientos que no la dejan respirar en su día a día.

—¿Siempre están por aquí? —pregunta mirando las gaviotas que se posan sobre algunas rocas.

—Siempre.

Cruzamos un puente de madera y Teloy mira asombrada la poca distancia hasta el agua del mar que hay bajo sus pies. Proseguimos con el avance lateral por las rocas y llegado cierto momento, me pide que le ceda el primer lugar. Lo hago tranquila, me conozco la vía lo suficientemente bien como para advertirla de los pasos más complicados antes de llegar.

—Ahí está la escapatoria, ¿cómo vas?

—Seguimos —dice tajante girándose hacia mí con gesto concentrado.

Subimos por una pared vertical ayudadas por las grapas hasta llegar a un puente tibetano, donde solo hay un cable para poner los pies y dos para agarrarse con las manos. No tengo que decirle nada, en cuanto lo atravesamos, sigue avanzando sin quejarse porque el nivel de dificultad se eleve un poco.

Al haber poca gente en la vía, nos podemos permitir detenernos en algunos puntos para disfrutar de las vistas. Vania parece completamente relajada a pesar de la fuerza desmedida con la que se aferra a los agarres.

—Mañana vas a tener agujetas, que lo sepas —le advierto señalando sus nudillos blancos por el esfuerzo.

—Prefiero eso que caerme —concluye con una sonrisa de esas que se quedan a mitad de camino y a las que ya comienzo a acostumbrarme.

—Tranquila, vas con una doctora —bromeo y vuelve a mirarme.

Esta vez el sol recorta su silueta y me congela la respiración. Vania me mira fijamente y avanzo hasta ella para situarme tan cerca que podría besarla, sin embargo, tras unos segundos de ambiente electrizado que se me antojan insoportables, alzo la mano y le enderezo el casco, que se le gira constantemente hacia un lado.

—¿Por qué tienes dos equipos? —pregunta nerviosa, tratando de serenarse tras un momento de tensión—. ¿Alguna de tus novias?

—No —contesto riendo—. El que yo llevo es el viejo, lo cambié el año pasado por el que llevas tú ahora. Nunca suelo deshacerme del último por si alguien como tú se anima a probar

—le guiño un ojo y Teloy carraspea antes de girarse hacia el otro lado y seguir avanzando.

Solo en un paso que presenta algo de dificultad porque la propia roca te empuja hacia atrás y, además, cuesta ver dónde tienes que poner el pie para poder seguir avanzando, es en el que la tengo que guiar.

—Buff —resopla una vez conseguido y se aferra de nuevo a las grapas que sobresalen de la pared para descansar.

—Lo has hecho muy bien, un poco más y terminamos —la animo.

Cuando salvamos el último paso y la vía se acaba, caminamos hacia una zona donde no haya peligro de caída y Vania se quita el casco con una sonrisa pletórica en la cara.

—Ha sido una pasada —dice sin poder dejar de sonreír.

Su pecho sube y baja agitado, tratando de recuperar el aliento. Con la excusa de ayudarla a quitarse el arnés, me pego lo suficientemente a ella como para que una descarga de corriente me recorra toda la columna y me haga apartarme de repente. Ahora es Teloy la que se acerca y se coloca a mi lado mirando hacia el mar. Ninguna de las dos habla, pero yo estoy tan ansiosa por besarla y por sentirla, que me giro de repente y la encaro sin dejarle escapatoria. Vania me mira entre excitada y asustada y, ante el temor a que no esté lista y un beso estúpido lo arruine todo, le apoyo una mano en el abdomen y ladeo la cabeza volviendo a enfocar el mar.

—Arlet, yo… —susurra tan desconcertada que no es capaz de terminar la frase.

—Tranquila —le digo, y vuelvo a girarme hacia ella atraída por esa fuerza magnética que desprende.

Ahora es ella la que clava su mirada brillante en mis labios y yo la que siente ese vértigo en la boca del estómago, el mismo que sientes cuando estás al borde de un precipicio.

—Creo que es mejor que nos marchemos, todavía tengo un rato hasta mi casa y mañana tengo que madrugar porque la doctora Vila me ha levantado el castigo —bromea, aunque la electricidad sigue flotando en el ambiente.

—Y más vale que no llegues tarde —la advierto comenzando el camino de regreso—. ¿Sigues durmiendo en Besalú?

—Esta noche sí, mañana ya veremos —dice algo más seria, y comprendo de inmediato que todavía no ha terminado de decidirse a abandonar el piso que compartía con su difunta mujer.

—¿Has terminado de poner el césped?

Hace una mueca burlona y pone cara de inocente.

—¿En serio, Teloy?

Me sonríe y de nuevo siento esa caída hacia el vacío que me hace contener la respiración.

—Empiezo a pensar que buscas una excusa para que vaya a ayudarte.

Esta vez soy yo la que bromea, sin embargo, estaría encantada de que me lo pidiese.

—No puedo seguir abusando de ti de esa manera. La próxima vez que vengas a mi casa lo tendré acabado, prometido.

—¿Eso significa que vas a invitarme? —la tanteo sin poder controlarme.

Teloy me mira sin contestar, haciendo una pausa que me angustia hasta que por fin afirma.

—Me encantaría que volvieses —afirma rotunda—. Gracias por todo, Arlet.

—A ti, espero que mañana en el hospital seas igual de encantadora que fuera de él.

—No te prometo nada —contesta con una mueca burlona antes de subirse en la moto.

Capítulo 22

Vania Teloy
Martes, 12 de julio de 2022

Cuando entro de nuevo en la sala de urgencias me siento como si hiciera mucho tiempo que me fui. Lo miro todo como si esperase algún cambio hasta que mi mirada se queda clavada en ese box en el que murió mi mujer, el número dos.

—Buenos días, Teloy. Me alegro de verte de nuevo por aquí.

Abel Asensio pasa por mi lado sin detenerse mientras habla. Me quedo tan descolocada que para cuando decido contestarle, ya está demasiado lejos como para escucharme.

—Parece que estrecháis lazos —bromea Maribel apareciendo a mi lado.

—No digas gilipolleces —ladro y camino hacia el centro de la isla en busca de algo que hacer.

—No me digas que los días de castigo no han servido para nada, Vania. ¿Sigues siendo la misma gilipollas de siempre? —pregunta enfocándome con su linterna como si me examinase.

—Aparta eso, idiota —me río sin poder aguantarme.

—Umm, pues igual sí que hemos conseguido algo.

La gitana da un bote y se sienta sobre la mesa justo a mi lado. Mira en todas direcciones y cuando está segura de que no hay oídos indiscretos escuchando, se me acerca como si poseyese el mayor secreto jamás contado.

—¿Qué tal con la jefa? —susurra y yo me sobresalto.

—¿Qué?

—Con Arlet, tonta —aclara con los ojos en blanco.

—Ya sé quién es la jefa, y no sé de qué me hablas.

Soy consciente de lo absurdo que suena lo que acabo de decir, si Arlet se presentó en mi casa es porque alguien tuvo que darle la dirección, y ese alguien solo puede ser la caradura de la gitana.

—Venga, no me hagas tirarte de la lengua, Teloy. Llevo dos noches sin dormir por tu culpa —dice dramática—. Cuéntame.

—No sé qué quieres que te cuente, gitana. Me ayudó a pintar y después me invitó a comer.

—¿A ella la dejaste ayudar y a mí no? —pregunta haciéndose la ofendida—. Eso es que ella y tú…

—Ella y yo nada —la corto con un tono glacial que la deja parada.

—Perdona, no he querido insinuar nada, Vania.

—Sí que has querido, gitana. Y no pasa nada, perdóname tú, es que estoy…

No termino la frase y alzo las manos haciendo obvia la confusión que siento. Es evidente que Arlet me hace sentir cosas y está despertando en mí sensaciones que creía dormidas o incluso muertas, pero hay algo que me impide avanzar, y sé que, hasta que no solucione lo que sea que me pasa, seguiré estancada.

—Has de pasar página, Teloy —suelta como si estuviese leyendo dentro de mi cabeza.

—Ya lo sé, es que no sé cómo, gitana —admito angustiada.

Maribel me observa sin ocultar su asombro, es la primera vez que reconozco en voz alta que necesito ayuda.

—No te agobies —dice sonriente—. Estás avanzando aunque no te lo parezca. Hace un par de semanas eras insoportable y seguías anclada en aquel momento. Ahora te estás planteando dejar por fin el piso y comenzar de cero en Besalú, estás más dócil con Abel aunque sigas siendo una estúpida y estás dejando que Arlet entre en tu vida poco a poco. Me parece que ahora empiezas a encontrar el camino, Vania, solo te falta atreverte a transitar por él.

El teléfono sonando interrumpe ese momento de reflexión de la gitana con el que no sé si estoy de acuerdo, sin embargo, tampoco discrepo del todo y eso sí que es una novedad.

—Traen un tráfico —dice cuando cuelga—, un chico de dieciocho años.

—¿Grave?

—Nada, contusiones leves, pero al parecer lleva un pedo importante —dice resignada.

Si hay algo con lo que ningún médico se quiere encontrar nada más comenzar el turno, es con un chico borracho.

—Qué bien —contesto haciendo una mueca.

Dos minutos después la ambulancia entra en el garaje y bajan al muchacho.

—Tiene una contusión leve en la frente y una torcedura de muñeca —anuncia el médico que lo ha atendido.

El joven apenas puede abrir los ojos y balbucea algo inteligible. Percibo el olor del alcohol y arrugo la nariz mirando hacia otro lado mientras empujamos la camilla hasta el box.

—Ha vomitado en la ambulancia, no creo que le quede nada dentro —añade el médico con los ojos en blanco al mismo tiempo que arruga la nariz como si el olor del vómito se le hubiera quedado impregnado.

—¿Cómo ha pasado? —se interesa la gitana.

—Según una chica que pasaba por allí, parece que ha querido hacer un trompo con el coche y no le ha salido bien. Ha terminado empotrado contra una farola, suerte que a estas horas casi no había nadie en la calle. En fin, me marcho a limpiar su papilla.

—Que sea leve.

Mientras Maribel le va quitando la ropa, yo lo examino y pienso en lo lamentable que es que un día entre semana ya estén así.

—¿Cómo te llamas?

—Víctor —responde con más claridad de la que esperaba—. ¿Dónde está mi tía?

El muchacho me mira asustado y se lleva la mano a la cabeza para masajearse las sienes. Le pido a Javi que le ponga una vía y lo sigo examinando.

—¿Tu tía iba contigo en el coche? —pregunto tratando de mantener una conversación coherente con él.

—No —contesta, y se pone a reír como si algo le hubiese hecho mucha gracia—. Mis padres me van a matar —dice acto seguido sin perder la expresión burlona.

—¿Y eso te divierte?

Se encoge de hombros y Javi me mira mientras niega con la cabeza.

—Bueno, creo que no me necesitas —dice Maribel quitándose los guantes—, voy a ver si puedo echar una mano por ahí. ¿Quieres que llame a alguien de tu familia? —le pregunta a Víctor antes de salir y él niega con la sonrisa tonta en los labios.

Me pregunto si sonreirá así cuando se le pase el globo que lleva. La gitana me da un apretón en el hombro y sale del box.

—¿Eres consciente del lío en el que te has metido, Víctor? En breve tendremos a los Mossos aquí y esa sonrisa se te borrará de un plumazo cuando te denuncien por atentado contra la vía pública y…

—Teloy… —me interrumpe la voz de Asensio.

Me giro hacia la puerta y lo encuentro con el hombro apoyado en el quicio. Odio los días que hay poco trabajo, todo el mundo mete las narices en todas partes.

—No he dicho nada que no sea cierto, ni he hablado mal —me defiendo y él asiente con un gesto que me desconcierta.

—Lo sé, pero deja que sea la policía y su familia quien lo ponga en su sitio. No es nuestra labor educar a nadie.

—De todos modos tampoco creo que recuerde nada después de dormir la mona —opina Javi, y me tengo que callar porque ambos tienen razón.

—A ti también te acaban de echar bronca —se ríe el niñato gilipollas.

—Nada en comparación a lo que te espera a ti, chaval —lo advierte Abel desde la puerta.

—Mi tía lo arreglará, ¿vais a llamarla de una vez? —insiste con voz pastosa y me giro hacia Abel, que se encoge de hombros como si Víctor estuviese loco.

—Si me dices su número la llamo.

—Pero si trabaja aquí —se ríe como si fuese un chiste muy bueno.

—¿Trabaja aquí? —pregunta Abel acercándose.

—Claro, es vuestra jefa, capullos, así que tratadme bien.

—¿Tu tía es Arlet Vila? —inquiere Abel arqueando una ceja.

Víctor asiente y yo frunzo el ceño, me niego a creer que semejante gilipollas comparta ADN con Arlet.

—Llévalo a rayos, Javi, que le hagan una placa de la mano.

El enfermero asiente y me mira con cierto aire de sorpresa, quizá porque es la primera vez que no le ladro, y eso me hace sentir esa sensación de mezquindad otra vez. Abel me hace un gesto con la cabeza para que salga y lo agradezco, porque en un espacio tan pequeño como el box, el aire ya está cargado con el aliento a alcohol de Víctor.

—La doctora Vila suele llegar a las ocho —dice mirando el reloj, que apenas marca las siete—. ¿Te apetece un café?

Miro a Abel a los ojos y me siento incómoda, no sé qué decirle.

—No sé si es buena idea, Abel —respondo algo agobiada.

—Me conformo con que te hayas dirigido a mí por mi nombre, tal vez otro día —dice y sonríe con ese aire seductor que tanto gusta a muchas mujeres de aquí.

—Sí, será lo mejor.

Una hora más tarde estamos los dos subiendo en el ascensor hacia el despacho de Arlet. Cuando Abel llama a su puerta y ella nos ve entrar juntos, la cara se le descompone. Seguro que piensa que he hecho algo y que Asensio me trae para exponer sus quejas, igual sería mejor eso que lo que vamos a contarle.

—¿Ocurre algo? —pregunta poniéndose en pie.

—Nada que deba alarmarte —le dice Abel, que siempre ha sabido apaciguar las aguas ante este tipo de noticias—. Tu sobrino está en urgencias, pero te repito que no le pasa nada, un par de rasguños.

—¿Qué? —pregunta tras quedarse bloqueada unos segundos.

—No tiene nada, Arlet, tan solo una torcedura en la muñeca,

ahora está dormido —añado y Abel nos mira sorprendido por la confianza que hay entre nosotras y que no he sabido disimular.

—¿Cuál de los dos? ¿Qué le ha pasado? —pregunta agitada mientras coge su bolso.

—Víctor —contesta Abel—, ha tenido un golpe con el coche.

Arlet se queda inmóvil y me mira buscando que le diga que es mentira.

—Víctor no tiene permiso de conducir —titubea—. ¿Seguro que no es Héctor? —pregunta, y Abel y yo nos miramos confundidos.

—Yo creo que ha dicho Víctor —dice él con la duda sembrada en el rostro.

—Yo juraría que también.

—Bueno, da igual. Vamos —ordena Arlet.

La sujeto por el brazo cuando pasa por mi lado, el gesto es seco, no se lo espera y se gira de sopetón estando a punto de chocar contra mi cuerpo. Noto como el aire se me escapa de los pulmones en un instante y la mirada estupefacta de Abel me hace sentir algo incómoda.

—Hay una cosa que debes saber —susurro al mismo tiempo que la suelto y ella carraspea.

—¿Qué cosa?

—Estaba como una cuba —sentencia Abel.

Capítulo 23

Vania Teloy
Martes, 12 de julio de 2022

La mañana es extraña y bastante desconcertante. Arlet no se ha movido del box salvo para hablar con la pareja de Mossos d'Esquadra cuando han venido a hablar con su sobrino. Poco después ha llegado el famoso Héctor y los dos han discutido mientras Víctor, ajeno a todo porque sigue durmiendo la mona, resopla como un oso.

—¿No crees que deberías sacarla de ahí? —me susurra Maribel.

—¿Sacarla? No es un perro, gitana.

—Ya lo sé, pero lleva en el box toda la mañana, tal vez le venga bien que le dé el aire y comer un poco.

—Ya —digo un poco cortada—. Quizá debería ir, ¿no?

—Madre mía, tanto aplomo para todo y cuando se trata de la doctora te cagas viva.

—Yo no estoy cagada, es solo que está con su familia y no quiero molestarla.

—Su familia son un niño borracho y otro que juega con el móvil, ve al rescate.

Me aclaro la voz, me recoloco la camisa del pijama azul por algún motivo que desconozco y me dirijo hacia el box con decisión. Entro y compruebo absurdamente el suero ante la mirada inquisitiva de Arlet, que sabe que esto es cosa de Javi.

—¿Puedes salir un momento? —pregunto finalmente.

Arlet se levanta con gesto aliviado y sale cerrando la puerta a sus espaldas.

—Tengo un rato libre. ¿Te apetece un café? —pregunto recuperando la compostura.

—Por favor —contesta meneando la cabeza disgustada.

Nos dirigimos hacia la cafetería del hospital y pido dos cafés para llevar y un par de bocadillos.

—Vamos a la azotea, allí seguro que te despejas —propongo, y la doctora Vila me sigue tras un gesto de afirmación.

—Pensaba que no vendrías nunca a rescatarme —protesta una vez sentadas en el suelo con aire informal.

—Lo siento, me daba apuro entrar con tu otro sobrino allí.

—No sabía que fueses tan vergonzosa.

—No lo soy, es solo…

—Ya lo sé, es broma —dice y me golpea suavemente la rodilla.

—¿Tú, cómo estás?

—Cabreada. ¿A quién se le ocurre? —brama mosqueada—. No es solo que Víctor no puede conducir, es que el coche se lo ha dejado el tonto de su hermano, a quién a su vez se lo dejó mi cuñado en un gesto de confianza.

—Son jóvenes, Arlet.

—Yo también fui joven, Vania…

—¿De verdad? —la interrumpo burlona.

—Sí, idiota —dice dándome un suave empujón en el hombro —, y nunca se me ocurrió coger un coche sin permiso de conducir, y más estando borracha. Encima su hermano tiene el morro de pedirme que haga desaparecer el resultado del análisis de sangre —dice cada vez más exaltada.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿En serio me lo preguntas? —inquiere horrorizada y yo me encojo de hombros.

—Es tu sobrino, solo digo que se puede entender.

—No le haría ningún favor, Teloy. Prefiero convertirme en la tía horrible y despiadada, pero del único modo de que aprenda, es asumiendo las consecuencias de sus actos.

—Una mujer íntegra —afirmo y la miro con algo más que admiración.

Arlet deja lo que queda de su bocadillo sobre el suelo y su mano, sin que sepa muy bien cómo, se desliza por mi mejilla hasta llegar detrás de mi oreja y acercarme lentamente hacia ella.

—Tranquila —dice en un susurro, y su aliento roza mis labios provocando un cosquilleo que me obliga a mordérmelos para calmarlo—, no te besaré hasta que no estés lista, solo espero que no tardes mucho. ¿Te parece bien?

Meneo la cabeza afirmativamente de un modo muy lento, porque todavía estoy procesando sus palabras. Que reconozca que quiere besarme me provoca la misma cantidad de alegría que de vértigo y ganas.

Su móvil emite un pitido y lee en voz alta el mensaje que su sobrino Héctor le ha enviado para avisarla de que Víctor está despierto. Agradezco la interrupción porque me había quedado sin palabras.

—Le firmaré el alta y se podrá ir a casa, una ducha le sentará bien —digo incapaz de mirarla.

—Yo también me iré, me aseguraré de que no salen de allí y después llamaré a mi hermana para darle el notición antes de que

se entere por otra persona. Menudo par de idiotas —lamenta y yo la miro sin dejar de pensar en ese comentario que ha hecho antes sobre que no tarde mucho tiempo en estar lista.

Supongo que no me puede esperar siempre.

—Quizá debería ir a ver a un psiquiatra.

Arlet se acaba de poner en pie y me extiende la mano para ayudarme.

—Mi sobrino lo que necesita es un buen castigo…

Da un tirón fuerte y me incorporo de golpe hasta impactar contra su cuerpo. La miro, asustada por el burbujeo que siento por el cuerpo y porque no puedo razonar con claridad cuando la tengo tan cerca.

—Te refieres a ti, ¿verdad? —deduce sorprendida y yo me encojo de hombros.

—A lo mejor tenéis razón la gitana y tú y debo probarlo —digo aturdida, angustiada ante la idea de intentar hablar del tema.

—Eso sería estupendo, Vania —dice colocando su mano en mi mejilla otra vez.

No consigo aguantarle la mirada cuando me observa sonriente y después se humedece los labios antes de tragar saliva.

—Si me das permiso, te pido cita con una amiga que te hará un hueco hoy mismo. Es muy buena.

—¿Tanta influencia tienes? —trato de bromear, aunque suena más a reproche y ella lo pasa por alto.

—Solo ve, Vania, si después no te apetece hablarle, no lo hagas, pero ve.

Su mano todavía sigue ahí, quemándome la piel de la cara cuando con la otra arrastra un mechón de mi pelo y lo coloca detrás de mi oreja. El escalofrío que me provoca me hace encogerme y a ella sonreír antes de soltarme.

—¿Y bien?

—Vale, llámala.

Capítulo 24

Vania Teloy
Miércoles, 13 de julio

No es que me alegre de las desgracias ajenas, pero cuando empiezo el día teniendo que reconstruir un fémur me siento mucho más relajada el resto de la mañana, porque cuando hago cosas de ese tipo, me concentro tanto, que son los únicos momentos en los que no pienso en nada y el pecho no me duele. Vuelvo a urgencias tras salir a airearme unos minutos después de haber terminado y enseguida entran los de la ambulancia con otra camilla. Acudimos todos como buitres para ver quién se lo queda, pero el premio se lo lleva Asensio.

—Hola, Maribel, ¿es que no vas a decirme nada? —pregunta la conductora de la ambulancia con una sonrisa socarrona que convierte la cara de la gitana en la de una idiota que enrojece de inmediato.

—Hola —saluda ella como si acabase de reparar en su presencia.

Debería irme y dejarlas a solas, pero estamos en una zona común y por nada del mundo me perdería esto.

—¿Cómo estás? —pregunta la gitana tras aclararse la voz.

—Estupendamente, ¿y tú?

La joven conductora de la ambulancia tiene toda la seguridad que le falta a Heredia, y está claro que lo sabe y se divierte jugando con ello.

—Bien, sí —titubea la gitana mientras yo me aguanto la risa.

La chica, consciente del efecto que provoca en ella, se acerca descaradamente a Maribel y le susurra algo al oído que la hace abrir los ojos hasta que casi se le saltan de las cuencas.

—¿Hoy? —pregunta Maribel aturdida.

—¿Acaso no puedes con dos noches seguidas?

Arqueo las cejas y la gitana, roja como un tomate, por fin reacciona y coge a la chica por el brazo para llevarla a un lugar donde nadie pueda escucharlas.

Miro el reloj, y como no tengo ningún paciente en este momento, después de meditarlo mucho y de estar a punto de ceder ante la indecisión, me dirijo hacia el ascensor y pulso el botón que me lleva hasta la planta donde está el despacho de la doctora Vila. En cuanto estoy delante de la puerta ya tengo el

cuerpo alborotado por los nervios.

Suelto un bufido y, finalmente, llamo a la puerta y la abro. Arlet está al teléfono, sin embargo, en cuanto me ve, sonríe y me hace un gesto apremiante con la mano para que pase. Cierro la puerta a mis espaldas y mientras camino hacia su mesa, despide a su interlocutor y se recuesta en su silla al mismo tiempo que me observa con un descaro que me congela la respiración.

—Te podrías cortar un poco —digo sintiendo el nerviosismo de las primeras miradas.

—Sí que podría, pero no quiero —concluye con un aire chulesco que me deja fuera de juego unos segundos.

Arlet se levanta y viene hacia mi lado de la mesa, apoyando el culo en el borde como hace siempre y recolocándose la bata blanca hacia los lados para que no le moleste. Mis ojos van directos hacia ese escote bronceado que en ocasiones pienso que expone solo para mí. Me encantan sus camisas, y mentiría si no dijera que alguna vez he fantaseado con abrírsela de un tirón salvaje.

—¿A qué debo el honor, doctora Teloy?

—¿Honor? —sonrío y me toco la cicatriz—. No sabía que merecía una categoría tan alta.

—Ahora no te vengas arriba —bromea—. Venga, dime, ¿qué te trae por aquí?

—Tú, ¿no es suficiente?

Su mandíbula se abre en un gesto de sorpresa que solo se permite mostrar unos instantes, después se recompone y se incorpora, acercándose tanto a mí que la que no puede cerrar la boca ahora soy yo.

—Por ahora… —susurra seductora, erizándome la piel.

De nuevo aparta un mechón de mi frente y aprovecha el recorrido para pasar el pulgar por mi cicatriz, haciendo que cierre los ojos y me limite simplemente a disfrutar de su contacto.

—La persona con la que hablaba es la psiquiatra de la que te hablé —dice apartándose para apoyarse de nuevo sobre la mesa.

Esta vez cruza los brazos sobre el pecho y en lo único que puedo pensar es en cuanto me gustaría inmortalizar la imagen que me ofrece.

—Te puede recibir esta tarde a última hora. ¿Le digo que sí?

—Vale —acepto tras unos segundos de silencio.

Arlet sonríe y me dedica un guiño de esos que provocan latigazos en ciertas partes del cuerpo.

—¿Cómo está tu sobrino? —pregunto tratando de aparentar normalidad.

—Resacoso y cagado por la que se le viene encima. Lo he

dejado en casa con Héctor. Mi hermana y mi cuñado llegan al mediodía, así que ahora es cosa suya —dice aliviada.

—Errores de juventud.

—Este le podría haber salido muy caro, Vania, imagina que se hubiese llevado a alguien por delante —dice, y yo me quedo medio ida—. Perdona, no he querido recordarte…

—No pasa nada —la interrumpo—, además, hoy voy a tener que hablar de ello, ¿no?

—Espero que sí.

—Bueno, me vuelvo a urgencias.

—Vale. Me alegra mucho que hayas venido a verme, Teloy —afirma, y la intensidad de su mirada me seca la garganta.

—Quizá vuelva algún día —respondo desafiante.

Ella se ríe y se incorpora tan rápido que no me da tiempo a reaccionar antes de que me estampe un sonoro beso en la mejilla.

—Venga, lárgate de aquí —sonríe y se vuelve hacia su mesa.

Mis ojos la recorren en un intento desesperado de descubrir qué es eso que tiene Arlet Vila para que me cueste tanto centrarme cuando estoy con ella.

—¿Quién es la que no se corta ahora? —pregunta socarrona cuando me descubre observándola.

—Yo no me corto nunca, Arlet —declaro con prepotencia.

Sé que mi actitud puede parecerle contradictoria, pero si no tuviese esa bola que me oprime el pecho de forma casi permanente y no sintiera que traiciono a Lucía cuando soy consciente de que cada vez siento más cosas hacia Arlet, lo más probable es que fuese yo la que la estuviese seduciendo de forma constante.

—Algo he notado —sonríe otra vez—. Te enviaré un mensaje con la hora y la dirección, aunque si lo prefieres te puedo acompañar a la visita —se ofrece poniéndose seria.

—No. Tranquila, prefiero ir yo sola, pero te lo agradezco.

Arlet asiente sin perder su gesto simpático y salgo del despacho. De camino a urgencias no puedo dejar de preguntarme si visitar a la psiquiatra es una buena idea o no. No me siento lista para hablar de lo que pasó, sin embargo, también soy consciente de que han pasado dos años y que en algún momento tengo que enfrentarme a lo que sucedió, y desde que la doctora Arlet Vila se ha cruzado en mi camino, tengo la sensación constante de que ese momento ha llegado. Sacudo ese tipo de pensamientos de mi cabeza en cuanto veo a Maribel salir de un box con gesto concentrado.

—Entonces, ¿puedes con dos noches seguidas, gitana? —pregunto de sopetón y ella se gira y me mira horrorizada.

—No es lo que crees —brama tratando de recuperar la dignidad que ha perdido antes.

—¿No? —pregunto arqueando una ceja.

Maribel mira a un lado y a otro y me arrastra hacia un rincón.

—Vale, sí, un poco —reconoce sofocada.

—¿De qué la conoces? Esa chica es nueva, ¿no?

—Eso es lo más fuerte, Vania —exclama como una perturbada —. La conocí a través de la aplicación de citas que te dije y ayer quedamos por primera vez. La verdad es que no hablamos mucho sobre nosotras —sonríe y se muerde los labios.

—Y te la has encontrado aquí —deduzco sin aguantarme la risa.

—¡Sí! ¿No te parece muy fuerte? Encima la tía es una descarada, ya la has visto —dice alarmada.

—Sí, me he dado cuenta. Me cae bien.

—Claro, porque tú eres igual de burra que ella —concluye con una mueca.

—En fin, ¿has quedado con ella otra vez? —pregunto entornando los ojos.

—Pues claro, ¿es que no la has visto?

—Claro que la he visto. Ten cuidado, gitana, esa chica no parece de las que se compromete a nada —la advierto, aunque sé que no hace falta.

Aunque Maribel aparente cierta inocencia en ocasiones, no tiene ni un pelo de tonta.

—Ya me he dado cuenta, pero yo tampoco busco nada serio, solo divertirme sin tener que dar explicaciones a nadie después.

—Pues parece que anoche te divertiste bastante, ¿verdad?

Maribel se ríe y me aparta de un empujón antes de volver al box. Un paciente pasa en ese momento sujetándose el brazo con la cara descompuesta de dolor y me pongo los guantes para seguir trabajando.

Capítulo 25

Vania Teloy
Jueves, 21 de julio

Ya ha pasado casi una semana desde que visité a la psiquiatra por primera vez y ni siquiera yo soy capaz de soportarme a mí misma. Evito a Arlet a toda costa porque me siento una traidora cada vez que su presencia me desboca el corazón. Apenas hablo con Maribel porque tengo la sensación de que cualquier cosa que diga, puede hacer que me pregunte por la visita y no me siento lista para explicarle nada. Y ahora estoy aquí de nuevo, en mi segunda visita con la psiquiatra sin tener claro todavía si estoy haciendo lo correcto.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta en cuanto se sienta frente a mí.

—No lo sé —respondo cruzando los brazos sobre el pecho en posición defensiva.

—Trata de definir tu estado en una sola palabra.

No necesito mucho tiempo devanándome la sesera para responder a su reto, aunque lo hago con dos palabras.

—Angustiada. Rabiosa.

—¿Y por qué crees que te sientes así?

—No lo sé, dímelo tú.

Consuelo Ibáñez anota algo en su libreta y después vuelve a mirarme, ajena a mi soberbia como si no le afectase.

—¿Te has sentido así todos los días?

—Sí, estoy de mal humor de forma constante y ahora por tu culpa evito incluso estar cerca de mis amigas —la acuso sin que me tiemble la voz.

—¿Por qué piensas que es culpa mía? —pregunta sin inmutarse y eso me molesta.

—No lo sé.

—Entiendo —contesta volviendo a anotar algo.

—No, no lo entiendes. Siento un puto nudo aquí a todas horas —digo señalando mi garganta—. Tengo ganas de gritar y de romper cosas y no soporto que me hablen.

—¿Quieres saber por qué? —pregunta con suficiencia, como si ella tuviese la respuesta a todas las cuestiones del mundo.

—Ilumíname —le pido alzando las manos.

—Ya te lo dije el otro día antes de que te marchases, Vania, y

sigo pensando lo mismo. Entraste aquí, recitaste casi sin respirar lo que ocurrió aquella fatídica mañana y después no articulaste palabra alguna.

—¿Y no era eso lo que tenía que hacer? Desde que sucedió me están diciendo que tengo que sacarlo, ya lo he hecho y no me siento mejor —escupo empeñada en que ella tiene la culpa.

—No se trata solo de sacarlo, Vania, tienes que llorar a Lucía y dejar de culparte por no haber salido de aquel quirófano.

La angustia me sube por el pecho hasta instalarse en mi garganta y formar un nudo que comienza a estrangularme hasta causarme dolor. No sé por qué reprimo las ganas de llorar de este modo tan absurdo, quizá porque al principio me veía incapaz de llorar, ya que en mi opinión, eso significaba asumir que no la vería más, y después me sentí tan mal por no haberlo hecho en su entierro que considero que ya no tengo derecho.

—No soy capaz —logro balbucear con la voz estrangulada.

Todo mi cuerpo está rígido y siento una gran dificultad para que el aire llegue a mis pulmones.

—Solo tienes que dejar que salga, Vania. Ya sé que es muy fácil decirlo, pero en momentos como ahora, cuando estás así de angustiada es cuando tienes que esforzarte por no reprimirte. Crees que la sesión del otro día no te sirvió de nada, solo para que te sintieses peor…

—Exacto —interrumpo irritada.

—Pero no es así —sigue ella sin que le afecten mis impertinencias—. Tú necesitabas hacer dos cosas, verbalizarlo y llorar. Hiciste la primera y desde entonces, tu cuerpo, que es más sabio que tu mente, te está pidiendo a gritos la segunda. Por eso te sientes así de irritada e irascible, eres como una bomba de relojería que estallará en cualquier momento, y cuando lo hagas, no te contengas. Llora todo lo que tengas que llorar y grita si lo necesitas, pero déjalo salir o esto te pasará factura. Eres médico, Vania, sabes de sobra que lo psicológico puede terminar provocando problemas de salud más graves.

—¿Ese es el consejo de hoy? —pregunto mirándole los pies porque soy incapaz de mantenerle la mirada.

—Sí, y te voy a cobrar sesenta euros por ello. ¿Qué te parece?

Esta vez sí que alzo la mirada sorprendida por el comentario, hasta que descubro que lo único que intenta es provocarme y me pongo en pie dispuesta a marcharme.

—Muchas gracias por el consejo entonces —digo dejando el dinero sobre la mesa.

—De nada. Te espero aquí el jueves que viene a la misma hora —zanja poniéndose en pie.

La miro con la boca abierta y cierta estupefacción mientras me pregunto si es así como trata a todos sus pacientes.

—Ya veremos.

—Si no vienes, le pasaré la factura a Arlet, tú verás qué haces —amenaza.

Me paso el dedo por la cicatriz y resoplo; Consuelo Ibáñez es casi tan gilipollas como yo. Quizá por eso me cae bien aunque me resulte irritante.

Cuando salgo de su consulta lo primero que hago es consultar el móvil por si hay alguna urgencia en el hospital que me permita ir para seguir trabajando y dejar de pensar.

—Mierda… —lamento al ver que no tengo una excusa razonable.

Lo que si veo son dos llamadas perdidas de Arlet y otra de Maribel. No contesto a ninguna y voy directa hacia la moto, cruzando los dedos para que el trayecto hasta Besalú, logre despejarme la mente un poco.

Media hora más tarde estoy entrando al pueblo y ni siquiera la maravillosa estampa que ofrece su arquitectura medieval, logra tranquilizarme. Serpenteo por las calles y, cuando por fin llego a la mía, me encuentro el coche de Arlet aparcado frente a mi puerta al otro lado de la acera. Ella está fuera apoyada sobre el capó del coche con los brazos cruzados, y por mucho que intento que no me afecte su presencia, no logro impedir que el corazón me dé un vuelco y un agradable e inquietante hormigueo me recorra todo el pecho.

Me detengo frente a la puerta y ella cruza con la mano extendida para que le entregue las llaves y así poder abrirme sin que baje de la moto. Lo hago con más ímpetu del que debería, aplastando las llaves en su mano con una rabia que no puedo controlar. Me dedica una mirada severa y después se dirige hacia la puerta, cerrándola cuando entro con la moto.

—No vengo para quedarme, Teloy. Solo quiero saber cómo estás, en el hospital me evitas y no me has dejado otra opción que venir aquí.

—Estoy perfectamente —contesto tensa—. ¿Cómo sabes que iba a venir aquí?

—Heredia…

—Joder con la gitana —lamento ofuscada.

—¿Cómo ha ido la terapia? —pregunta mirándome a los ojos con convicción.

—No voy a hablar de eso —contesto de malas maneras.

—No quiero que me cuentes lo que habéis hablado, Vania,

solo quiero saber cómo te sientes tú, y no me voy a marchar hasta que me lo digas.

—Es mi casa, puedo echarte cuando quiera.

—Hazlo.

—Joder… —maldigo llevándome las manos a la cabeza—. No quiero ser así de estúpida contigo, Arlet, ni contigo ni con nadie, pero desde que fui la primera vez a la terapia siento mucha rabia y me cuesta mucho mantener las formas. Así que por favor, márchate, quiero estar sola —le suplico y, aunque tengo unas ganas tremendas de llorar, hago caso omiso al consejo de Consuelo y controlo las lágrimas a pesar de que cada vez noto que me cuesta más.

—Está bien, te entiendo. Solo quiero que sepas que si necesitas cualquier cosa me puedes llamar, Teloy. A cualquier hora —añade suspirando.

—Vale. Gracias —digo con la voz estrangulada.

Arlet me sonríe con tristeza y se da la vuelta abandonando mi casa mientras yo me lamento por haber echado a la única persona con la que logro sentirme a salvo.

Capítulo 26

Vania Teloy
Viernes, 22 de julio de 2022

Cuando un turno empieza caótico, por norma acaba igual, y hoy está siendo uno de esos días. En urgencias hay una larga cola de pacientes debido a un virus estomacal y para colmo, Arlet ha recibido una llamada de los Mossos d'Esquadra anunciando que traen a una mujer detenida por atraco y agresión.

—Durante la detención se ha resistido y han tenido que reducirla, ahora se queja de un intenso dolor de espalda y la traen hacia aquí —anuncia Arlet, que ha bajado expresamente para comunicárnoslo a Abel y a mí.

—La podrían haber detenido cerca de otro hospital, estamos hasta arriba —se queja Abel.

—Lo sé, pero nosotros no decidimos las cosas —argumenta Arlet sin ocultar la inquietud que le produce la situación—. Hay que buscar un lugar lo más aislado posible, lo último que necesitan los pacientes es ver a los Mossos por aquí y descubrir que tienen a una agresora en la cama de al lado.

—¿Qué hay de la persona a la que ha agredido? ¿No la traen aquí? —pregunto inquieta.

—No. El helicóptero la lleva a la Vall d'Hebrón de Barcelona —contesta, y Abel y yo fruncimos el ceño.

Allí es donde se llevan siempre a los heridos graves.

—Podemos despejar la sala de curas y entrarla por la puerta del personal, así evitaremos a la gente —propone Abel.

—Me parece bien. Hazlo y que alguien se ocupe de quitar todo lo que no sea necesario, no olvidemos que esta gente aprovecha cualquier oportunidad. En cualquier caso, vienen dos patrullas de los Mossos custodiándola y no debería haber ningún problema, aun así, no quiero que se acerque a ella nadie que no sea estrictamente necesario. Al ser un trauma te encargas tú, Teloy —anuncia mirándome fijamente—. Elige a un enfermero para que te ayude y tú, Asensio, asegúrate de mantener la zona despejada y de que esa mujer pase aquí solo el tiempo que sea estrictamente necesario.

—De acuerdo —contesta Abel—. ¿Te parece bien Javi como enfermero? —me pregunta a mí.

—Sí.

—Bien, voy a organizarlo todo —dice y se marcha.

Arlet vuelve a clavar su mirada inquieta sobre mí.

—¿Cómo estás, Vania? Si no te sientes lista para este chaparrón puedo pasárselo a otro médico, pero necesito que me lo digas ahora.

Nunca me ha mirado tan seria ni preocupada como lo está haciendo ahora.

—Estoy perfectamente, no te preocupes.

—Bien —zanja—. Me vuelvo al despacho para preparar el papeleo que me va a generar esto, si hay cualquier incidente, me avisas.

—Vale.

—Y Vania —se vuelve cuando ya se dirigía hacia los ascensores—. No hagas ninguna gilipollez, tu obligación es curarla y mandarla de vuelta al calabozo, nada de lecciones morales.

—Claro —respondo algo molesta.

La furgoneta de los Mossos llega quince minutos después y, antes de que abran la puerta trasera, ya estoy escuchando los lamentos de la mujer. Abel y Javi se acercan con una camilla y dos Mossos bajan a la mujer esposada sujetándola cada uno por un brazo.

—A lo mejor le iría bien un sedante —opina uno de ellos con gesto agobiado—, no deja de patalear.

No es la primera vez que atiendo a algún preso, pero reconozco que esta mujer me impresiona más que ninguno. A pesar de ser extremadamente delgada, tiene unos brazos fibrosos y una mirada agresiva y vacía de empatía que me pone los pelos de punta. Entre todos logran tumbarla y Abel le pone unas sujeciones en los pies mientras que un Mosso une sus esposas a la baranda de la camilla. Nos dirigimos hacia la sala de curas escoltados por los cuatro policías, tres hombres y una mujer. En cuanto entramos y después de preguntarle si es alérgica a algún medicamento, le digo a Javi que le administre un sedante para ver si nos deja trabajar.

—Alergia les tengo a estos cerdos —brama mirando a la Mosso que ha entrado con nosotros en la sala.

—Deja de moverte o te harás más daño —le pido cortante.

—Voy a informar por teléfono a la doctora Vila de que ya está aquí —anuncia Abel.

—De acuerdo.

Durante los siguientes cinco minutos que se me hacen algo insoportables, tengo que esperar con paciencia a que el sedante le haga efecto y la mujer deje de moverse con agitación. Después,

entre Javi y yo la sentamos en la camilla mientras ella reniega de todo y yo trato de ver qué es lo que tiene en la espalda. La mujer no deja de quejarse cuando la palpo y tengo la impresión de que el daño es real, sin embargo, en estas condiciones me resulta imposible comprobarlo bien.

—Córtale la camiseta —le digo a Javi.

—¿Este? —protesta ella—, y una mierda, no pienso dejar que ningún tío me vea. ¡Que se largue!

Comienza a gritar otra vez, diciendo que tiene derecho a ser atendida solo por una mujer y que se niega a que ese cerdo la mire. Por primera vez veo a Javi angustiado y, finalmente, le pido que salga de la sala y espere fuera. Soy yo misma quien le corta la ropa y descubro que por detrás del hombro izquierdo tiene un hematoma bastante inquietante y una herida que probablemente se ha hecho al caer sobre algo.

—Hay que ponerla bocabajo —le digo a la Mosso.

—¿No puedes hacerlo así?

—No. Tengo que coserla, además, habrá que hacerle una placa para asegurar que no hay nada roto.

La Mosso frunce el ceño y le pide a su superior que entre para exponerle la situación. La presa de nuevo protesta porque haya un hombre dentro de la habitación y este acaba accediendo a quitarle las esposas para darle la vuelta, saliendo de la sala para que la mujer deje de gritar.

—No intentes ninguna chorrada, Jimena —le advierte la Mosso acercándose a ella—, sabes que no tienes escapatoria.

—Lo que quiero es que esta me quite el dolor de una puta vez —ladra señalándome a mí con aire despectivo.

Todo pasa en cuestión de segundos. En cuanto la Mosso la libera de las sujeciones que la mantienen anclada a las barandas, la tal Jimena se retuerce y le propina tal patada en el centro del estómago, que la lanza contra la pared y la agente cae al suelo como un fardo. No me da tiempo a reaccionar antes de que se vuelva hacia mí, me agarre por el cuello del pijama y me dé un golpe seco con la cabeza que me impacta en la parte izquierda de la cara con tal brutalidad, que me caigo de espaldas sintiendo un dolor espantoso, incapaz de orientarme durante unos instantes.

Mientras intento que mis dos ojos enfoquen al mismo sitio, veo de forma borrosa como los tres Mossos han entrado y la han reducido de forma rápida y eficaz. Abel y Javi entran inmediatamente después y, mientras el jefe de urgencias da la orden de que traigan dos camillas y avisen a otro médico para atender a la Mosso, él se arrodilla junto a mí, que no sé en qué momento me he movido y me he sentado abrazándome las

rodillas con la espalda pegada a la pared.

—¡No me toques! —grito fuera de mí cuando Abel trata de examinarme.

—Estás sangrando, Teloy, tienes que dejar que te examine.

El ataque de ansiedad que tengo debe ser importante, porque cuando lo miro desencajada se detiene y me pide que me calme.

—Vale, tranquila —dice, y en ese momento la que entra es Maribel.

Noto el corazón a punto de reventarme dentro y la tensión engarrotando cada músculo de mi cuerpo. Me encuentro tan mal que no soy capaz de vocalizarlo, y no es una cuestión de dolor físico, sino de uno interior que lleva dos años desgarrándome. Mi gesto de angustia, como si cualquiera que fuese a tocarme lo hiciera con la intención de hacerme daño, provoca que Maribel también se quede paralizada delante de mí.

Capítulo 27

Arlet Vila
Viernes, 22 de julio de 2022

Llego a urgencias casi sin aliento, habiendo corrido escaleras abajo y esquivado médicos por el camino para llegar cuanto antes después de recibir la llamada de Asensio. Atravieso la parte central y voy directa hacia el pasillo donde se encuentra la sala de curas, encontrándome en la puerta a la doctora Heredia, al doctor Asensio, a Javier y a otro enfermero.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Teloy? —pregunto llegando frente a ellos.

Maribel, con la cara descompuesta y bajo el quicio de la puerta, ni siquiera me mira. Es Asensio el que se acerca y me habla en voz baja.

—La detenida la ha golpeado en la cara, no parece grave, pero tampoco puedo saberlo porque no deja que ninguno nos acerquemos —explica tan compungido como angustiado—. Está como ida, hiperventilando y temblando como una hoja. Iba a sedarla para que se deje hacer, pero Heredia ha dicho que esperase a que vinieras tú.

—Yo me ocupo —digo al mismo tiempo que interpongo mi cuerpo entre el de Heredia y el marco de la puerta y me asomo a la sala.

Vania está sentada en el suelo con la cara ensangrentada y la pierna izquierda botando de forma frenética mientras se mira, absorta, los dedos de una mano. Tengo que tragar saliva para no desmoronarme delante de todos, y mucho menos delante de ella.

—Que alguien me prepare una bandeja de curas —le pido a Abel Asensio sin apartar la mirada de Teloy, que parece ajena a todo.

—Está en el suelo junto a ella —señala por detrás de la pierna que Vania tiene botando.

El jefe de urgencias me tiende unos guantes y se aparta.

—Dejadme sola con ella, si necesito ayuda os llamaré —ordeno, y Maribel asiente y cierra la puerta a mis espaldas.

Camino hasta Teloy y me agacho frente a ella, que hace el intento de zafarse cuando acerco una mano hacia su cara. Entonces le cojo la mano con la que intenta apartarme y se la aprieto con firmeza, sacudiéndola hasta que logro que me mire.

—Yo no me voy a marchar, Vania, así que ni lo intentes —le advierto con determinación.

Se queda inmóvil mirándome y ahora es su mano la que comienza a apretar la mía como si temiese caer por un precipicio y su labio inferior, manchado de sangre como gran parte de su cara, empieza a temblar al mismo tiempo que sus ojos se anegan y estalla en un llanto seco que la hace convulsionar y volcar hacia delante. Me dejo caer de rodillas y la acuno contra mi cuerpo mientras sus sollozos desgarradores y cargados de tristeza, se camuflan con la tela de mi bata, sobre la que ha hundido la cara.

Vania llora intensamente, lo hace de manera espasmódica entre hipidos tan frecuentes que apenas le da tiempo a respirar. Se aferra con fuerza sobrehumana a mi cuerpo y sus lamentos me encogen el alma hasta que empiezo a ver borroso y me doy cuenta de que yo también estoy llorando. Me limito a consolarla con mi abrazo, pero en ningún momento trato de hacerla parar a pesar de que el esfuerzo realizado por el llanto hace que, de la brecha de su labio y la que tiene en la ceja, brote más cantidad de sangre.

Libero una de mis manos para arrastrar mis propias lágrimas y con ella me hago con una gasa y se la pongo sobre la herida de la ceja para detener la hemorragia.

Teloy llora sin descanso durante varios minutos en los que no me muevo ni un centímetro a pesar de que una de las piernas se me ha dormido. La puerta se abre de forma suave y cuando miro, veo a Heredia asomada, tapándose la boca con la mano antes de salir de nuevo y dejarla cerrada.

Aparto la gasa cuando compruebo que ya no sangra y con su cabeza apoyada sobre mi pecho, le aparto el pelo de la cara y le voy recogiendo las lágrimas con el pulgar constantemente.

Vania poco a poco ha encogido sus piernas hasta quedarse hecha un ovillo junto a mí, refugiada en mi abrazo hasta que, cuando me quiero dar cuenta, ha dejado de llorar y lo único que queda son esos hipidos espasmódicos que arrastras durante minutos después de haber llorado con intensidad.

—Le voy a pedir a Asensio que entre con una camilla y te llevaremos a un box para que yo pueda curarte —le susurro con suavidad sin dejar de abrazarla.

—¿Tú? —balbucea y me abraza con más fuerza.

—Yo —afirmo con rotundidad.

Teloy arrastra su cara ensangrentada sobre mi bata hasta que logra mirar hacia arriba y encuentra mis ojos. Su mano, ralentizada por la debilidad absoluta que siente, logra trepar por mi brazo hasta que llega a mi cara y se posa con temblor sobre mi

mejilla. Vania me sonríe y yo siento que mi cuerpo entero es invadido por un hormigueo intenso que me recorre de punta a punta hasta dejarme sin aliento.

—Eres la mujer más bonita que he visto en mi vida, Teloy —afirmo en un susurro que me nace de muy adentro.

Su mano ahora va hacia mi nuca y presiona sobre ella para que yo baje la cara, buscando mis labios con la mirada clavada en ellos.

Me los humedezco al mismo tiempo que contengo la respiración, agitada porque por fin ha llegado el momento que tanto llevo deseando. Sus labios están a punto de rozar los míos, puedo sentir su calor y el temblor de su respiración cuando la puerta se abre y ella se escurre sobre mi pecho de nuevo.

Asensio observa la escena estupefacto, impresionado por ver a esa compañera que en su día fue su amiga rota sobre una mujer que para él todavía es una completa desconocida.

—¿Puedo ayudar? —pregunta sobrecogido por la situación.

—Sí, hay que subirla a una camilla y llevarla a un box —afirmo decidida a no demorarlo más.

—No hay ninguna libre, aquí no paran de llegar pacientes. Con tu permiso, la vamos a llevar a tu despacho, allí estará más tranquila hasta que se libere alguna habitación en planta. Maribel lo está preparando todo —dice dejándome sorprendida.

—De acuerdo.

Asensio se agacha frente a nosotras y roza el brazo de Teloy para llamar su atención.

—Te voy a coger, Vania —la informa temeroso de hacer algo que la incomode.

Sin embargo, para sorpresa de ambos, ella asiente y se aferra al cuello del doctor cuando él empieza a levantarla. Vania emite un par de aullidos de dolor cuando él se pone en pie acomodándola contra su cuerpo. Yo me levanto aceptando la ayuda de Javier, que me ha tendido la mano con amabilidad y me ha permitido apoyarme en él unos segundos mientras se me destensan las articulaciones. El camino hasta mi despacho me resulta más propio de una película que de un hecho real, con Abel cargando con Vania y Javier despejándole el camino hasta el ascensor.

Cuando entramos a mi despacho, Heredia ha puesto una sábana sobre el sofá y tiene preparada una bandeja de curas y un gotero. Asensio la deja con cuidado y él y Javier abandonan el despacho. Lo primero que hacemos Heredia y yo es quitarle el pijama para examinar todo su cuerpo en busca de algo que no hayamos visto. Vania, agotada por el estrés que le ha producido el

ataque de la detenida y también del que produce liberarse de una carga emocional como la que arrastraba, se deja hacer como si fuese una muñeca. Una vez comprobado que solo tiene un hematoma en el glúteo y otro muy pequeño en el hombro, Heredia le pone la vía con un calmante y se pone en pie después de darle un beso en la cabeza.

—Creo que es mejor que sigas tú, estaré fuera —dice, y me da un apretón en el hombro y se marcha.

Me siento al lado de Teloy y comienzo a limpiarle la sangre con una gasa mientras ella me observa cómo te miraría un animal al que acabas de rescatar.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto muy bajito, pasando la gasa por su pómulo, justo por debajo de la cicatriz.

—Me duele mucho la cabeza, me va a reventar —dice y un suspiro entrecortado brota de su pecho.

—El calmante no tardará en hacerte efecto, Vania. Necesitas descansar del estrés que has sufrido hoy, cierra los ojos e intenta dormirte.

Le paso los dedos por la frente como si quisiera apartarle el pelo y le sonrío antes de que sus párpados empiecen a cerrarse y ella sea incapaz de hacer nada por evitarlo.

Capítulo 28

Vania Teloy
Sábado, 23 de julio de 2022

Abro los ojos con cierta confusión, pero reconociendo de inmediato que estoy en una habitación del hospital y descubriendo que, a mi lado en el sillón y tapada con una bata blanca limpia, Arlet duerme en una postura que se me antoja demasiado incómoda. Miro a un lado y a otro en busca de algo que me indique la hora que es, pero no encuentro nada. Al moverme siento molestia en todo el cuerpo, algo muy parecido a las agujetas, además de un cansancio que me obliga a suspirar mientras me toco la cara con la mano, tratando de adivinar el alcance de mis lesiones.

—¿Cuándo te has despertado?

La pregunta de Arlet me acelera el pulso y me hace ladear la cabeza hacia ella para descubrirla frotándose los ojos.

—Hace un momento —contesto, y la voz me sale demasiado floja—. ¿Cuánto he dormido?

—Poco, unas dieciséis horas —dice mirando su reloj.

—¿Y eso te parece poco? —pregunto escandalizada.

Arlet se pone en pie y se coloca la bata por encima de una de esas camisas —esta vez de color azul claro— que tanto me gustan y tan bien le quedan. Alza una pierna y con toda la delicadeza que puede, se sienta a mi lado y me acaricia la mejilla con suavidad.

—Sí que me parece poco teniendo en cuenta tu agotamiento, Teloy, me hubiese gustado que durmieses más, la verdad —dice y se frota los ojos.

—¿Has dormido aquí?

La sola idea de imaginarla toda la noche en el sillón me horroriza y me enternece al mismo tiempo, y ella parece notarlo.

—No creas que se duerme tan mal, eso es un mito.

—No tenías que quedarte, Arlet —la regaño.

—Claro que tenía que quedarme. Ahora dime, ¿qué tal te encuentras?

—Muy cansada, no sabría explicártelo exactamente, es como si me hubiesen absorbido toda la energía dejándome bajo mínimos.

—Ayer estuviste sometida a mucho estrés, eso es normal. ¿Y

la cabeza? Anoche te quejabas mucho entre sueños.

—¿De verdad?

Arlet saca su linterna y empieza un examen parecido al que yo le hice a ella el día que la conocí.

—Sí. Te quejabas, y cuando me levantaba para preguntarte, me daba cuenta de que seguías dormida. ¿Te sigue doliendo?

—Un poco —respondo y me miro el gotero, cuya rueda está cortando el paso del líquido.

—No te toca el siguiente calmante hasta dentro de un par de horas —dice mirando su reloj otra vez—, así que trata de relajarte.

—¿Cómo está la Mosso que estaba conmigo?

—En su casa, Abel le dio el alta un par de horas más tarde después de que las pruebas que le hizo saliesen bien.

—¿Y la detenida?

—Durante el día de hoy ingresa en prisión preventiva según me dijeron ayer a última hora. Abel se ocupó de ella, se recuperará.

—¿Has visto a la gitana?

—Madre mía, Vania, en serio que no entiendo que te permita llamarla así —cabecea con los ojos en blanco.

—Es un apelativo cariñoso —insisto.

—No lo dudo. En fin, estuvo aquí hasta las doce de la noche, después la obligué a marcharse a casa. Esta mañana se ha pasado un par de veces, pero seguías dormida. Imagino que en cuanto tenga otro hueco, volverá.

Suspiro, y ella coloca la mano sobre mi pecho y me pide que cierre los ojos.

—No puedo, ahora no tengo sueño.

Arlet me mira en silencio y mi pecho comienza a emitir zumbidos graves provocados por mis latidos, cada vez más fuertes y rápidos.

—¿Cómo te sientes ahora? —pregunta haciendo una mueca con los labios.

—Cansada, ya te lo he dicho —respondo un poco nerviosa.

—No me refiero a eso y lo sabes.

—Ya —reconozco haciendo un mohín que me provoca molestia en la ceja y el labio—. Liberada, supongo. Estoy agotada y, sin embargo, por otro lado, siento como que floto. Espero que no sea porque me has puesto algo raro por ahí —digo señalando el gotero, y ella suelta una risotada de las que salen desde lo más profundo.

—Te aseguro que no.

Arlet baja la mirada y quita la mano del centro de mi pecho

para juguetear con su pulsera de cuerda.

—Ayer estuviste a punto de besarme —suelta de repente, y soy incapaz de cerrar la boca por la sorpresa.

—¿De verdad?

—¿No lo recuerdas?

Niego con la cabeza y frunzo el ceño tratando de ubicar ese momento, pero tengo los últimos minutos muy confusos.

—Menuda decepción —dice fingiendo disgusto.

—Lo siento, me encantaría recordarlo, de verdad —digo cogiéndole la mano.

—Me alegra oír eso.

—¿Y por qué no te besé? —pregunto con cierto aire socarrón.

—Asensio nos interrumpió, por lo que tenemos algo pendiente —dice tratando de bromear, aunque noto cierto tono de desasosiego en su voz.

—Lo tenemos, Arlet, pero ahora quiero cerrar un capítulo antes de comenzar el siguiente, y para eso necesito hacer algo.

—Claro —dice algo desconcertada.

—¿Recuerdas que me dijiste que podía pedirte cualquier cosa?

Trato de incorporarme un poco, sin embargo, ni para eso tengo fuerza y ella pulsa el botón del mando para alzar la cabecera de la cama.

—Claro que lo recuerdo, ¿qué necesitas? —pregunta imperativa, como si ansiase darme cualquier cosa.

—Un par de días personales, tres como mucho.

—Por supuesto, ¿puedo preguntar para qué?

—Tengo algo pendiente en Milán, y ahora ha llegado el momento de concluirlo.

Arlet no pregunta más porque mis tripas rugen como si hubiese estado tres días sin comer.

—Vaya… —me río algo abochornada.

—Hay una tienda de comida rápida no muy lejos de aquí. Suelo encargar la comida allí cuando me tengo que quedar a comer en el hospital, y hoy me he tomado la libertad de encargar también para ti. Seguro que a estas horas ya debe estar en mi despacho. Iré a buscarla, la calentaré en el microondas y vuelvo.

—No tenías que haberlo hecho, Arlet, puedo comer la misma comida que los demás.

Arlet arquea una ceja y yo me río cuando se levanta.

—Cuando pruebes esos canalones y las croquetas me lo vuelves a decir.

Se da media vuelta y se dirige hacia la puerta dispuesta a cumplir con su misión.

—Doctora Vila —la llamo con voz neutra.

Se gira en redondo y me observa con inquietud.

—Siento mucho haberte echado de mi casa la otra noche —me disculpo y Arlet carraspea descolocada—. No debí hacerlo, no te lo merecías.

Vuelve hasta mi cama y me coge de la mano.

—No pasa nada, lo entiendo, Teloy, y no me enfadé, es solo…

—Que te dolió —concluyo yo por ella.

—Sí, supongo que fue eso —admite y me siento tan mal que no sé ni qué decirle.

—Lo lamento mucho, de verdad. Estaba colapsada y no…

—Ya lo sé, Vania, te he dicho que comprendo lo que hiciste. Yo solo quería asegurarme de que entendías que estoy aquí si me necesitas, a veces tengo la sensación de que no te lo crees.

—No es que no me lo crea, es que no sé si lo merezco.

—¿Por qué no ibas a merecerlo?

Me encojo de hombros y ella aspira aire con tanto ímpetu que las aletas de su nariz se expanden.

—No lo sé, quizá porque yo no me he portado tan bien contigo como tú conmigo.

—No digas gilipolleces. Venga, voy a por la comida, necesitas recuperar energía.

Minutos después me ha incorporado la cama un poco más y ha colocado la mesa delante de mí. Me meto una croqueta en la boca y al masticarla, me sabe tan bien que los ojos se me abren por la impresión.

—Madre mía, ¿dónde está esta tienda?

Arlet sonríe y por poco se atraganta con un canelón.

Capítulo 29

Vania Teloy
Lunes, 25 de julio de 2022

El vuelo hasta Milán ha sido tan corto que cuando me quiero dar cuenta, ya estoy al volante del coche que he alquilado. Me dirijo directamente hacia el *Cimitero Maggiore*, donde hace dos años enterré a Lucía. Llevo mucho tiempo pensando en hacer esto, en volver aquí y hablar con ella, contarle cómo me siento y explicarle lo miserable que está siendo mi vida sin ella, sin embargo, nunca me he atrevido, y ahora que estoy aquí, las cosas que quiero contarle han cambiado.

Cuando llego hasta su lápida el corazón se me hace un nudo y las lágrimas comienzan a brotarme sin control. No es un llanto angustioso como el del otro día, ya no me siento así, ahora es otra cosa y, cuando saco un pañuelo y me limpio, incluso sonrío cuando leo su nombre completo.

—Hola —saludo al aire, y me agacho sobre la lápida y aparto un par de piedras con la mano.

Me siento sobre ella ante la mirada estupefacta de una señora que camina con un ramo de flores.

—Yo no te he traído nada —digo suspirando.

A Lucía no le gustaban las flores.

Los siguientes minutos los paso explicándole lo mal que lo pasé cuando la perdí y pidiéndole perdón por no haberla llorado antes y por no haber vuelto a visitar su tumba desde el día del entierro.

Le explico que empiezo a sentirme mejor, que siempre la voy a seguir queriendo y que una parte de mi corazón será siempre de ella, pero que de la otra, se está apoderando otra persona tan rápido que casi no me estoy dando cuenta.

—Yo creo que te caería bien —digo despedazando las hojas de una margarita que he arrancado del suelo.

Le cuento a Lucía todo lo que ha sucedido con Arlet desde el momento que la conocí y cuando termino, me doy cuenta de que ella es la única culpable de que por fin me haya atrevido a dar tantos pasos hacia la recuperación y la aceptación de la muerte de mi mujer.

—Incluso he ido a terapia —vuelvo a decir en voz alta como si Lucía estuviese a mi lado escuchando mi relato.

Estoy segura de que se reiría y me diría que no se lo cree, la imagino con tanta nitidez, que por un momento puedo reproducir el sonido de su voz y de su risa en mi cabeza.

Sonrío y miro en todas direcciones descubriendo que nadie, salvo esa señora, parece prestarme atención. Aquí cada uno viene a ver a los suyos, unos les ponen flores limpias, yo le hablo y por fin me despido de ella.

—No sé cuándo volveré, pero te prometo que lo haré.

Cuando salgo del cementerio las lágrimas siguen brotando de mis ojos de manera silenciosa, sin embargo, esta vez no tiene nada que ver con la última que estuve aquí, cuando estaba tan angustiada que me dolía respirar. Ahora me siento bien, en paz. Por fin he logrado aceptar la pérdida de Lucía y tengo la certeza de estar preparada para empezar de cero, y eso tengo claro que quiero hacerlo con Arlet.

Antes de volver al hotel, y tras meditarlo bastante, me paso por la casa de los padres de Lucía. A ellos tampoco he vuelto a verlos desde que la enterramos y, aunque los conocía poco, creo que merecen saber que no me he olvidado de ella y que yo también la lloro y la echo de menos.

Su padre se queda atónito cuando me encuentra al otro lado de la puerta, pero después de la impresión inicial, extiende los brazos y me recibe con un abrazo.

—Cuanto tiempo, Vania, sabía que algún día vendrías a vernos —dice, y ahora sí que siento que por fin he cerrado el capítulo completo.

Capítulo 30

Arlet Vila
Miércoles, 27 de julio de 2022

Resoplo y me dejo caer hacia atrás en la silla después de haber firmado un documento. Soy incapaz de centrarme en nada desde que sé que, hace un par de horas Vania ha vuelto de Italia. Con la condición de que me dejase a mí acercarla a casa y se olvidase de la moto, le di el alta el domingo al mediodía. Estuve un rato en su casa ayudándola a preparar la mochila con un par de mudas mientras la intriga por saber lo que pretendía hacer en Milán me iba poniendo cada vez más nerviosa.

—Puedes preguntarme lo que quieras —dijo sentada en la cama al lado de la mochila, agotada a pesar del poco esfuerzo que había hecho.

La miré descolocada y algo incómoda porque no quería parecer una metomentodo y al mismo tiempo deseaba saberlo.

—No sé a qué te refieres —contesté absurdamente.

Vania soltó una de sus risas nasales y miró hacia arriba hasta que sus ojos se encontraron con los míos y la boca se me secó.

—Sí que lo sabes, y me gustaría que no te sintieras cortada para preguntarme nada.

—Vale —acepté rendida tras un suspiro—. ¿A qué vas a Milán? Deduzco que tiene algo que ver con tu mujer.

—La que fue mi mujer, Arlet, supongo que ya puedo comenzar a llamar las cosas por su nombre. Y sí, quiero ir al cementerio a verla. No he vuelto desde el entierro y necesito decirle algunas cosas —dijo tratando de buscar en mi mirada alguna muestra de desaprobación.

—Entiendo, haz lo que tengas que hacer, pero por favor, vuelve.

Me sentí bastante imbécil al suplicarle algo así, era evidente que Vania tenía que volver, pero me salió de tan adentro que no pude controlarlo.

—Claro que volveré, y te besaré —añadió, y se puso en pie y me miró burlona.

—¿En serio? —contesté siguiéndole el juego.

Vania se acercó y me cogió por la cintura hasta que apoyó su frente sobre la mía con delicadeza.

—Lo estoy deseando —afirmó.

En aquel momento se me olvidó cómo se respiraba. Deseé con todas mis fuerzas que la situación fuese otra para haber apartado aquella mochila de la cama de una patada y tumbado a su dueña después de haberle arrancado toda la ropa. En lugar de eso asentí y le di un beso en la mejilla.

Le dejé la mochila cerrada junto a la puerta y Vania se dejó caer en el viejo sofá de su casa de Besalú.

—Quizá debería cambiarlo, no es muy cómodo —dijo con una mueca de tensión.

—Estoy de acuerdo —concluí sentándome a su lado.

Durante los siguientes minutos observé su casa, donde estaba claro que Vania había estado dando viajes con el coche para ir llevando sus cosas poco a poco. Me recordó a mi casa de Sant Feliu de Guíxols cuando me mudé. Había pasado poco más de un mes y ya me parecía algo muy lejano.

—Si necesitas ayuda con el traslado cuenta conmigo —me ofrecí.

Vania observó con pereza las cajas que había ido amontonando poco a poco y después me miró a mí.

—La verdad es que odio las mudanzas —confesó haciendo una mueca que le provocó cierto dolor en el labio, al que se llevó dos dedos para presionar con suavidad.

—A mí tampoco me entusiasma, pero sabiendo lo mal que te organizas será mejor que intervenga o esto se puede eternizar.

Se rio, aceptó mi ayuda y después fui yo la que le rozó el labio.

—No olvides llevarte los analgésicos, y si tienes cualquier contratiempo o te encuentras mal, me llamas.

—¿Vendrías a buscarme? —preguntó provocativa.

—A dónde haga falta —zanjé dejándola sin palabras.

Me fui poco después de que me prometiera que pasaría el resto de la tarde descansando y de acordar que yo la llevaría al aeropuerto de Gerona el lunes a primera hora, cuando salía su vuelo.

El vuelo de regreso ha sido esta mañana y Vania me dijo que cogería un taxi para venir directamente hasta el trabajo y así recuperar su moto de paso. A estas horas ya debe estar aquí y no puedo dejar de preguntarme cómo le habrá ido y si la visita le habrá hecho bien o, por el contrario, habrá sido peor y Teloy volverá hundida de nuevo.

Suspiro y me ahueco la camisa con agobio mientras miro el panel del aire acondicionado. Según el aparato, hay una temperatura en el despacho de veinticinco grados, sin embargo, yo estoy tan sofocada por los nervios, que tengo la sensación de

estar a cuarenta. Estoy a punto de levantarme para mirar por la ventana y así intentar despejarme, cuando un par de golpes en la puerta me dejan quieta en el sitio.

La puerta se abre inmediatamente después y Vania la cruza cerrándola cuando entra.

—¿Molesto? —pregunta con aire gamberro.

El corazón me bombea como un martillo dentro del pecho. A pesar de su cara algo amoratada y ese par de heridas, Vania está radiante y más guapa que nunca.

—Tú, nunca —afirmo rotunda, y ella sonríe con malicia y camina hacia mi mesa enfundada en su pijama azul.

Se detiene al otro lado y me observa mientras esboza una sonrisa que me provoca una breve pero intensa explosión de mariposas en la boca del estómago.

—¿Cómo ha ido? —pregunto sin poder apartar la mirada de sus manos.

Las ha metido en los bolsillos de su pijama y va cambiando el peso de una pierna a otra.

—Mejor de lo que esperaba —dice y se queda callada.

Comprendo de inmediato que no es algo de lo que quiera hablar y, de repente, me siento muy estúpida por haber preguntado. Teloy tiene esa parte que le gusta guardarse para sí, y yo el temor de que si traspaso cierta línea, quizá se asuste y decida que lo mejor es mantener la distancia conmigo.

—¿En qué piensas? —pregunta, y me doy cuenta de que me he quedado absorta.

—En nada —miento.

Lo último que quiero es que sea consciente de cuánto me afecta todo lo que se refiere a nosotras dos juntas. Ella asiente y cuando el silencio que se ha instaurado se comienza a volver incómodo, Teloy rodea la mesa y viene hasta mi lado. Yo la observo con el corazón desbocado cuando coge la silla por uno de los reposabrazos y tira de ella hacia atrás, moviendo las ruedas y girándome hasta que quedo frente a ella.

—¿Te importa? Estoy cansada —dice señalando mis piernas.

No soy capaz de comprender lo que me dice hasta que, lentamente, se sienta sobre ellas y me pasa un brazo por detrás de los hombros. Miro hacia la puerta aterrada porque si alguien entra y nos encuentra así, las dos podemos tener un problema, sin embargo, me siento tan bien ahora mismo, que incluso estoy dispuesta a ser amonestada con tal de disfrutar este momento.

Vania recoge un tirabuzón de mi pelo y lo arrastra por mi cara hasta llevarlo detrás de mi oreja. Me estremezco de arriba abajo bajo su tacto, sobre todo cuando sus dedos se pierden entre

mi pelo y sus labios se acercan a los míos hasta que por fin me da ese beso que tanto ansío. El chasquido cuando se separa resuena y se me graba a fuego. La miro desolada porque por mucho que me ha gustado, me ha sabido a poco. Vania sonríe y se pone en pie, me tiende una mano que yo acepto con las rodillas temblando y, cuando me incorporo, me agarra por las solapas de la bata y me voltea hasta que mi culo se encuentra con la mesa y ella apoya todo el peso de su cuerpo sobre mí, mientras me da un beso de esos que hacen que nada más importe. Su lengua entra en mi boca y me saborea entre suspiros que no logro controlar hasta que el teléfono suena y ella se separa lo suficiente para dejarme espacio para cogerlo.

Lo miro como si fuese algo misterioso, porque sé que si descuelgo, me voy a quedar en blanco.

—¿No lo coges? —se sorprende Vania, que me observa con los labios hinchados y brillantes.

Niego como una imbécil, incapaz de cerrar la boca mientras la llamada termina.

—Muy mal, doctora —se burla Teloy, y cuando comienza a reír, yo reacciono y me doy cuenta de que su beso ha logrado dejarme fuera de juego.

—Joder —digo impresionada.

Comienzo a reírme con aire de incredulidad. Todavía siento la presión de sus labios y esa sensación de hinchazón. Suspiro y, cuando logro serenarme, me incorporo arrastrando su cuerpo con el mío hasta que es el suyo el que queda atrapado entre el mío y la pared.

—Eres una muy mala influencia —le susurro, y acto seguido le meto la lengua en la boca y presiono mi sexo contra el suyo en un arrebato de excitación.

Vania responde con un suave gemido que hace que me derrita y el beso no termina hasta que presiono demasiado y le hago daño en la herida que todavía adorna su labio inferior.

—Perdona —digo desconcertada, y me separo para dejarle libertad.

La doctora Teloy se lleva dos dedos al labio y después se los muerde antes de sonreír.

—Quizá es mejor que me marche de aquí —dice mirándome de arriba abajo.

—Estoy de acuerdo —secundo tensa por la excitación—. Eres un peligro y no te quiero aquí en el despacho salvo que sea estrictamente necesario —digo tratando de sonar firme.

—Esto era muy necesario —afirma burlona.

—Lárgate ahora mismo —me río señalando la puerta.

Teloy asiente sin perder esa sonrisa misteriosa y seductora y camina alejándose de espaldas para no perderme de vista.

—¿Y cuándo te veo entonces? —pregunta llegando a la puerta.

—Invítame a cenar esta noche en algún restaurante bonito de Besalú.

—Hecho, después te llevaré a un sitio que te encantará.

—Bien, ahora sal de aquí antes de que las dos nos quedemos sin trabajo.

Teloy se ríe y sale de mi despacho. Yo me dejo caer en la silla y cojo el mando del aire acondicionado para subirle la potencia.

Capítulo 31

Vania Teloy
Miércoles, 27 de julio de 2022

Llego a urgencias todavía nerviosa, sintiendo el peso de los labios de Arlet sobre mi boca y sonriendo porque al besarla, no he sentido que fuese una traición hacia Lucía como llevo temiendo desde que la conozco.

Voy directa hacia la isla central para ver si hay algún paciente para mí cuando Paula sale de la sala de descanso y tropezamos de forma brusca. Paula pierde el pie y se tambalea hasta que la sujeto con firmeza por el brazo.

—¿Estás bien? —le pregunto, y ella me observa boquiabierta cuando descubre que soy yo.

—Lo siento, doctora Teloy, no la he visto —se disculpa azorada mientras se yergue y se pasa las manos por el pijama como si quisiera plancharlo.

Después baja la mirada y espera aceptando que le va a caer un chaparrón por mi parte.

—Yo tampoco te he visto, así que también te debo una disculpa.

Los ojos de Paula se abren por completo y me observa sorprendida por mi reacción.

—Te debo una disculpa por esto y por todo —añado, y ella traga saliva y asiente con la cabeza.

—Tenía sus motivos —contesta por fin.

—Tal vez, pero la culpa no era tuya, Paula. Espero que aceptes mis disculpas —le pido sinceramente.

—Por supuesto —sonríe con amplitud—. Ya está olvidado.

Yo lo dudo, pero le devuelvo la sonrisa igualmente.

—¿Sabe que me trasladan a consultas externas?

Por su entonación no tengo claro si solo me lo cuenta o es un reproche porque me culpa a mí por ello.

—Yo creo que es mejor —añade ante mi falta de respuesta—, yo aquí me pongo muy nerviosa.

—Estoy segura de que allí lo harás muy bien, y si tienes cualquier duda, siempre puedes venir aquí y consultarme.

—Vale —sonríe—. Espero que se recupere pronto —dice señalando mi cara, y se marcha cuando Asensio la llama.

—Por fin te tengo un rato para mí —dice Maribel de camino al bar de Margarita una vez hemos acabado el turno.

Nos sentamos en la mesa de siempre y de nuevo dejamos que sea la dueña quien decida por nosotras lo que vamos a comer.

—Te veo mucho mejor.

Sé que la gitana no se refiere a mi aspecto físico, sino al anímico.

—Lo estoy. Ya no siento esa cosa horrible aquí —digo señalándome el centro del pecho—, y no me duele al respirar. Sigo echando de menos a Lucía, aunque es de otra manera que no sé explicar.

—Has pasado página, Teloy. Es solo eso. Lucía ahora forma parte del pasado y la tienes que recordar como algo bueno, pero ahora tu presente es otro, otro ocupado por cierta doctora —se ríe socarrona.

Yo también lo hago soltando una risa nasal antes de llevarme una oliva a la boca.

—Esta noche he quedado con ella para cenar.

Maribel eleva las cejas y menea la cabeza con aprobación.

—¿Estás asustada?

—Un poco.

—No tenéis prisa, Vania —dice haciendo botar un hombro—, y no me parece que la doctora Vila sea de las que presionan.

—No, no lo es, está teniendo una paciencia digna de hacerle un monumento. ¿Y tú qué, gitana? ¿Qué tal con la chica de la ambulancia?

—La conductora —sonríe y mira hacia arriba con cierto misterio—. Si sigue así, me va a dejar sin energía, es tan insaciable que llevo días sin entrar en la aplicación de citas.

De repente frunce el ceño como si eso le pareciese un enigma que debe resolver.

—¿Te gusta?

Maribel se queda pensativa unos instantes y después pone cara de espanto.

—Joder, pues a lo mejor sí —contesta y me entra un ataque de risa.

—¿Cómo que a lo mejor, gitana? O te gusta o no te gusta.

—Ya lo sé. Es que es una tía tan desconcertante que no sé si me gusta o simplemente me atrae su extraña forma de ver la vida.

—Pues tendrás que averiguarlo.

—Sí, eso parece.

Justo cuando terminamos de comer, veo entrar a Abel y sentarse en la barra para pedir un café. Miro a Maribel y le hago un gesto con la cabeza para anunciarle su presencia.

—Estos últimos días suele venir por aquí para tomarse el café —dice sin mayor interés.

—¿Te importa si me lo tomo con él?

Maribel me observa sorprendida e inmediatamente después, niega con la cabeza.

—En absoluto, yo me voy ya, que tengo que hacer algunos recados antes de volver a casa.

—¿Puedo? —le pregunto a Abel señalando el sitio vacío a su lado.

El jefe de urgencias me mira y sonríe mientras afirma con la cabeza.

—La doctora Vila me dijo que fuiste a Italia —dice antes de dar un sorbo a su café con aire despreocupado.

—Sí, estuve en el cementerio.

Abel asiente y vuelve a mirarme.

—¿Todo bien?

—Creo que sí —confirmo mirándolo fijamente.

—¿Y entre nosotros?

Su pregunta me hace contener la respiración, aceptando lo mal que lo he hecho con él desde que falleció Lucía.

—Espero que también —digo con la voz estrangulada.

Abel Asensio me dedica una de sus miradas seductoras y sonríe tendiéndome la mano.

—Está todo bien, aunque esto lo pagas tú —dice señalando los cafés con la cabeza al mismo tiempo que estrecho su mano.

—Por supuesto —sonrío, y lo pagaré durante el tiempo que haga falta.

Capítulo 32

Arlet Vila
Miércoles, 27 de julio de 2022

Incapaz de mantenerme en casa a la espera de mi cita con Vania, he aceptado encantada cuando mi hermana me ha llamado diciendo que pasaba cerca de mi pueblo y que me invitaba a un helado frente a la playa. He cogido el patinete eléctrico y me he presentado con él ante su mirada de desaprobación.

Le he dado un abrazo y cuando nos hemos sentado le he preguntado por mi sobrino Víctor, a quien le han caído cuatro meses de servicios a la comunidad para cubrir los gastos de la sustitución de la farola contra la que se estampó, además de la prohibición de sacarse el permiso de conducir durante dos años.

—Poco le ha caído —reniega mi hermana.

—Espero que lo suficiente como para que recapacite y sea consciente de lo grave que fue lo que hizo.

—¿Lo ves cómo no me puedo marchar? Después dices que soy controladora, pero ni siendo mayores de edad me puedo fiar de ellos.

—Se aprende de las cosas que hacemos mal, no de las que hacemos bien. Te aseguro que la próxima vez, ni Héctor le dejará el coche ni a Víctor se le ocurrirá pedírselo.

—Ya te digo yo que no, al menos el de su padre. ¿Se puede saber por qué miras tanto el reloj? —pregunta mi hermana con la mirada clavada en mi pierna derecha, que bota de forma frenética sin que pueda controlarla.

—He quedado con Teloy esta noche para cenar —contesto jugueteando con la pulsera.

—¿La doctora conflictiva?

—Yo no la definiría así —sonrío—, pero sí, con ella.

—Siempre te han gustado los retos —dice también sonriente.

—Vania no es un reto, solo es una mujer que necesitaba pasar página para seguir adelante.

—¿Y ya la ha pasado?

—Eso parece —afirmo orgullosa de ella.

—Me alegro, ¿cuándo me la vas a presentar?

La miro con cara de espanto y mi hermana estalla en una sonora carcajada que me contagia y consigue que me relaje un poco.

Dos horas más tarde estoy bajándome del coche en la puerta de su casa, vestida con una falda veraniega, unas sandalias y una camisa de manga corta que espero que le guste tanto como las que suelo vestir en el trabajo, esas en las que sus ojos rasgados suelen perderse por mi escote aunque se piense que no me doy cuenta.

Hago tintinear la campana de la entrada con fuerza, sé que no le gusta, pero a mí me encanta este rollo medieval que se respira en todo el pueblo. Vania sale un par de minutos después, enfundada en un vaquero corto de color blanco, unas sandalias parecidas a las mías y una camiseta de tirantes.

—¿Te he dicho ya que no me gusta que toques la campana? —bufa con chulería deteniéndose a mi lado.

—Suponía que ibas a decirme que estoy guapa —protesto haciendo una mueca que la hace reír.

—No estás guapa, estás preciosa, aunque ser tan tocapelotas a veces te resta encanto —bromea, y me coge de la nuca y me estampa un beso en plena calle.

Después coge mi mano y con una seguridad que me parece sobrecogedora, comienza a caminar llevándome por las calles estrechas y empedradas de Besalú, en un paseo lento que disfruto sin dejar de escuchar lo que me explica de algunas de las edificaciones por las que pasamos. Se ha puesto algo de maquillaje para disimular el hematoma que todavía decora su pómulo y la herida de la ceja. La del labio apenas es un corte que ya está cicatrizado, pero que le resulta tremendamente incómodo porque cuando sonríe le tira y le duele.

—¿A dónde me llevas?

—Al restaurante *Pont Vell*, ¿has estado alguna vez?

—No.

—Te encantará. He reservado mesa en la terraza trasera, tiene vistas al río.

El restaurante está situado muy cerca del puente de entrada a Besalú. Lo primero que me llama la atención es la entrada con portones de madera, que no es más que un preludio de lo que espera en el interior. Vania da su nombre y enseguida nos llevan a esa terraza de la que me ha hablado. Nuestra mesa está situada aprovechando un rincón triangular entre una ventana que da al comedor interior y la baranda que separa el restaurante del río. El espacio es el justo para meter una mesa para dos personas y gozar de una intimidad privilegiada.

—Me gusta mucho —digo con la mirada clavada en el río.

Ya está oscureciendo y los últimos coletazos del sol se reflejan en sus aguas otorgándole a este momento un punto más de

romanticismo. De entrante pedimos un plato variado con tomates, queso y anchoas y de segundo una fideuá para compartir. Vania me mira con cierto nerviosismo esperando que sea yo la que saque un tema de conversación, lo malo es que estoy tan nerviosa como ella y no se me ocurre nada.

—Madre mía, parecemos dos adolescentes —digo sofocada y sorprendida al mismo tiempo.

Ella comienza a reírse de un modo jovial y desenfadado que me deja claro que ya no tiene ese miedo que la tenía bloqueada. Aunque esté nerviosa, sé que está cómoda conmigo.

—Habla de algo, Teloy —le ordeno sin dejar de reír.

—Vale. Tú lo has querido, le he estado dando vueltas y voy a aceptar tu ofrecimiento para ayudarme con la mudanza.

—¿Entonces te vienes aquí definitivamente? —pregunto sin poder ocultar mi alegría por otro nuevo paso que en mi opinión era muy necesario.

—Esta tarde he avisado en la inmobiliaria de que me voy. Tengo un mes para sacarlo todo, ¿crees que seré capaz? —pregunta haciendo una mueca, y yo hago otra con aire pensativo que la hace darme un toque por debajo de la mesa.

—Hablé con Jimena el otro día —digo cambiando de tema radicalmente.

Vania tuerce el gesto y suspira.

—Dice que no te presentaste a la última cita.

—Yo no le confirmé nada, Arlet, fue ella la que dijo que tenía esa hora libre.

—Lo sé, también me lo ha dicho, pero a mí me gustaría pedirte que siguieses viéndola una temporada, Vania. Tienes que terminar de sacarlo todo.

—¿Eso lo piensas tú o te lo ha dicho ella? —pregunta a la defensiva.

—Ella, que es la profesional y la que entiende de esto, pero te lo pido yo —añado, y le cojo la mano por encima de la mesa—. Opina que te vendría bien hablar un poco más del tema, terminar de sacar toda la mierda y normalizar la situación.

—Vale —acepta cortándome.

—¿De verdad? —pregunto sorprendida por lo poco que me está costando convencerla.

—De verdad. Te prometo que la llamaré para pedirle cita, pero ahora dejemos de hablar de ella para hablar de nosotras, por favor.

A partir de ese momento la conversación fluye y las dos nos relajamos. Al terminar con el postre me siento a punto de explotar y me froto la barriga dejándole claro lo mucho que he disfrutado

de la cena.

—Vamos a bajar un poco la cena —dice tendiéndome la mano después de pagar.

Cruzamos el puente sin ningún tipo de prisa, disfrutando de las vistas y de la brisa fresca que ha dejado una temperatura muy agradable para pasear. Después volvemos hacia atrás porque Vania quiere llevarme a la explanada junto al río por la que acabo de preguntar. Me cuelgo de su brazo, pasamos por la puerta del restaurante y seguimos por la misma calle hasta encontrar unas escaleras por las que bajamos hasta llegar a esa explanada que da acceso a la orilla del río, donde nos detenemos y contemplamos absortas el reflejo de la luna y de las luces del puente sobre el agua.

—Ha sido una cita increíble —digo volviéndome hacia ella y agarrándome a su cintura.

—¿Una cita? —se burla y me da un beso en el cuello que me provoca una flojera importante en las piernas.

—Espero que lo haya sido, Teloy, porque me gustas mucho —confieso dispuesta a que le quede absolutamente claro lo que siento y cuáles son mis intenciones con ella.

—No sé qué hubiese sido de mí sin ti, Arlet —dice de repente, mirándome con tanta intensidad, que durante unos instantes me cuesta respirar.

—Estabas lista para avanzar, Vania, yo solo he aparecido en tu vida en el momento correcto.

—Prométeme que no desaparecerás —susurra arrastrando un mechón de mi pelo por la frente.

Por un instante el pánico ante una nueva pérdida atraviesa su rostro endureciendo su gesto. Le acaricio con suavidad la cicatriz y después bajo los dedos hasta su labio inferior, empujándolo hacia abajo para abrir su boca.

—No tengo ninguna intención de hacerlo —la aseguro, y espero que le sirva porque no puedo afirmar algo que no depende de mí.

En ocasiones es el destino el que decide arrebatarnos a las personas que amamos antes de tiempo, pero ahora estoy aquí y pienso aprovechar al máximo cada minuto con ella. Aparto el dedo de su boca y lo sustituyo por mis labios en un beso tan lento, profundo y prolongado, que cuando me quiero dar cuenta, estoy calculando mentalmente el tiempo que tardaremos en llegar hasta su casa.